ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



M. V. Carey

(Basado en los personajes de Robert Arthur)

Misterio de la sirena desaparecida

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 36

ePub r1.1

Titivillus 01.05.2017

Título original: *The Mystery of the Missing Mermaid*
M. V. Carey, 1983
Diseño de cubierta: José María Miralles

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




4
ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA
epublibre

CAPÍTULO 1
EL NIÑO PERDIDO

—¡Se ha ido! ¡Todd se ha escapado! ¡Ha desaparecido!

La mujer salió corriendo del patio a la calle. Era joven, bonita y bronceada. Y estaba asustada.

—¡Señor Conine, se ha vuelto a escapar! —exclamó—. No lo encuentro por ninguna parte.

El anciano señor se hallaba sentado en un banco del paseo charlando animadamente con tres muchachos. De pronto se mostró cansado e irritado e hizo un gesto de impaciencia.

—¡Maldita sea! —dijo entre dientes—. ¿Es que ese niño no puede estarse quieto ni dos segundos?

Se levantó para acercarse a la mujer.

—No te preocupes Regina —le dijo—. El día no sería completo si Todd no se escapara por lo menos una vez. Tiny cuidará de él.

—Tiny no ha ido con él —replicó la mujer—. Tiny estaba durmiendo y, cuando yo miré hacia otro lado durante menos de dos segundos, Todd había desaparecido. ¡Se fue solo!

Al oír esto, los tres muchachos que estaban sentados con el anciano se miraron unos a otros.

—¿Es su hijo el que ha desaparecido? —preguntó el gordito—. ¿Qué edad tiene?

—Cinco años —repuso la mujer— y no es edad para andar solo por ahí.

—Vamos, no puede estar muy lejos —exclamó el señor Conine —. Lo buscaremos los dos por el Paseo Marítimo. Tú ve hacia allí y yo iré hasta el embarcadero. Lo encontraremos. Ya lo verás.

Y tras darle unas palmaditas en el brazo echó a andar con aire

preocupado. Ella contempló cómo se marchaba y luego se fue en dirección contraria.

—Cinco años —dijo el muchacho delgado y con gafas sentado en el banco—. Eh, Jupe, este lugar está lleno de gente original. Si yo tuviera un niño de cinco años no lo dejaría andar solo por ahí.

El muchacho gordito asintió con semblante preocupado. Su nombre era Jupiter Jones y había llegado a la colorista ciudad de Venecia, California, a primera hora del día, acompañado de sus amigos Bob Andrews y Pete Crenshaw. Un trabajo de Bob les llevó hasta allí desde su casa de Rocky Beach. Después de dejar sus bicicletas aseguradas con sus candados en un aparcamiento, recorrieron todo el Paseo Marítimo, la amplia avenida pavimentada situada a lo largo de la playa. Contemplaron con asombro el ambiente del carnaval que daba fama a Venecia… las muchachas con leotardos patinando sobre el cemento del paseo… los ciclistas deslizándose por la vereda contigua, los que hacían volar sus cometas, los bañistas, músicos callejeros, vendedores de helados, juglares, payasos, mimos y adivinadores del porvenir.

Venecia era un alegre festival callejero, pero también tenía su parte miserable. Cerca del Paseo Marítimo los muchachos habían visto un grupo de vagabundos sentados sobre la arena, pasándose una botella de mano en mano y durmiendo. Vieron también un joven que acababa de ser arrestado y lo llevaban esposado, acusado de vender drogas. Y a un ratero que salía huyendo de uno de los mercados de la playa, con los brazos cargados de bolsas de comida, mientras el tendero gritaba llamando a la justicia.

Ahora Jupiter recordaba las historia que había oído sobre Venecia. La playa era el paraíso de los fugitivos que vivían bajo los puentes. Bandas de gamberros juveniles proliferaban en las calles cercanas. No era un lugar apropiado para que un niño pequeño anduviese solo por allí.

Jupiter miró a sus amigos que lo observaban expectantes en espera de que tomase una decisión.

—Parece un caso para Los Tres Investigadores —dijo Jupe y los otros manifestaron su acuerdo.

Los Tres Investigadores eran, naturalmente, los tres amigos. Habían formado una agencia de detectives y siempre iban en busca de misterios que resolver. Ningún caso era demasiado importante…

o demasiado insignificante… para ellos.

Los muchachos echaron a andar por el Paseo Marítimo, registrándolo más metódicamente que el anciano señor Conine o la madre del pequeño. Se asomaron a los portales; miraron detrás de los bidones de basura; se pararon a hablar con los niños descalzos que deambulaban por la playa y recorrieron los callejones y pasajes que conectaban el Paseo Marítimo con las calles que corrían paralelas a él, Gran Vía y Avenida del Pacífico.

Fue en una de estas callejuelas donde los investigadores vieron a un niño pequeño acurrucado en un portal. Sostenía una animada conversación con un gato pelirrojo. Tenía el cabello y los ojos oscuros, como la mujer del patio.

—¿Te llamas Todd? —le preguntó Jupiter. El niño no respondió. Retrocedió e intentó esconderse detrás de la puerta.

—Tu madre quiere que vayas —le dijo Jupiter.

El pequeño le miró desafiante unos instantes, pero luego se dio por vencido. Salió de detrás de la puerta y le tendió la mano.

—De acuerdo —exclamó.

Jupe tomó la mano del niño y junto con sus dos compañeros regresaron al Paseo Marítimo. Cuando salieron al paseo, la primera persona que vieron fue al señor Conine. Corría como un loco sin aliento y preocupado. Se lanzó sobre Todd.

—¡Eres un niño muy malo! —gritaba—. ¡Tu pobre madre está frenética!

La madre frenética apareció. Primero abrazó a Todd, y luego lo zarandeó.

—¡Te desollaré vivo si vuelves a escaparte! —le advirtió.

La amenaza no hizo mella en Todd, pero comprendió que debía estarse quieto. Aguardó pacientemente a que los muchachos se presentaran ellos mismos a su madre.

Su nombre completo era Regina Stratten. De pronto se mostró locuaz y animada mientras caminaba por el paseo con los muchachos y luego les hacía entrar en el patio de donde saliera poco antes. El patio tenía forma de U y estaba en el centro de un grupo de viviendas, con tiendas en ambos brazos, Regina Stratten dirigióse a la primera tienda de la izquierda, una librería llamada el Ratón de Biblioteca.

En su interior, un sesentón vestido de luto sentado ante la caja

registradora les fue presentado como el padre de Regina, Carlos Finney. El señor Finney y Regina llevaban juntos la librería, según supieron los muchachos, mientras Todd andaba a gatas estorbando por todas partes y *Tiny*, el perro, vigilaba.

Tiny resultó ser un perrazo enorme, mitad Gran Danés y mitad Labrador. Al ver a Todd, meneó el rabo y puso su hocico sobre el hombro del niño.

—¿Lo ves? —dijo Regina Straten—. Mira como *Tiny* te ha echado de menos. ¿No te da vergüenza?

Todd trató de justificarse.

—*Tiny* estaba haciendo la siesta y no quise despertarlo, por eso me fui solo.

—¡Hazlo otra vez y ya te espabilaré yo! —le dijo su madre.

El señor Conine, que había permanecido de pie en la entrada contemplando la reunión, fue apartado a un lado por un hombre esbelto de mediana edad y hermosas facciones, pero que ostentaba una expresión de profundo desagrado. El recién llegado miró a Todd.

—¿Has sido tú el que ha estado haciendo dibujos en mi ventana con pasta dentífrica? —preguntó el hombre. Todd se refugió detrás de *Tiny*.

—¡Todd! —Regina Stratten estaba completamente exasperada—. Todd, ¿cómo se te ocurren esas cosas?

El señor Finney suspiró.

—Yo me estaba preguntando qué había sido de mi dentífrico.

—Si vuelves a hacerlo avisaré a la policía y haré que te arresten —le amenazó el hombre desde la puerta.

—Vamos, señor Burton —le dijo Regina—, no lo tome por la tremenda. Estoy segura de que Todd está avergonzado y no…

—Que no se acerque por aquí, o lo lamentará —insistió el hombre y luego meneó la cabeza—. ¡Habrá que hacer algo con este niño! —declaró.

Tiny comprendió que aquel hombre no simpatizaba con su joven amo y protestó gruñendo.

—¡Y ahora el perro! —exclamó el hombre—. ¡Cállate!

Luego, comprendiendo que estaba haciendo el ridículo, salió de la tienda.

Todd miró a su madre. Ella no sonreía. Su abuelo tampoco. El

niño ocultó el rostro en el lomo peludo de *Tiny*.

—Está bien —dijo su madre—. Deja de hacerte el inocente, Todd. De ahora en adelante vigila lo que haces, ¿me oyes? Es nuestro casero y nos puede echar de aquí si sigues molestándole.

El pequeño no respondió. Había unos coches de juguete debajo de una mesa al fondo de la tienda y se fue a jugar con ellos.

Tiny le siguió.

—Ahora se estará quieto —anunció Regina Stratten—, por lo menos durante quince minutos.

Volvió a dar las gracias a los muchachos por haber encontrado a Todd, y el señor Finney les rogó que se quedaran y tomasen un refresco.

Aceptaron la invitación de buen grado porque tenían trabajo que hacer. Estaban ayudando a Bob a buscar documentación para su proyecto de verano: escribir un artículo sobre la civilización americana.

—Voy a escribir acerca de las zonas urbanas que están experimentando transformaciones —le dijo Bob al señor Finney— y pensé que Venecia sería un buen sitio para comenzar.

El señor Finney asintió con la cabeza y el anciano señor Conine rebosaba satisfacción.

—Venecia ha estado sufriendo cambios desde que fue construida —declaró—. El vecindario está loco y jamás se aburre.

—Volveréis mañana por la cabalgata, ¿verdad? —preguntó Regina.

—¿La cabalgata del Cuatro de Julio? Bueno, si ustedes creen que debemos verla… —contestó Bob.

—Desde luego que tenéis que verla —le dijo el señor Finney—. Es completamente distinta de todas las cabalgatas que hayais visto. El Cuatro de Julio puede ocurrir cualquier cosa y, por lo general, en Venecia ocurre.

Bob se volvió hacia sus amigos para consultarles. Vio que Pete miraba por la ventana hacia el Paseo Marítimo. Una mujer con traje rojo pasaba hablando sola.

—Esa es la señorita Moonbean —dijo el señor Conine—. Viene siempre a la playa.

—Entiendo —dijo Pete—. Bueno, si están así de locos en un día cualquiera, no quiero perdérmelo en uno de fiesta. ¡Voto por la

cabalgata!

—Y yo —agregó Jupiter Jones—. En realidad, ¡me muero por verla!

CAPÍTULO 2
EL PATIO DE LA SIRENA

Al día siguiente, Los Tres Investigadores apenas acababan de llegar a la playa, cuando oyeron un fuerte estampido… una explosión o un disparo.

Pete pegó un respingo.

—¿Qué ha sido eso?

—Tranquilo —le dijo Jupe—. Es el Cuatro de Julio, ¿recuerdas? Eso ha sido un cohete.

Pete pareció avergonzado.

—Oh, sí, claro, pero como esto parece una locura colectiva…

Y vaya si era una locura, o por lo menos estaba concurridísimo. Todo el paseo estaba atiborrado de patinadores y peatones. Cientos de niños correteaban entre el gentío y cientos de ancianos comían helados y cucuruchos de crema bajo los parasoles. Los bebés iban en sus cochecitos y los perros trotaban solos o en grupos. Músicos callejeros tocaban sus instrumentos y, en los solares adyacentes al Paseo Marítimo, gentes de extraño aspecto, vendían prendas de vestir desde la parte posterior de sus camionetas.

Bob había llevado su cámara fotográfica y, mientras los otros caminaban, iba tomando fotos. Retrató a la señorita Moonbean, la mujer del traje rojo. Iba bailando al son de un acordeón tocado por un músico que llevaba una cotorra de brillantes colores encima de cada hombro.

En mitad del Paseo Marítimo vieron a un hombre desastrado que empujaba un carrito de supermercado lleno hasta arriba de botellas y latas vacías. Tras él trotaban un par de perros. Cuando el hombre se detuvo para registrar una papelera y elegir entre la basura, los

perros obedientes se detuvieron también.

—Ese es Fergus —dijo una voz detrás de los muchachos. Era el señor Conine, el anciano que conocieron el día anterior—. Fergus es uno de nuestros personajes pintorescos —siguió—. Uno de esos seres sencillos y buenos de los que se oye hablar algunas veces. Tal vez no sea muy brillante, pero no tiene ni un ápice de maldad, y comparte todo lo que tiene con sus perros. Los niños lo adoran. Observad y veréis. Los muchachos contemplaron al hombre llamado Fergus mientras atravesaba el paseo para ir a sentarse a un banco cerca de un café. Una vez aposentado sacó una armónica. Sus perros se sentaron también frente a él con las orejas muy tiesas.

Fergus comenzó a tocar. La música era suave al principio, apenas se oía, pero de pronto comenzaron a aparecer niños. Llegaban en silencio por parejas o tríos, y se iban sentando en semicírculo rodeando al hombre.

La música no era conocida, pero sí agradable, y los Investigadores la escucharon casi con tanta atención como los chiquillos.

El pequeño concierto duró sólo unos pocos minutos. Luego Fergus guardó su armónica y se fue arrastrando los pies con su carrito y sus perros. Los niños se fueron dispersando.

—¿Ocurre esto siempre? —preguntó Jupiter—. ¿Los niños se acercan siempre?

—Siempre —replicó el señor Conine—. Fergus es nuestro flautista de Hamelín.

Los muchachos siguieron caminando y el señor Conine se unió a ellos. Los cohetes estallaban en la playa e incluso en el paseo. Al aproximarse a la librería vieron que Todd se adelantaba hasta la entrada del patio para observar a la multitud. El perro iba con él. *Tiny* caminaba con dificultad y los muchachos comprendieron que era muy viejo.

—Eh —exclamó Pete—. Ese niño vuelve a marcharse solo.

—No pasa nada —replicó el señor Conine—. *Tiny* está con él. Ese perro se cree superior a todo lo creado. No permitiría que nadie pusiera una mano encima de Todd. Ahora bien, si consiguiera que Todd no se metiera en líos…

Dejó la frase sin acabar. Bob dijo:

—Apuesto a que Todd se busca muchos problemas.

—Cierto —repuso el señor Conine—. Es muy vivo e imaginativo, y le aburre tener que permanecer encerrado en la librería. Regina es viuda y no puede permitirse el lujo de tener canguro o niñera. Así que Todd está aquí todo el día, persiguiendo a los animalitos de la vecindad e inventando juegos. Algunas veces es Supermán, y otras un astronauta. Estoy seguro de que su madre está deseando que llegue septiembre para que vaya al colegio.

El niño al parecer se cansaba pronto de todas las cosas. Los investigadores vieron que había perdido todo interés por el espectáculo callejero y ahora hacía botar una pelota contra un deteriorado edificio de la parte trasera del patio. La vieja construcción de tres plantas resultaba un poco extraña entre las dos nuevas alas con tiendas, una a cada lado, y la gran explanada ante él.

—¿Qué es ese viejo edificio? —preguntó Bob al señor Conine—. Debe tener historia.

—Vaya si la tiene. Esa es la Posada de la Sirena. Por eso todo este patio, toda esta explanada, se llama el Patio de la Sirena. Si piensas realizar un estudio sobre los cambios efectuados en un vecindario, deberías tomar algunas fotografías de la posada.

Mientras Bob hacía algunas fotos, Pete y Jupe estudiaron el patio ya que no tuvieron tiempo de hacerlo el día anterior. El patio se abría hacia el oeste, dando al antiguo hotel una buena vista del océano. A lo largo del lado norte había un edificio alargado de dos pisos y la planta baja llena de tiendas… la primera el Ratón de Biblioteca, luego una tienda de cometas llamada Aquellos Viejos Tiempos y luego otra más pequeña con el nombre de Busca Tu Roca. En el escaparate había rocas y minerales y joyas de plata hechas a mano. En la esquina, entre la tienda de rocas y el hotel, había una escalera que conducía a la entrada de otra tienda: era la Galería de la Sirena y estaba precisamente encima de la tienda de rocas.

—El encantador señor Burton es el propietario de la galería —explicó el señor Conine—. Ayer tuvisteis el placer de conocerlo cuando estuvo riñendo a Todd. Es el propietario del Patio de la Sirena, incluyendo el hotel. Vive en el apartamento, junto a la galería, encima de la librería.

Los muchachos se volvieron a mirar el resto de los edificios del

patio. La Posada de la Sirena ocupaba todo el lado este del patio. Luego seguía otra ala de dos pisos con tiendas y apartamentos, incluyendo el lado sur. Más cerca del Hotel había un gran café llamado Casa de Locos, y en el extremo más cerca del mar estaba Suaves Pelusas, una tienda que vendía lanas y materiales para tejer.

Toda la explanada había sido cuidadosamente urbanizada con senderos pavimentados, una fuente, zonas de hierba y parterres de flores. Frente al café Casa de Locos había una terraza con sillas y mesas. Un joven moreno y enjuto trajinaba por allí recogiendo platos que iba colocando en una bandeja. Tenía la tez oscura y daba la impresión de no haber dormido ni haberse lavado desde hacía tiempo. El jovencísimo Todd estaba ahora allí también, saltando desde el borde de la terraza a la acera una vez y otra. *Tiny*, sentado allí cerca, observaba a su joven amo con devoción.

—¡Eh, tú! ¡Chaval! —le gritó el joven de la bandeja—. ¡Deja de saltar!, ¿quieres?

Todd pareció dolido y se retiró hacia la librería.

—Ese chico no tenía por qué gritar —observó Pete—. Todd no estaba rompiendo nada.

—Mooch Henderson todavía tiene que aprender como comportarse en sociedad —dijo el señor Conine—. Tony y Marga Gould que dirigen la Casa de Locos no tienen suerte con sus empleados.

—¿Ese edificio también es propiedad del señor Burton? —preguntó Bob, señalando con la cabeza la Casa de Locos.

—Sí. Como puedes ver, las dos alas son bastante nuevas. Sólo la posada formaba parte de la antigua Venecia que fue construida en los años veinte, cuando la comunidad comenzaba a evolucionar. Venecia iba a ser uno de los lugares de recreo de América y fue muy importante. Hicieron canales casi iguales a los de la otra Venecia, la de Italia, y los artistas de cine solían venir desde Hollywood para pasar aquí los fines de semana. Se hospedaban en la Posada de la Sirena y nadaban en el océano. Pero luego, la gente elegante comenzó a pasar sus fines de semana en Malibú y la comunidad fue decayendo lentamente. La posada se quedó sin clientes y cerró. Cuando Clark Burton compró la propiedad y edificó los dos nuevos edificios, estábamos convencidos de que restauraría el viejo hotel. Pero nunca lo hizo.

—¡Clark Burton! —exclamó Jupiter de pronto—. ¡El actor! Cuando lo vi ayer su rostro me pareció familiar.

—¿Qué actor? —preguntó Pete—. Nunca he oído hablar de él.

—Sí, Burton es actor —dijo Conine—. Pero hace años que no hace ninguna película. Desde luego no es de vuestro tiempo. ¿Cómo es que tú lo conoces, Jupiter? ¿Por la televisión?

—Jupe es muy aficionado al cine —dijo Bob—. Va a ver películas antiguas que se pasan en los cineclubs de Hollywood.

Pete sonrió con picardía.

—Jupe ha sido también artista de cine —dijo—. ¡Se le conoce por Bebé Fatty!

El señor Conine pareció sorprendido.

—¡Cielo Santo! ¿De modo que tú eres Bebé Fatty? ¡Vaya, vaya!

Jupe enrojeció. No le gustaba que le recordasen su pasado como artista juvenil entrado en carnes y cambió de tema lo más rápidamente posible.

—¿Y dice usted que Clark Burton regenta la galería? —dijo señalando el piso superior del edificio norte.

—Sí. Vende cerámica artística, algunos cuadros y objetos de plata.

El señor Conine señaló a continuación el balcón del lado sur del patio, encima del café y de la tienda de lanas.

—Ahí arriba hay dos apartamentos —dijo—. Yo tengo el más próximo a la posada y la señorita Peabody el que da al mar. Y ahí llega ahora la señorita Peabody. Una dama encantadora, aunque un poco pesada.

La vecina del señor Conine era una dama de setenta años por lo menos. Bajaba lentamente la escalera agarrándose al pasamanos. Su vestido era demasiado largo para estar de moda y su sombrero llevaba una guirnalda de flores rosa alrededor del ala.

—Buenos días, señorita Peabody —le dijo el señor Conine—. Venga a conocer a mis amigos, Jupiter, Pete y Bob.

—¡Jupiter! —exclamó—. Qué nombre tan interesante. No es muy corriente.

—Los muchachos están trabajando en un proyecto para el colegio —prosiguió el señor Conine—. Están estudiando las transformaciones de una vecindad… Venecia.

—¿Toda Venecia? —preguntó la señorita Peabody—, ¿o sólo el

Patio de la Sirena?

Bob estaba sorprendido.

—¿Es que hay mucho que aprender en el Patio de la Sirena? —preguntó.

—Más de lo que te crees —replicó la señorita Peabody—. La vieja Posada de la Sirena es el hotel donde desapareció Francesca Fontaine.

Bob y Pete estaban atónitos.

—¡Oh, bueno! —exclamó la señorita Peabody—. De eso hace ya mucho tiempo, ¿verdad? Bien, Francesca Fontaine era una actriz que solía hospedarse aquí cuando Venecia era un lugar elegante. Un domingo se levantó y salió de la Posada de la Sirena para ir a nadar. Se adentró en el océano y nunca se la volvió a ver.

Jupe frunció el entrecejo.

—Creo haber oído esa historia.

—No me extraña. Es una leyenda de Hollywood. Bien, puesto que su cuerpo no fue encontrado, los charlatanes tuvieron el campo libre. Algunos dijeron que la Fontaine había ido a la playa, a otro sitio de la costa para huir a Phoenix, Arizona, con un granjero que criaba gallinas. Otros que había regresado a la Posada de la Sirena encerrándose en su *suite* porque había descubierto que tenía una terrible enfermedad. Algo incurable. Las enfermedades incurables eran moda.

—Y dicen que el hotel está encantado y el fantasma es Francesca Fontaine —agregó el señor Conine—. Yo mismo me inclino a creerlo.

—¡Tonterías! —dijo la señorita Peabody.

—En el hotel hay alguien —dijo el señor Conine en voz baja, pero insistente—. Por la noche veo luces en las ventanas. Y, puesto que nadie entra ni sale nunca, debe ser alguien que siempre está allí. Yo creo que Clark Burton lo sabe y por eso no ha restaurado el hotel ni lo ha abierto de nuevo.

—¿Tiene miedo del fantasma? —preguntó Bob.

—No —replicó la señorita Peabody—. Es que no se le ha ocurrido ningún medio de sacar publicidad a todo ello. Clark Burton desea estar siempre en la mente del público. Pero si quieres saber más, ve a hablar con él. Ahora está en la galería.

Bob recordó al hombre que había regañado al pequeño Todd.

—Yo… eh… no quisiera molestarle —dijo—. Tal vez esté ocupado.

—¡Nunca está demasiado ocupado para hablar de sí mismo! —exclamó la señorita Peabody—. Es un actor maduro y le encanta llamar la atención. Dile que quieres poner su nombre en tu trabajo para el colegio y verás lo que ocurre.

La señorita Peabody les dejó para ir al café. El señor Conine le sonrió para darle ánimos.

—La cabalgata no empezará hasta dentro de un rato —dijo—. Adelante.

Los muchachos se dirigieron lentamente hacia la escalera del lado norte del patio. Bob vacilaba, luego tomó aliento y empezó a subir. Temía el encuentro con el malhumorado señor Burton. ¿Se enfurecería también con los muchachos?

CAPÍTULO 3
¡PROBLEMAS!

La Galería de la Sirena tenía los techos altos y las paredes blancas. Sonó una campanilla cuando ellos entraron mirando a su alrededor tímidamente. Vieron esculturas talladas en ébano y palisandro, tapices espléndidos, cuadros y vitrinas de cristal llenas de hermosas cerámicas. Aquí y allá centros y jarros de plata o cristal de color.

Una estatua de cerámica que representaba a una joven sirena estaba sobre un pedestal cerca del gran ventanal junto a la puerta. La estatua tendría quizás unos sesenta centímetros de altura. La pequeña criatura medio humana, en actitud juguetona, sonreía en equilibrio sobre su cola de pez, sosteniendo en alto una concha marina.

—¿Qué queréis? —dijo Clark Burton. Se hallaba tras un mostrador alto que separaba una zona reducida de la tienda donde había un fregadero, vitrinas, y un armario para las escobas, situado al fondo del lado derecho de la tienda. Miraba a los muchachos con el entrecejo fruncido.

Bob, indeciso, estuvo a punto de retirarse por la escalera. Aquel hombre era tan cascarrabias como había temido. Sin embargo, Jupe se adelantó adoptando sus modales más pomposos.

—Me llamo Jupiter Jones —dijo con gran dignidad—. Ayer nos vimos brevemente en circunstancias poco agradables, cuando el pequeño Todd fue devuelto a su casa. Hoy mis amigos y yo hemos venido porque este lugar nos interesa. Y usted nos interesa también, señor Burton.

Algunas veces Jupe sorprendía a los mayores. Y otras incluso les asustaba. Al parecer a Burton le divirtió porque salió de detrás del

mostrador con los labios fruncidos.

Jupe hizo caso omiso de la reacción de Burton y siguió adelante.

—Mi amigo Bob está escribiendo sobre las áreas urbanas en estado de transformación. Nos han dicho que usted es responsable en parte del cambio que viene efectuándose aquí en Venecia.

—¡Ah! —exclamó Burton—. Bien, eso es cierto. Creo que puedo dedicaros unos minutos. Sentaos.

Les indicó unas sillas cerca de la pared. Los muchachos tomaron asiento. Burton lo hizo frente a ellos y se reclinó contra el respaldo. Comenzó a hablar con cuidado, como si alguien le hubiese escrito un guión y lo estuviera ensayando.

—Desde hacía mucho tiempo estaba interesado por el Patio de la Sirena —explicó—. Yo solía venir a nadar a Venecia en los tiempos en que la ciudad volvía a ser popular. Entonces no había un paseo para bicicletas, ni tiendas. Sólo las casitas de la playa medio en ruinas y los canales llenos de hierbajos.

»Cuando la Posada de la Sirena se puso a la venta, hice averiguaciones. El precio no era exagerado, de modo que compré el hotel y el terreno que había delante. Yo era un gran admirador de Francesca Fontaine cuando era joven y me produce un agradable placer ser el dueño del lugar donde pasó su última noche.

Miró a los muchachos fijamente.

—¿Habéis oído hablar de Francesca Fontaine? —preguntó.

—Sí, señor —replicó Bob. Burton continuó.

—Cuando adquirí esta propiedad aquí no había nada más que la posada y un patio desierto rodeado de una cerca. Yo construí los dos edificios que circundan el patio, y urbanicé el lugar, como podéis ver. Puesto que vivo aquí, quiero que resulte atractivo. Hoy día tenemos muchos visitantes. No sólo bañistas, sino urbanistas, artistas y arquitectos… gente que quiere llevar a cabo la renovación de sus respectivas zonas.

Burton parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Algún día Venecia será lo que siempre quiso ser —pronosticó —. Las zonas ruinosas desaparecerán y tendremos una comunidad realmente a la moda. ¡El Patio de la Sirena valdrá millones!

Hizo una pausa que Jupiter aprovechó para decir:

—¿Y la posada? ¿La restaurará?

—No lo he decidido —contestó Burton—. Su estado es

lamentable. En realidad debiera derribarse. Pero era un edificio tan magnífico en su tiempo, que me resisto a destruirlo.

Burton miró hacia la puerta abierta.

—Creo que la cabalgata pasa ya por el Paseo Marítimo —dijo—. ¿Te he dado toda la información que necesitas para tu informe?

Era una despedida clarísima, de modo que los tres le dieron las gracias y bajaron de nuevo la escalera.

El patio estaba desierto. Todo el mundo se había congregado en el paseo para ver la cabalgata. Ahora la música flotaba en el aire… una extraña mezcolanza de sonidos, bocinas, tambores y flautas.

Los muchachos fueron a reunirse con los espectadores en el Paseo Marítimo. Una bandada de cohetes estallaron en la playa. Y comenzó la cabalgata. Los muchachos no habían visto nunca nada semejante. No desfilaban bandas de colegiales ni *majorettes* con tambores, sino gente en bañadores, chicas con mallas, tejanos, camisetas, saris y caftanes. Pasó un hombre tocando un xilófono con la cabeza envuelta en un turbante. Otro desfilaba con un espléndido traje color azafrán lleno de espejitos cosidos en él. Los muchachos comprendieron que todo el que deseara participar en la cabalgata sólo tenía que disfrazarse y comenzar a desfilar.

Bob sacó su cámara fotográfica y empezó a tomar fotos a toda velocidad. Unos metros más allá Regina Stratten sostenía a Todd sobre sus hombros. Al otro lado del Paseo Marítimo, el señor Conine se había subido encima de su banco favorito.

Al cabo de un rato, Todd pidió a su madre que le bajara. Luego se escurrió entre la multitud dirigiéndose hacia el patio.

—No te acerques a la casa del señor Burton. ¡Y no te separes de *Tiny*! —le gritó su madre a sus espaldas.

—Está bien —le prometió el pequeño.

Se alejó trotando y su perro *Tiny* fue tras él.

La cabalgata continuó. Únicamente aquel día se permitía el paso de vehículos por el Paseo Marítimo. Descapotables abarrotados llevaban carteles de anuncio de establecimientos de la localidad. Otros coches arrastraban carros patrocinados por organizaciones locales. Señoras mayores con trajes de verano pasaron con un estandarte que decía: Hermandad Sénior de Barlovento, y a continuación un grupo de jóvenes en camiseta con letreros pedían la limitación de alquileres en Venecia.

Al cabo de un rato Jupe oyó que Regina Stratten decía:

—¿Dónde está Todd?

Se apartó de los espectadores y fue al Patio de la Sirena. A los pocos minutos estaba de vuelta.

—¿Papá? —gritó—. Papá, ¿dónde estás?

Carlos Finney se abrió paso entre la multitud.

—¡No encuentro a Todd! —dijo Regina. Él le dio unas palmaditas en el brazo.

—No te preocupes demasiado. *Tiny* está con él, ¿no es cierto? De modo que estará bien.

Pero Regina estaba preocupada y acompañada de su padre volvió a entrar en el patio. Jupiter fue tras ellos.

Regina llamaba y llamaba, pero Todd no respondía, ni *Tiny* acudía corriendo.

Carlos Finney miró en las tiendas de la planta baja del patio. Clark Burton se asomó a su balcón y Tony Gould, el propietario del café, salió a su terraza. Nadie había visto a Todd.

Regina estaba asustada y nerviosa.

—¡Se ha ido! —exclamó—. Ha vuelto a escaparse.

De modo que, por segunda vez, Jupiter, Pete y Bob se dispusieron a buscar al pequeño. Siguieron la misma pauta del día anterior asomándose a los portales, mirando debajo de los setos y detrás de los arbustos. Era un proceso lento por estar el Paseo Marítimo tan concurrido, y la cabalgata desfilando como si nunca fuese a terminar.

Los investigadores se encontraban a unas cinco o seis manzanas del Patio de la Sirena, cuando se detuvieron a descansar en los escalones de una vieja casa de apartamentos.

—¡A estas horas es probable que ese niño esté sano y salvo en la librería… mientras nosotros nos lo estamos perdiendo todo! —gruñó Pete.

Jupe no respondió. Miraba a lo lejos y parecía irritado.

Al cabo de unos instantes Bob se levantó yendo hasta la calle próxima al edificio. Allí había un contenedor de basura y se asomó a mirar.

—¡Oh, no! —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntóle Pete—. Parece como si hubieses visto un fantasma.

Bob se apartó del contenedor de basura. Estaba muy pálido.

—Ahí dentro hay un perro. Creo que es *Tiny*… y ¡me parece que está muerto!



CAPÍTULO 4
SOSPECHAS SINIESTRAS

Regina Stratten estaba fuera de sí de angustia. Los tres muchachos habían regresado junto a ella y su padre. Juntos fueron a identificar al perro. Era *Tiny*.

Luego la búsqueda de Todd Stratten se hizo oficial. Por la tarde, una docena de policías buscaban al niño. Recorrieron el Paseo Marítimo en sus coches patrulla. Fueron a pie por los senderos y atajos cercanos a la playa. Llamaron a las puertas e hicieron preguntas.

Bob, Pete y Jupiter esperaron en el café del Patio de la Sirena. El señor Conine se quedó con ellos muy preocupado. Más entrada la tarde la señorita Peabody bajó de su apartamento para unirse al grupo de la terraza.

—Qué cosa más terrible —dijo.

—Caramba, señorita Peabody —exclamó Pete—. No diga eso. Cierto que es terrible que el perro esté muerto, pero eso no significa que a Todd le haya ocurrido algo.

—Pues algo tiene que haberle ocurrido —insistió la señorita Peabody—. Todd y *Tiny* eran inseparables. Si alguien hubiese atacado a *Tiny*, Todd hubiese gritado, y si alguien hubiera amenazado a Todd…

Meneó la cabeza.

—Sí —dijo Jupiter—. Si alguien intentara hacer daño a Todd, *Tiny* atacaría. Y entonces esa persona es posible que golpeara al perro.

—La policía dijo que pudo atropellarlo un coche —intervino Bob —. Tal vez no fue más que un accidente. Quizás el conductor no

quiso complicaciones y por eso escondió el perro en el contenedor de basura.

—¿Entonces, por qué Todd no ha vuelto a casa? —preguntó Jupe.

En aquel momento salió Carlos Finney de la librería seguido de Regina. Sus rostros estaban pálidos y preocupados. Miraron a un lado y a otro del Paseo Marítimo. Era ya tarde y la playa ya no estaba tan concurrida. Un automóvil llegó al paseo procedente de una calle lateral. Esquivó a los últimos patinadores y se detuvo delante del Patio de la Sirena. Se apearon dos hombres, y uno de ellos llevaba en la mano una cámara portátil de vídeo.

—¡Los de la televisión! —exclamó el señor Conine—. ¿Es que van a entrevistar a Regina? Sí, lo harán. Invadirán lo poco que queda de su vida privada.

Un hombre con *blazer* y pantalones de otro color estaba hablando con la señora Stratten al tiempo que sostenía un micrófono ante su boca. Los que observaban desde la terraza vieron que, cuanto más hablaba, más contraía su rostro. Al fin se echó a llorar.

Entonces apareció Clark Burton. Después de bajar la escalera se situó al lado de Regina rodeándola con su brazo con aire protector.

—Está acaparando la cámara —dijo la señorita Peabody—. Tengo entendido que siempre supo hacerlo.

—A usted no le gusta, ¿verdad? —le preguntó Jupe.

—No —replicó ella—. Es un *snob*, vanidoso, egoísta y siempre está representando.

—Mi querida señorita Peabody —dijo el señor Conine—. Es una descripción aplastante.

—Pues apenas he comenzado —declaró.

Al otro lado del paseo, Burton se había adueñado por completo de la entrevista. Hablaba y hablaba mientras Regina permanecía a su lado muy apenada. Cuando al fin el cronista se volvió hacia ella acercándole el micrófono, Regina se refugió en la librería.

—Pobrecilla —dijo la señorita Peabody.

Después que se marcharan los de la TV, los muchachos se dirigieron a su casa. Al pasar por delante de la librería vieron dentro a Regina llorando.

Obedeciendo a un impulso, Jupiter sacó una tarjeta de su cartera

y entró en la tienda.

—Nos gustaría ayudarla si podemos —le dijo al entregarle la tarjeta de Los Tres Investigadores—. Sólo tiene que marcar nuestro número de teléfono y acudiremos. Sé que la policía está haciendo todo lo que puede, pero si se le ocurre cualquier cosa…

Dejó la frase sin terminar mientras la señora Stratten miraba la tarjeta que decía:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

—Hemos resuelto algunos casos difíciles que escaparon a la habilidad de profesionales expertos —dijo Jupiter con orgullo.

—Algunas veces hemos descubierto cosas que no pudo ver la policía —agregó Pete entrando detrás de Jupe.

—Sí —replicó Regina—. Supongo que los jóvenes podéis hacer cosas que no pueden hacer los mayores. Pero de momento dejémoslo en manos de la policía. Estoy segura de que descubrirán que Todd se ha metido en algún rincón y se ha quedado dormido. Por lo menos espero que sea eso lo que descubran.

Pero su tono no era demasiado optimista.

Los muchachos volvieron en sus bicicletas a Rocky Beach cuando ya oscurecía, y durante todo el camino estuvieron pensando en el niño desaparecido y el perro muerto dentro del bidón de basura.

—No puedo imaginar quién ha matado a ese pobre perro —comentó Pete en tono grave— y por qué.

—Probablemente habrá sido un conductor que habrá huido —replicó Bob—. Alguien que no tuvo agallas para enfrentarse con el dueño del perro.

—Me pregunto… —comenzó a decir Jupiter, pero no agregó nada más.

A las diez de aquella noche, Jupiter escuchaba las noticias de la televisión en compañía de su tía Matilda y tío Titus, con los que vivía. Habían conectado el canal local y la noticia principal de la noche era la desaparición de Todd Stratten.

El reportero que había estado en el Patio de la Sirena aquella tarde daba los datos de lo ocurrido. Luego Jupe vio su intento de entrevistar a Regina Stratten.

Inmediatamente apareció en escena la imagen de Clark Burton. El actor, que en la pantalla resultaba muy atractivo, parecía sincero y muy preocupado.

—Todos los del Patio de la Sirena rezamos por el regreso de Todd Stratten —decía Burton con aire piadoso—. Es un niño encantador y sus vecinos deseamos que regrese pronto sano y salvo.

—Qué raro —comentó tía Matilda mirando la pantalla de televisión—. Qué joven se ve a Clark Burton, pero ya debe ir teniendo años. Supongo que debe cuidarse mucho.

—O tal vez se haya hecho la cirugía estética —observó tío Titus con un gruñido.

En la pantalla apareció ahora el cronista sentado ante una mesa en el estudio de televisión.

—A esta hora sigue sin aparecer el niño Todd Stratten —anunció —. Cualquiera que pueda dar alguna información que pueda conducir a las autoridades hasta su paradero se ruega que llame al número especial de la policía que ahora aparece en la pantalla. Todd tiene cinco años, mide aproximadamente unos noventa centímetros de alto, tiene el cabello oscuro y, cuando se le vio por última vez, llevaba tejanos y una camiseta rayada en rojo y azul.

Apareció una fotografía borrosa de Todd. Luego el locutor dio paso a otras noticias.

—Esa pobre madre debe de estar fuera de sí —comentó tía Matilda.

Ella y tío Titus se fueron a acostar y Jupiter se quedó solo haciendo cabalas. En un lugar tan concurrido y animado como

Venecia, ¿cómo pudo desaparecer un niño? ¡Sin duda alguien debió verle salir del Patio de la Sirena!

A la mañana siguiente Todd seguía sin aparecer. Después de desayunar, Jupiter ayudó a tía Matilda a fregar los platos. Luego atravesó la calle para dirigirse al «Patio Salvaje» de los Jones, la chatarrería propiedad de sus tíos.

En el interior del «Patio» había una caravana vieja e invendible que Los Tres Investigadores habían convertido en puesto de mando de su firma de detectives. Habían amontonado la chatarra a su alrededor para ocultarla de ojos indiscretos e incluso construyeron varios túneles secretos por los que entraban en ella. En su interior habían instalado una oficina, un pequeño laboratorio y una cámara oscura. Jupe compró un microscopio de segunda mano y había reconstruido una cámara fotográfica. Un archivador contenía las notas que tomaba Bob de todos los casos y un estante los libros de consulta. Y lo más importante: un teléfono que los muchachos pagaban con el dinero que ganaban ayudando en la chatarrería.

El teléfono estaba sonando cuando Jupe entró en el puesto de mando aquella mañana. Al cogerlo oyó la voz quejumbrosa de Regina Stratten.

—¡Oiga! ¿Eres Jupiter Jones? —preguntó.

—Sí, señora Stratten —replicó Jupe.

—¡Oh, bien! Escucha, mi padre ha estado en pie toda la noche buscando a Todd y la policía también; y no han… no han encontrado nada. Sé que todos lo intentan, pero pensé que tal vez… tal vez…

—Que tal vez no haría daño a nadie que buscaran tres personas más —dijo Jupe.

—Eso es —dijo ella—. No haría ningún daño.

—Avisaré a mis amigos —continuó Jupe—. ¡Y saldremos en seguida hacia Venecia!

Jupe no estaba seguro de lo que podrían hacer Los Tres Investigadores. Pero sí que de un modo u otro ayudarían.

CAPÍTULO 5
UNA ENTREVISTA DIFÍCIL

Regina Stratten se hallaba sola en la librería del Paseo Marítimo. Tenía grandes ojeras oscuras bajo sus ojos y sus manos temblaban ligeramente.

—No hay noticias —dijo—. Ni pistas. Nada de nada. La policía está registrando el vecindario. ¡Oh!, y están haciendo la autopsia al cuerpo de *Tiny*. No sé para qué.

Jupe reflexionó.

—La autopsia revelará la causa de su muerte —explicó—. Y tal vez indique si *Tiny* murió accidental o deliberadamente. Por ejemplo, si encuentran rastros de pintura pegadas a una herida, probablemente es que fue atropellado por un automóvil. Si la muerte de *Tiny* ha sido accidental, la desaparición de Todd no parecería tan extraña.

—Sí, pero ¿qué tiene eso que ver para encontrar a Todd? —exclamó Regina.

—Aumenta nuestros conocimientos y el más mínimo detalle puede ayudar —replicó Jupe—. Ahora propongo que mis amigos y yo comencemos nuestra investigación en el lugar donde Todd fue visto por última vez… aquí, en el Patio de la Sirena.

—¿Aquí? —repitió ella como un eco—. Pero si la policía ya ha hablado con todo el mundo, ¿de qué sirve volverlo a hacer?

—En primer lugar, necesitamos informarnos —dijo Jupe—. Y en segundo, alguien puede recordar algo que olvidó decir a la policía. Y en tercer lugar, es la única cosa lógica que se puede hacer. Ayer todos vimos a Todd entrar en el patio. Alguien tiene que haberlo visto salir. ¿No está de acuerdo conmigo?

—Supongo que sí —convino Regina y Los Tres Investigadores se pusieron a trabajar.

Comenzaron por hablar con el hombre alto y enjuto de la tienda de cometas. Su nombre era Leo Andersen. Había visto a Todd entrar en el Patio de la Sirena el día anterior, pero después no volvió a verlo.

—Salí de la tienda y fui a la entrada del patio para ver la cabalgata unos minutos —dijo— y entonces vi entrar a Todd con *Tiny*. Siempre iba con *Tiny*.

—¿Dejó usted abierta la puerta de la tienda? —le preguntó Jupiter—. ¿Pudo entrar por la puerta principal de su tienda y salir por la de atrás?

Anderson meneó la cabeza.

—¿Ves ese cerrojo en la puerta de atrás? Todd hubiera tenido que descorrerlo para poder salir por ahí. Y para eso tendría que subirse a una silla, y yo lo hubiera notado, a menos que volviera a poner la silla en su sitio. Y créeme, Todd jamás volvía a poner las cosas donde estaban…

La mujer encargada de la tienda de rocas, la señorita Altea Watkins, contó una historia muy similar. Había salido de su tienda durante la cabalgata, pero estaba segura de que ni Todd ni nadie había entrado en su establecimiento durante su ausencia. Había echado la llave al salir.

—No se puede dejar nada abierto en esta playa —dijo a los tres —. Hay demasiados rateros. ¿Importa mucho por dónde se marchó Todd? —les preguntó—. Es tan rápido que pudo escabullirse entre el montón de gente que estaba en la entrada.

—Sólo tratamos de seguir su rastro —replicó Jupe—. Si lográsemos dar con alguien que lo hubiese visto, a él o al perro, podría ser una ayuda.

Al oír mencionar el perro la señorita Watkins se estremeció.

—Quien quiera que matara a *Tiny* y lo arrojara a la basura debe de tener una mente retorcida. Qué cosa más espantosa.

—Todavía no sabemos quién o qué fue lo que mató a *Tiny* —repuso Jupe—. Si recordara alguna cosa más, llámenos, por favor. —Y le entregó una tarjeta.

Los muchachos dejaron a la señorita Watkins con sus sombríos pensamientos y cruzaron el patio para dirigirse a la tienda de lanas.

La señora Kerinovna era una mujer poco habladora y rubia, que estaba al frente de la tienda. No había visto a Todd el día anterior y no había salido de su establecimiento.

—Vi la cabalgata desde mi escaparate —explicó—. Creo que éste es un país maravilloso donde la gente que desfila puede decir cosas desagradables a otras personas… incluso contra gente importante como la policía… y no pasa nada. Yo no vi a Todd. Lo siento por su madre. Debe estar muy asustada.

En el café varias personas tomaban té con pastas. Tony Gould, el propietario les servía. Cuando los muchachos comenzaron a hacerle preguntas, les llevó a la cocina para que vieran a su mujer, Marga.

—Todd no vino ayer por aquí —dijo Gould—. Algunas veces quería que le diésemos dulces y caramelos, pero últimamente no le dejábamos acercarse.

—Teníamos miedo de que se le estropeasen los dientes —dijo Marga Gould.

—¿De manera que no lo vio usted después de que empezara la cabalgata? —le apremió Jupe.

—No. Estuve ocupada, limpiando las mesas porque Mooch, que es nuestro aprendiz de camarero, había desaparecido. Lo hace muy a menudo.

Los Tres Investigadores dieron las gracias a los Gould y atravesaron el patio para dirigirse a la escalera de la Galería de la Sirena donde encontraron a su propietario de un humor de perros.

—¿Por qué preguntáis por Todd Stratten? —quiso saber Clark Burton—. ¿No era información para escribir un artículo para el periódico de vuestro colegio lo que andabais buscando?

—Eso fue ayer, señor Burton —contestó Bob—. Hoy tratamos de ayudar a la señora Stratten.

—Ya le ayuda la policía —replicó Burton—. Y se dice que no lo hacen mal.

—La señora Stratten pensó que nosotros también podríamos ayudar —dijo Jupe, que sacando de su cartera una tarjeta de Los Tres Investigadores se la entregó a Burton.

—¡Cielo Santo! —exclamó Burton al leerla.

—Hemos resuelto algunos misterios interesantes —explicó Jupe muy digno.

—Lo creo —repuso Burton aplacándose—. Muy bien. No quiero

que nadie piense que no deseo cooperar. ¿Qué queréis saber?

—Estamos tratando de seguir paso a paso todo lo que hizo ayer Todd —explicó Jupiter—. Si podemos seguir su rastro desde el principio, puede ser una buena ayuda. ¿Lo vio usted por casualidad después de que comenzara la cabalgata?

—No, no lo vi —dijo Burton— y creo que os habéis equivocado de puerta. Lo que les haya pasado a ese niño y su perro no ocurrió en este escenario. El perro fue atropellado por un coche, ¿recuerdas? Y por el Patio de la Sirena no circulan automóviles.

—No, es cierto —replicó Jupe—. Sin embargo, ¿no le parece extraño que Todd entrase en el patio mientras pasaba la cabalgata y que nadie lo viese salir?

—Pues no demasiado —contestó Burton—. Era un niño muy rápido e iba a todas partes.

—¿Pudo haber subido aquí? —le preguntó Jupe—. Veo que tiene puerta trasera. ¿Tal vez subió por la escalera, atravesó la galería y luego salió por detrás?

Jupiter se dirigió a la puerta de atrás. Se abrió al empujarla sobre un tramo de escalones que bajaban a la parte posterior del edificio. Jupe vio el aparcamiento de la casa contigua y también la calle llamada Gran Vía que corría paralela al Paseo Marítimo. Era estrecha, mal pavimentada y estaba atiborrada de coches que saltaban de bache en bache mientras sus conductores buscaban aparcamiento. Jupe cerró la puerta.

—¿No echa nunca el cerrojo? —preguntó.

—Sólo por la noche cuando cierro —replicó Burton—. Es una molestia cerrar durante el día cuando continuamente tengo que subir y bajar al garaje o al contenedor de basura.

Jupe asintió con la cabeza mientras se dirigía a la puerta principal. Un rayo eléctrico activaba una campanilla que empezó a sonar cuando Jupe lo interrumpió con su mano.

—Está casi a la altura de mi cintura —dijo Jupe—. Todd pudo pasar por debajo sin que sonara la campanilla. Y *Tiny* lo mismo. Si usted salió un momento él pudo entrar por aquí.

Burton pareció sorprendido un instante y luego sonrió.

—¡De modo que así es como entró la semana pasada y dejó sus huellas pringosas por todas mis vitrinas!

—¿Nunca se dio cuenta de que podía entrar y salir sin

interrumpir el rayo de luz? —Jupe le costaba creerlo.

—No… no se me ocurrió —repuso Burton.

Mientras hablaban Pete comenzó a recorrer la galería. Al llegar junto al pedestal cerca del gran escaparate pareció decepcionado. El pedestal estaba vacío.

—¡Ha vendido usted la sirena! —exclamó Pete.

—No. No la vendí. Yo… yo… —Burton hizo una pausa—. Creo que alguien la robó ayer mientras estaba ocupado con un cliente. En un par de ocasiones hubo demasiada gente aquí. Pero no comprendo por qué han querido robar esa sirena; valía mucho menos que la mayoría de cosas que tengo en mi galería.

—Lo supongo —dijo Jupiter.

—Hay tanta gente irresponsable en esta playa —prosiguió Burton—. La persona que atropelló a ese perro con su automóvil y luego lo arrojó al cubo de la basura… era un irresponsable.

—Si es eso lo que ocurrió realmente —intervino Bob—. Están haciendo la autopsia al perro para asegurarse.

—¡Oh! —exclamó Burton.

Hubo un prolongado silencio como si esperase que los muchachos añadieran algo más. Como no lo hicieran, dijo:

—Si es eso todo, yo…

Jupe le interrumpió:

—¿Y qué me dice del hotel? —le preguntó—. ¿Pudo Todd entrar allí? ¿Hay alguna ventana abierta o alguna cerradura rota?

—Por supuesto que no —contestó Burton—. Está bien cerrado. Yo cuido de que lo esté. No quiero que entren vagabundos y lo incendien.

—¿Lo registró ayer la policía? —insistió Jupe.

—Naturalmente —fue la respuesta de Burton—. En el momento que abrí la puerta pudieron ver que nadie había entrado allí desde hace años.

—¿Pero lo registraron?

Burton se exasperó de repente.

—¡Esto ya es el colmo! —exclamó—. Os he seguido la corriente y he jugado con vosotros a los detectives durante todo el tiempo que tenía disponible. Ahora tengo mucho que hacer. ¡Si me perdonáis tengo que seguir trabajando!

Los muchachos se marcharon, entonces, pero cuando estaban a

media escalera Burton les llamó.

Ellos se volvieron.

Todo el furor de Burton había desaparecido. De pie en la puerta parecía envejecido y agobiado por la inquietud.

—Lo lamento —les dijo—. No quería perder los estribos, pero esto ha sido muy difícil para mí. Cuando era pequeño tuve un amigo que un día desapareció. No volvió al colegio después del descanso de mediodía: eso fue en Iowa, donde yo nací. Estuvimos buscándole y yo fui quien al fin lo encontró. Había una vieja presa fuera de la ciudad. Estaba llena de agua y él flotaba sobre ella. Se había ahogado.

—Lo siento —dijo Jupiter.

Bajaron al patio y allí estaba la señorita Peabody tomando café en la terraza.

—¡Ya era hora de que bajaseis! —les dijo—. Os he estado esperando. ¡Tengo algo que enseñaros!

CAPÍTULO 6
UNA CHARLA DESAGRADABLE

La señorita Peabody hizo salir a Tony Gould del café.

—Es hora de comer y estos muchachos deben estar muertos de hambre —le dijo—. Comerán conmigo. Hamburguesas. Yo me he prohibido a mí misma comer hamburguesas, pero cuando digería bien, me encantaban todas esas cosas maravillosas que llaman porquerías.

—Hamburguesas, muy bien —dijo Tony Gould marchándose apresuradamente.

—Cuando yo era incluso más joven que vosotros —continuó la señorita Peabody dirigiéndose a los muchachos—, comía toneladas de caramelos, regaliz, bolitas de anís, y unos corazoncitos rosados con bonitas frases escritas. —Enderezándose en su silla dijo—: Bueno, ¿qué opináis de nuestro amigo Clark Burton?

Jupe parpadeó ante el repentino cambio de tema.

—Estáis tratando de ayudar a Regina Stratten, ¿no es cierto? —prosiguió la señorita Peabody—. Me dijo esta mañana que iba a llamaros. Ojalá pudierais hacer algo por ella. Es una mujer tan agradable y hay tan pocas personas bien intencionadas en esta playa. La mayoría no están ni siquiera civilizados.

La señorita Peabody miró a su espalda. Mooch Henderson había salido del café y estaba limpiando las mesas con un trapo húmedo. Parecía incluso más delgado que antes a la brillante luz del sol. Tenía la barbilla llena de puntos rojos además de una especie de perilla rala. Llevaba las manos limpias, pero, por encima del codo, sus brazos estaban mugrientos, y la camiseta que llevaba debajo del delantal manchada y grisácea.

—Algunas veces me pregunto si el comité de sanidad conoce a Mooch —dijo la señorita Peabody—. Es uno de ellos.

—¿Uno de quién? —preguntó Bob.

—Uno de los que no están civilizados —replicó la señorita Peabody. Se inclinó hacia Bob—. Mooch vive en unas ruinas al otro lado de la Gran Vía con toda suerte de vagabundos zarrapastrosos. Serían capaces de cualquier cosa. Hay una joven que…

La señorita Peabody se detuvo. Le faltaban las palabras, y apretó los labios hasta que formaron una sola línea apretada.

—¡Esa gentuza! —exclamó—. No puedo imaginarme que hayan tenido padres alguna vez. Crecen bajo los puentes como cebollinos y, cuando son mayores, entonces vienen a Venecia.

Tony Gould salió del café con una bandeja cargada de hamburguesas, patatas fritas y bebidas de cola. Después de servir a los muchachos desapareció otra vez. Mooch entró en el establecimiento tras él.

—Todd ha tenido problemas con Mooch —dijo la señorita Peabody.

—¿Pero cree usted que eso es extraordinario? —preguntóle Jupe —. ¿Acaso no hay mucha gente que ha tenido problemas con él? Y supongo que montones de esa misma gente ha sido importunada por Todd, ¿no?

—¿Acaso estoy acusando a alguien? —exclamó la señorita Peabody—. No es esa mi intención. Desde luego que ninguna de las personas que poseen tiendas aquí en el patio tienen nada que ver con la desaparición de ese niño. Yo estaba en mi ventana cuando comenzó la cabalgata y vi al señor Anderson y esa mujer que le gustan las piedras, la señorita Watkins. Salieron a la entrada del patio para verla pasar. También vi a Clark Burton. Iba y venía de su apartamento a su galería. Y luego entraron Todd y *Tiny*.

—¡Ah! —exclamó Jupiter—. De modo que usted vio a Todd después de que se marchara del Paseo Marítimo. ¡Bien! ¿Qué hizo?

—Pues no vi gran cosa —replicó la señorita Peabody—. El reloj de mi horno se disparó y tuve que ir a sacar mi pastel. Cuando volví junto a la ventana, Todd y *Tiny* o se habían escondido en alguna parte o habían vuelto al Paseo Marítimo. Sea como fuere no estaban en el patio, pero sí Mooch Henderson.

Mooch había regresado a la terraza, y puesto que la anciana no

tuvo la precaución de bajar la voz había oído su último comentario. La miró con el entrecejo fruncido.

—¿Yo, qué? —le preguntó apoyando sus manos en las caderas y mirándola fijamente. Los muchachos vieron que llevaba un vendaje en un brazo, justo encima de la muñeca.

—Cuando ayer miraba por la ventana cuando pasaba la cabalgata te vi salir de la tienda del señor Anderson —le dijo la señorita Peabody—. Me pareció extraño. Tú nunca muestras el menor interés por los juguetes o las cometas. Y eso me dio que pensar, eso es todo. Estos muchachos tratan de ayudar a Regina Stratten a encontrar al pequeño Todd, y yo pensé…

—¡Eh, olvídelo! —exclamó Mooch—. Yo no he tenido nada que ver con ese niño y usted lo sabe. ¿Qué es lo que cree, que robé un juguete y que lo utilicé para obligarle a ir a algún sitio? ¡Señora, está usted loca!

Tony Gould había salido al exterior y miraba a Mooch con aire especulador.

—¿Estuviste ayer en la tienda de cometas? —le preguntó.

—Sólo fui a ver cuánto costaba esa cometa china —replicó Mooch—. La que está en el escaparate.

—Espero que fuera eso lo que hiciste —comentó Gould.

—¿Qué quiere decir con eso? —quiso saber Mooch. La señorita Peabody volvió al ataque en aquel momento.

—¡Dios Santo! ¡Te has herido en un brazo! —exclamó—. Te ha mordido un perro, ¿verdad? Te oí hablar con Marga Gould esta mañana. ¿Cuál de sus perros te ha mordido?

—¡Es usted una vieja entrometida! —dijo Mooch con voz ronca.

—Sí —dijo ella—. Me tomo mucho interés —parecía enormemente complacida.

—Tengo intención de…

—¡Mooch! —le gritó Tony Gould—. ¡Basta ya!

—¡Muérase, Gould! —replicó Mooch, y quitándose el delantal lo arrojó al suelo, atravesó el patio y se marchó.

Tony Gould recogió el delantal.

—Señorita Peabody, algunas veces va usted demasiado lejos. —Parecía contrariado—. Yo también voy demasiado lejos. La verdad es que ignoraba que Mooch estuviera ayer en la tienda de cometas. No debería haber insinuado que estaba tramando algo.

—Somos dos mal pensados, ¿verdad? —dijo la anciana—. Sin embargo, la gente del patio ha echado en falta mercancía; también usted ha notado errores o faltas en su caja registradora y Mooch no es precisamente el empleado ideal, ¿no? Espera que le paguen por no presentarse… usted mismo lo ha dicho. Así que yo he tomado cartas en el asunto y usted no ha tenido que despedirlo.

—Ya —dijo Gould—, pero de todos modos… —entró en el café meneando la cabeza.

La señorita Peabody sonreía con maliciosa satisfacción.

—Aunque una se moleste tratando de ayudar, no debe abandonar del todo las propias normas. Ahora bien, Mooch suele recoger perros extraviados. Por lo menos eso es lo que él dice.

—¿Perros extraviados? —repitió Pete—. Bueno, así no me extraña que le muerdan.

—Sí, si es que en verdad le mordió uno de ésos —replicó la anciana.

Los muchachos la contemplaron en silencio.

—Supongamos que no fuera un perro perdido. Supongamos que fuese un perro que él conocía… un perro capaz de atacar si pensase que Mooch iba a hacer daño a su joven amo. Se supone que Mooch sabe tratar a los animales, por eso me extraña. Hasta ahora nunca le habían mordido.

—Eso es lo que quería usted enseñarnos, ¿no? —dijo Jupe—. El brazo vendado de Mooch.

Ella asintió con la cabeza.

—Es… es casi seguro de que se trata de una coincidencia —objetó Jupe.

—Claro —dijo ella sorbiendo su café frío con una sonrisa picaresca—. ¿Y qué, disfrutasteis visitando a nuestro Clark Burton?

Iba por otro derrotero y Jupe supuso que haría algún otro comentario. Aguardó.

—Supongo que habrá procurado causar buena impresión —dijo la señorita Peabody—. Es lo que hace siempre. Ayer salió disparado cuando vinieron los de la televisión. Estoy segura de que lo notasteis.

—Sí —repuso Jupiter—. Quizás su intención fuese prestar ayuda, señorita Peabody. Este acontecimiento debe haber removido terribles recuerdos en su memoria. ¿Sabía usted que cuando era

pequeño tuvo un amigo que se escapó y apareció ahogado en una presa?

—¿Su amigo? —La señorita Peabody se enjugó los labios con una servilleta—. Lo sabía, pero estoy casi segura que dijo que era su hermanito pequeño. Bueno, puede que esté equivocada. ¿Queréis tomar alguna cosa más?

Los muchachos dijeron que no y le dieron las gracias por las hamburguesas. Ella les dejó para regresar a su apartamento situado encima de la tienda de lanas.

Pete lanzó un silbido.

—¡Uau! ¡Qué panorama!

Un trapero con ropas demasiado holgadas entró en el patio. Arrastraba un carrito de la compra. Le seguían un par de perros callejeros. Él les ordenó que se sentaran cerca de los escalones de la *terraza* del café. Dejó el carrito con los perros y entró en la cafetería.



Pocos minutos después el andrajoso trapero salió con una bolsa de papel. Tony Gould salió a la terraza para observarlo.

—El viejo Fergus debe de haber encontrado un verdadero tesoro en alguna basura —observó Gould—. Acaba de comprar ocho dólares de pastas.

Tony miró hacia el apartamento de la señorita Peabody.

—Guardaos de esa vieja —les aconsejó—. Es muy buena amiga si le gustas, pero en caso contrario es un enemigo peligroso. ¡Seguro que os hace enfadar!

Tony regresó al café.

—A ese chico Mooch, sí le hizo enfadar —comentó Pete.

—Sí —replicó Jupiter—. Mooch que se dedica a recoger perros extraviados y se supone que sabe cómo tratarlos y que, no obstante, ha sido mordido por un perro. Y Todd ha desaparecido y la última vez que fue visto estaba con su perro; y más tarde ese perro es encontrado muerto.

—Tengo el presentimiento de que vamos a tener que investigar la vida de Mooch —dijo Pete—. ¿He acertado?

—Una casa en ruinas justo al otro lado de la Gran Vía —contestó Bob—. ¡Vamos!

CAPÍTULO 7
UN LADRÓN PASADO POR AGUA

Los Tres Investigadores no tuvieron dificultad en localizar la casa donde vivía Mooch Henderson. Mooch se hallaba sentado en los escalones de la entrada con aire tristón, cuando los muchachos atravesaron la Gran Vía después de salir del patio por la parte de atrás de la Posada de la Sirena. La casa estaba en una esquina mirando más bien hacia una callejuela que de cara a la Gran Vía, y Mooch no se dio cuenta de su llegada. Se ocultaron detrás de un coche aparcado en el solar contiguo al Patio de la Sirena.

Durante un rato los muchachos no hicieron más que mirar y todo permaneció tranquilo en la vieja casa. Pero después llegó un hombre por la Gran Vía con un perro al que llevaba sujeto con una tira de trapo. En el patio situado detrás de la casa de Mooch, se oyó un gran alboroto de aullidos y ladridos.

Mooch se puso en pie de un salto.

—¡Hazle callar! —le gritó.

El recién llegado con el perro dobló la esquina y se dirigió hacia Mooch.

—¿Qué quiere? —preguntó Mooch.

El hombre del perro era de mediana edad, de modales comedidos, calvo y con lentes de cristales muy gruesos. Retrocedió ligeramente cuando Mooch le habló con tanta brusquedad.

—Yo… yo tengo entendido que recoge usted perros extraviados —le dijo—. Le traigo éste. Estaba en el Mercado de la Playa, intentando meterse en el cubo de la basura. Tiene hambre.

Mooch examinó al perro con la mirada.

—¡No es de raza!

—Ya —replicó el hombre—. Bueno, de todas maneras…

—¿Por quién me ha tomado? —exclamó Mooch—. ¿Por el Ejército de Salvación de Perros?

El hombre estaba perplejo.

—Pero me dijeron que a usted le gustaban los perros y…

—¡Eh, déjese de tonterías! —replicó Mooch—. Hay perros y perros, y éste es un desastre. Llévelo a la Sociedad Protectora de Animales. O déjelo en el mercado. ¡Pero no intente endosármelo a mí!

El hombre retrocedió alejándose después por la Gran Vía con el chucho trotando tras él.

De pronto, desde el porche de la vieja casa llegó una voz llena de rencor que empezó a zaherir a Mooch Henderson.

—¡He aquí al gran amante de los animales! —dijo la voz.

—Está bien, déjalo ya, ¿quieres? —exclamó Mooch. Una joven morena había salido al porche. Podía haber sido una de las patinadoras porque llevaba un maillot rojo encima de mallas negras. Él escote del maillot estaba bordado con lentejuelas y llevaba el cabello recogido con una banda en la que brillaban piedras de colores.

—¡Farsante! —le dijo a Mooch sin molestarse en bajar la voz de modo que los muchachos pudieron oír todas sus palabras—. Yo mentí por ti —decía la muchacha—, pero ¡no volveré a hacerlo jamás!

—Baja la voz, ¿quieres?

—Vino la policía para preguntar por ese niño que ha desaparecido y les extrañó que hubiesen tantos perros en el patio de atrás. Por eso mentí. Y ahora echas a ese hombre. ¿Qué habrá pasado? ¿Acaso un perro ha de tener el carnet del American Kennel Club para entrar en su patio?

—¿Quieres callarte? —gritó Mooch—. Cierra el pico o… o…

—¡No me amenaces! —dijo ella—. Si vuelven esos policías por aquí no me encontrarán: ¡Nunca me gustó ser cómplice de nadie!

Y entró en la casa dando un portazo. A través de las ventanas los muchachos oyeron sus pasos resonando sobre el suelo de madera y el abrir y cerrar de cajones con estrépito. La joven no tardó en salir de nuevo de la casa dando otro portazo. En su cabeza seguía brillando desafiante la banda de mallas, pero había cubierto sus

mallas con un ropón largo, de mangas anchas.

—¡Eh, Sol! —comenzó a decir Mooch.

—Demasiado tarde —dijo enfilando la callejuela en dirección a la Avenida del Pacífico con su falda revoloteando a su alrededor y al tiempo que varias de sus pertenencias amenazaban con escapar del capazo de paja que llevaba. Sus patines de ruedas colgaban de su cuello.

Mooch Henderson la miró marchar. Luego, al volver la cabeza, descubrió a Los Tres Investigadores que le observaban desde el aparcamiento.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Qué queréis vosotros?

Jupiter decidió actuar con osadía. Cruzó la Gran Vía y se aproximó a los escalones de la entrada de la vieja casa. Bob y Pete le siguieron.

—Tal vez pueda usted ayudarnos —comenzó Jupe—. Como usted probablemente ya sabe…

—Vais por ahí jugando a los detectives —replicó Mooch—. Marchaos de aquí o soltaré a mis perros. No pienso aguantar más impertinencias por hoy, ¿entendido?

Bajando los escalones pasó junto a Jupe y luego se fue en la misma dirección que la muchacha del maillot rojo.

—Sigámosle —exclamó Jupiter.

—¡Caramba! —dijo Pete—. Esa muchacha dijo que no quería ser cómplice de nadie. Eso significa que él está haciendo algo ilegal.

—Aguarda —le rogó Bob a Pete cuando éste se disponía a ir hacia la Avenida del Pacífico—. Hay alguien más dentro de la casa.

Los muchachos escucharon. Oyeron la voz de un hombre. Hablaba, callaba y volvía a hablar.

—Es alguien que habla por teléfono —dijo Bob—. Vosotros dos seguid a Mooch. Yo me quedaré aquí a ver qué ocurre.

Parecía un arreglo razonable. Jupe y Pete se dirigieron a toda prisa hacia la Avenida del Pacífico, Mooch Henderson les llevaba ya dos manzanas de ventaja e iba derecho hacia la zona donde estaban los edificios de apartamentos recién construidos y el embarcadero. Jupe y Pete le fueron siguiendo procurando mantenerse a cierta distancia.

Cuando se encontraba a medio kilómetro del Patio de la Sirena, Mooch entró en un pequeño mercado.

—Oh, qué mala suerte —exclamó Pete—. En realidad no va a ninguna parte. Sólo necesita algunos comestibles.

—Tal vez sí —replicó Jupe—. O tal vez no.

Los muchachos se quedaron en el aparcamiento del mercado. A través de las puertas de cristal de la entrada podían ver a Mooch cogiendo algo del departamento de carnes y luego yendo directamente a la caja.

Jupe y Pete se apresuraron a ocultarse detrás de un automóvil. Mooch salió del establecimiento y de nuevo echó a andar en dirección sur, hacia la zona más próspera del embarcadero.

Por fin tomó una calle lateral y entró en uno de los restaurantes que miraban al mar.

El restaurante se llamaba Casa del Contrabandista Borracho. Parecía tranquilo y de cierta categoría. En el aparcamiento se veían *Porsche, Cadillac* y *Jaguar*. Mooch paseó entre los automóviles, deteniéndose de vez en cuando para dar una patada a un neumático.

—¡Es un ladrón de coches! —exclamó Pete—. ¡Está eligiendo un buen juego de ruedas!

—No lo creo —replicó Jupe—. ¡Mira!

Mooch se había detenido junto a un descapotable. Dentro había un perro San Bernardo con la correa atada al volante.

Mooch miraba al perro y el perro le miraba a él. Luego Mooch comenzó a hablar con el animal.

El perro se incorporó meneando el rabo.

Mooch introdujo su mano en la bolsa que había comprado en el super y sacó un trozo de carne para el perro. El San Bernardo lo olfateó. Luego de lamerlo lo engulló limpiamente.

—¡Va a robar ese perro! —susurró Pete.

Jupe no contestó. Estaba mirando a Mooch que iba alimentando al perro una y otra vez.

A los pocos minutos Mooch y el perro parecían ser grandes amigos. Mooch abrió la portezuela del automóvil y comenzó a desatar la correa del volante.

Aquello fue ya demasiado para Pete. Atravesó corriendo el aparcamiento y subió los dos peldaños de la puerta del restaurante.

En su interior había un vestíbulo pequeño y oscuro, y luego un comedor enorme y lleno de luz. Pete se detuvo en la entrada del

comedor y gritó:

—¿Quién es el dueño de ese San Bernardo que está ahí afuera? ¡Hay un individuo que quiere robarlo!

Un hombre de rostro rubicundo se levantó de una mesa al fondo del comedor. Pasó por el lado de Pete y salió de allí como un relámpago.

Mooch ya estaba en la calle y el perro trotaba feliz junto a él disfrutando de algunos trozos más de carne.

El alarmado propietario ni siquiera intentó perseguirle. Se llevó los dedos a la boca y silbó.

El enorme perrazo se detuvo y giró en redondo.

El hombre volvió a silbar.

El perro echó a correr. Era una carrera alocada y feliz.

De pronto al San Bernardo ya no le importó ni Mooch ni su comida. Deseaba volver junto aquel hombre maravilloso que era su dueño.

Mooch trató de soltarse la correa, pero no pudo. Había pasado el lazo por su muñeca y ahora, al tirar el perro, se había ceñido más. Gritando, dio algunos pasos detrás del perrazo. Luego cayó al suelo y siguió arrastrándose.

—¡Eh! —gritaba—. ¡Eh, para!

La correa se soltó al fin. Mooch fue rodando y rodando hasta estrellarse contra una farola.

El perro atravesó corriendo el aparcamiento y saludó a su amo meneando el rabo.

Maltrecho y sucio, Mooch se levantó y echó a andar cojeando. En aquel preciso momento apareció en la calle un coche patrulla, se detuvo en la acera y un agente se dirigió hacia Mooch.

—¿Está usted bien? —le gritó—. ¿Le ha ocurrido algo?

Mooch echó a correr. Cruzó el aparcamiento a toda velocidad, y al llegar al borde del agua no se detuvo ni vaciló, se lanzó de cabeza al agua. El agente de policía se quedó atónito al ver a Mooch nadando a toda marcha hacia el mar abierto.

Pete pasó junto al hombre y su perro para reunirse con Jupiter que apoyado contra un *Mercedes* reía a lágrima viva.

—Precioso, ¿eh? —exclamó Pete—. ¡Debe de ser el primer baño que se da desde hace meses!

En cuanto Jupiter logró recobrar el aliento dijo:

—Vamonos. Veamos qué nos dice Bob de esa extraña casa —pero no pudo dejar de reír durante todo el camino de regreso por la Avenida del Pacífico.

CAPÍTULO 8
EL MERCADO DE ESCLAVOS

Bob esperó en el aparcamiento de la Gran Vía frente a la casa de Mooch, apoyado contra un coche. En la casa continuaba la conversación telefónica. Era enloquecedor. Bob podía oír los ruidos a través de la ventana lateral que estaba abierta, pero sin embargo no entendía lo que estaba diciendo:

¿Y si se atreviera a acercarse? ¿Y si fuera a sentarse en los escalones de la entrada? ¿Y si entrara por el patio de atrás?

Pero entonces algo asustó a los perros del patio que comenzaron a ladrar como locos. Acercarse a la casa por la parte de atrás era imposible.

¡Pero allí había un camión! El polvoriento vehículo estaba aparcado en la grasienta calzada a un lado de la casa. Estaba junto a la cerca y debajo de la ventana abierta.

Bob miró a ambos lados. Luego cruzó la calle y se detuvo detrás del camión.

En el interior había un montón de sacos viejos y edredones todos revueltos. Sin duda su propietario los utilizaba para acolchar la mercancía y evitar que se moviera de un lado a otro. Estaban manchados y polvorientos, pero Bob no lo pensó dos veces. Saltó al interior del camión, se tumbó cuan largo era y se tapó con un edredón.

—Sí —decía el hombre dentro de la casa. Ahora Bob le oía perfectamente—. Bueno, seguro, pero ese individuo es un tonto muy especial. Quiero decir que uno no puede adivinar lo que hará a continuación. Es como vivir encima de un polvorín. ¡De un momento a otro algo puede estallar! Así que estoy buscando otro

sitio. La policía ha venido dos veces esta semana y, más pronto o más tarde, lo descubrirán.

Hubo una pausa y luego el hombre dijo muy enfadado:

—No digas que no es un buen negocio. Es un buen negocio. ¡Tú oíste lo del perro que encontraron en el cubo de basura!

Bob se puso tenso bajo el cobertor. ¡Estaba hablando de *Tiny*!

—Está bien —dijo el hombre—. No estoy loco, pero no pienso quedarme aquí. Escucha, ahora tengo que marcharme y conseguir pasta. Decida lo que decida necesitaré dinero.

Hubo una breve pausa y luego:

—Bien. El mercado de esclavos está donde siempre.

Bob frunció el ceño intrigado. ¿El mercado de esclavos?

Oyó el clic del teléfono al ser colgado. Bob continuaba tendido en la parte posterior del camión intrigado por lo que acababa de oír, cuando se cerró una puerta de golpe y sonaron pasos en el porche.

Bob, petrificado bajo el edredón, esperaba que la persona se alejase, pero de pronto se abrió la puerta de la cabina con un crujido y alguien entró. Hizo girar la llave de contacto y el motor se puso en marcha. El camión comenzó a moverse y un segundo más tarde salía a la calle dando bandazos.

Por un instante Bob pensó que tendría que saltar, pero luego se fue calmando y reflexionó. El hombre sentado al volante tenía que ser el compañero de habitación de Mooch. Había hablado de peligro refiriéndose a Mooch Henderson. Y de *Tiny* muerto en el cubo de basura. ¿Sabría algo de Todd? ¿Y Mooch? Había algo decididamente sospechoso en ambos.

Bob decidió quedarse donde estaba. Así descubriría lo que se proponía aquel hombre y a dónde iba, y el misterioso mercado de esclavos. Quizá todo aquello le diera una pista sobre el paradero de Todd. Y si el hombre le descubría en la parte de atrás del camión, entonces no tendría otra opción que salir huyendo.

De vez en cuando Bob miraba por debajo del edredón. Vio calles y tiendas, pero no reconoció ninguna.

Al fin el camión se detuvo y cesó el ronquido del motor. El vehículo crujió mientras el hombre se apeaba.

Bob se puso tenso, dispuesto a saltar a tierra si fuese necesario.

El conductor no se acercó a la parte posterior del camión, y sus

pasos se perdieron en la distancia. Bob oía el ruido del tráfico… tráfico intenso. Incorporándose se asomó a mirar por un lado del camión. Vio una amplia avenida por la que circulaban automóviles y camiones incesantemente. A ambos lados se alzaban pequeños establecimientos destartalados y casas estucadas de tejado plano, y en la acera un grupo de hombres charlaba tranquilamente. En su mayoría eran hombres corpulentos vestidos de dril o pana. Algunos llevaban pesadas botas y otros sombrero. Había negros, cobrizos, orientales, latinos y anglosajones.

Un coche se detuvo junto a la acera y varios de los hombres se acercaron a hablar con el conductor. Bob aprovechó aquella distracción para escurrirse por debajo del cobertor y saltar a la calle alejándose del camión.

Se detuvo unos cien metros más allá donde encontró un muro bajo donde poder sentarse. Desde allí contempló la escena con curiosidad.

De cuando en cuando se acercaba un automóvil a la acera y se detenía. El conductor hablaba con alguno de los hombres que aguardaban en la acera y llegaban a algún acuerdo. Luego el hombre de la calle se subía al coche y se iba con el otro hombre, o le seguía con su propio automóvil o camión.

Uno de los hombres se acercaba calle abajo y fue a sentarse en el muro cerca de Bob. Suspiró con fuerza.

—Eres demasiado joven para estar aquí, muchacho —le dijo a Bob—. ¿Esperas un trabajo o qué?

Bob se sobresaltó.

—Estoy… estaba dando un paseo y… y me sentí cansado y me senté a descansar. ¿Estos hombres buscan trabajo?

El hombre asintió.

—Eso es lo que hacemos todos. Este lugar es el mercado de esclavos. ¿Has oído hablar de él?

—No. ¿Qué es? Suena fatal.

El hombre se echó a reír.

—No es tan malo como parece. Es sólo un sitio a donde ir cuando no se tiene trabajo. Vienen hombres de todas partes y, si la gente necesita que le ayuden en esto o aquello, vienen también. Necesitas un hombre para que te limpie paredes, lo encontrarás en el mercado de esclavos. Quieres que te corten el césped, alguno de

los de aquí te lo hará. Cualquier clase de trabajo.

Un hombre rudo vistiendo una camisa de dril y tejanos manchados de pintura abandonó el grupo de la acera y se dirigió al camión donde Bob estuvo escondido. Abrió la puerta de la cabina y sacó un paquete de cigarrillos del asiento. Luego fue a reunirse de nuevo con los demás. Bob dedujo que debía ser el compañero de habitación de Mooch Henderson.

Un *Buick* azul se aproximó a la acera. Se apeó un hombre y contempló la escena. Era esbelto, proporcionado y llevaba un poblado bigote gris. Vestía pantalones gris claro y camisa oscura y una gorra de marino que le daba un aire muy atractivo. Se protegía los ojos con unas gafas oscuras.

—¿Ves ese tipo? —le dijo el compañero de Bob—. Viene regularmente. Siempre contrata a alguien que tenga camión.

El hombre llamó al individuo que era el compañero de habitación de Henderson y ambos charlaron brevemente. Luego el camarada de Mooch asintió con la cabeza y tras montar en su camión se fue siguiendo al hombre del bigote.

—¿Has visto? —le dijo el compañero de Bob—. Han hecho un trato.

Bob asintió sin prestarle gran atención. Estaba terriblemente decepcionado. Había esperado que su osado viaje en el camión le revelara algo importante… las respuestas a algunas preguntas inquietantes. ¿Había matado Mooch al perro *Tiny*? ¿Qué sabía su compañero de habitación de Todd? ¿Y qué era lo que estaba haciendo Mooch Henderson que asustaba tanto a sus compañeros?

En vez de encontrar las respuestas a estas preguntas Bob había averiguado tan sólo que el mercado de esclavos era un lugar donde los obreros en paro iban a buscar trabajo.

Bob se puso en pie y echó a andar calle abajo. Vio un letrero en una esquina; estaba en La Brea, a kilómetros de distancia de la playa. Sería ya tarde cuando regresara. ¿Estarían Jupe y Pete esperándole todavía? ¿Y qué noticias tendrían ellos de Todd Stratten?

CAPÍTULO 9
UN CASO DRAMÁTICO

—¿Dónde has estado? —exclamó Pete Crenshaw.

Él y Jupe habían estado esperando en el Patio de la Sirena. Pasearon de un lado a otro, preocupados y de mal humor. Ahora, al ver aparecer a Bob, Pete sintió tal alivio al verle que se enfureció.

—Eh, lo siento —dijo Bob—. No pude dejaros ninguna nota. Aproveché la oportunidad y me fui con ese individuo… el compañero de habitación de Mooch.

Bob les contó luego los fragmentos de conversación telefónica que pudo captar y cómo llegó hasta el mercado de esclavos.

—He oído hablar del mercado de esclavos —comentó Jupiter—. Parece que no tiene nada que ver con nuestro caso, excepto que ahora sabemos que los amigos de Mooch Henderson no tienen trabajo fijo. Debimos sospecharlo. ¡Pero ese hombre mencionó el perro y el contenedor de basura! Y está asustado. Y esa chica que se marchó hoy de la casa también tenía miedo. ¿Tiene Mooch alguna relación con *Tiny*? ¿Esa mordedura de su brazo es significativa?

Pete parecía asustado.

—Eh, no supondrás que Todd pueda estar en esa casucha… Si Mooch iba a secuestrar a Todd…

Pero Pete le detuvo y meneó la cabeza.

—No. Esos dos compañeros de habitación no quieren problemas. Si Todd estuviese en la casa se hubieran ido volando. Yo creo que Todd no está allí, pero esos perros no son vulgares vagabundos. Apuesto lo que queráis.

—Tal vez los tiene para pedir un rescate —dijo Jupe. Y a continuación le contó a Bob que Mooch intentó robar el San

Bernardo, y cómo había escapado después zambulléndose en el agua.

Pete rió.

—Deberías haberlo visto cuando al fin regresó a su casa. ¡Estaba mojado y sucio de barro, hecho una verdadera lástima! Lo que reí.

Jupe sonrió distraído.

—Creo que por hoy ya hemos hecho aquí todo lo que podía hacerse —declaró—. Pero hay algo que quiero comprobar en el puesto de mando. Volvamos a casa.

Mientras los muchachos quitaban los candados a sus bicicletas en la parte de atrás de la librería, Clark Burton llegaba al patio procedente de la playa. Cuando vio a los investigadores, su rostro adoptó una expresión preocupada.

—¿Alguna noticia? —preguntó.

—No, señor Burton —contestó Jupe—. Todavía no.

Regina Stratten salió a la puerta.

—Lo siento, Regina —le dijo Burton—. Procura no inquietarte. Ya sabes lo travieso que es Todd. Probablemente estará escondido en alguna parte, imaginándose que es Robinson Crusoe y que está en una isla desierta.

—Todavía no le he leído ese libro —replicó ella.

—Oh, ¿no? Bien, entonces quizá se imagina que es el capitán Hatteras y va de expedición al Polo Norte. O que es un astronauta que vuela a otro planeta. Tiene tanta imaginación. Y es mejor que esté jugando que tendido en alguna parte… a… a…

Burton se detuvo y por primera vez pareció sonrojarse. Los muchachos sabían que estuvo a punto de decir: «tendido en alguna parte muerto o herido».

Regina le miraba. Se había puesto muy pálida.

—Lo siento —dijo Burton—. Ha sido una estupidez mía. Yo… yo… me he identificado demasiado intensamente con lo ocurrido. Tuve un hermanito que se escapó y desapareció cuando yo era pequeño. Siempre me compadezco de las familias de niños que desaparecen. Perdóname, por favor.

Regina no contestó, y al cabo de unos instantes Burton subió a su galena. Cuando los chicos se marcharon continuaba en la puerta mirando al vacío mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Aquella tarde después de comer, Bob y Pete se reunieron con Jupe en el puesto de mando. Jupe estuvo registrando las estanterías de la oficina de la caravana. Les anunció que deseaba refrescar su memoria respecto a una vieja película. Desde los días en que fue Bebé Fatty, Jupiter había sentido una afición especial por el cine. Poseía varios libros sobre la historia del cinematógrafo en la biblioteca de consulta de Los Tres Investigadores.

—El teatro El Ocaso de Hollywood pasó varias películas del viejo Barry Bream la primavera pasada —dijo Jupe—. ¿Os acordáis de Bream? Aparecía en la serie del detective Enrique Hawkins.

Pete estaba consternado.

—¡Jupe, si ni siquiera habíamos nacido cuando se hicieron esas películas!

—¡Ése es un mero detalle! —replicó Jupe—. Las películas de Bream son clásicas. Todavía se proyectan en los festivales de cine. El argumento de una película de Barry Bream versaba sobre un niño pequeño que se suponía iba a heredar un millón de dólares. Se ahogó en una presa y las personas que heredaban el dinero después de él, iban muriendo una a una.

—¿Ahogado en una presa? —exclamó Pete.

—¡Igual que el hermanito de Clark Burton! —dijo Bob muy excitado.

—O su compañero de juegos —agregó Jupe— según la versión que tomemos de la historia que cuenta. Tengo la sensación de haberlo visto… ya sabéis, esa extraña sensación de haber vivido algo dos veces. Quiero ver si encuentro algunas fotografías de esa película de Bream y comprobar si tengo razón.

—Aquí está —exclamó Jupe un minuto más tarde sacando un libro polvoriento del estante de detrás del escritorio. Se titulaba «*Un Grito en la Oscuridad*». Estaba dedicado a las películas de misterio, y tenía un capítulo entero dedicado a las películas de Barry Bream.

Jupe fue pasando las páginas, deteniéndose de vez en cuando para mirar una fotografía. Al fin dijo:

—¡Aja! Aquí hay una fotografía de la escena cuando el mayordomo encuentra el cadáver del niño flotando en la presa.

Pete y Bob se inclinaron sobre el hombro de Jupe para mirar la ilustración. Vieron la foto de un grupo de gente que miraba horrorizada el cuerpo que flotaba en el agua. Allí el niño parecía un

muñeco, pero Jupe recordaba que en la película le había parecido muy real. El actor que representaba al mayordomo, de rodillas, alargaba los brazos hacia el cadáver, pero le sujetaba Barry Bream que encarnaba al detective Enrique Hawkins. Detrás de Bream aparecían en la fotografía un par de policías uniformados. Uno de ellos era joven… poco más que un niño… que se había quitado el casco. Era muy guapo y tenía un aire muy solemne.

—¡Por las vacas sagradas! —exclamó Pete—. Ése es Clark Burton.

—¡Exacto! —replicó Jupe—. Yo *recordaba* haber visto su cara en esta película. Debía tener menos de veinte años, poco más a lo sumo.

—¡De modo que es un mentiroso! —dijo Bob—. Nunca hubo tal hermanito, ni compañero de juegos tampoco. Contó esa historia porque… porque…

Bob se detuvo.



—Sí —intervino Jupe—. Ésa es la parte que más me intriga. ¿Por qué Burton cuenta semejante historia? A menos que por una rara coincidencia, el argumento de esa vieja película corra paralelo con un acontecimiento de su propia vida.

—Sería demasiada coincidencia —declaró Bob.

—Probablemente —convino Jupe—. Y lo extraño es que una vez Burton decidiera mentir…, por la razón que fuese, no supo inventar una mentira original. Tuvo que copiarla de una vieja película.

—Lamentable —dijo Pete.

—Bob, es un buen momento para revisar la investigación hasta el presente. ¿Qué tenemos? —preguntó Jupe.

—No mucho —repuso Bob mientras ojeaba una libretita que había sacado de su bolsillo—. Nada más que la señorita Peabody vio a Todd después de que entrase en el Patio de la Sirena durante la cabalgata. Informó que el señor Anderson y la señorita Watkins estaban fuera, cerca del Paseo Marítimo cuando Todd entró y que el señor Burton estaba en su galería. Tony y Marga Gould se encontraban en su café pero no vieron nada que sirva de ayuda.

—Mooch Henderson… —Bob alzó los ojos de sus notas—. Es un tipo interesante.

—¿Es sospechoso? —quiso saber Pete.

—Desde luego algo lo es —repuso Jupe—. No estoy seguro de si lo es mucho. Para empezar, sí lo es de robar perros.

Bob volvió a consultar sus notas.

—También sabemos que los compañeros de Mooch recelaban de algo. Y también que Clark Burton miente, aunque ignoramos por qué.

—Tal vez sólo ha querido seguir actuando —sugirió Pete.

Los otros dos le miraron.

—¿Quieres hacerte el gracioso? —dijo Bob.

—No. Mi padre tiene mucho trato con actores debido a su trabajo de efectos especiales en los estudios, y dice que algunos son un cero a la izquierda cuando no están representando. Únicamente tienen algo de personalidad cuando encarnan un personaje. Pueden hacer el papel de otro, pero no saben ser ellos mismos. De manera que lo convierten todo en una comedia, para poder ser… bueno, para hacerse notar, me imagino. Nadie se fijaría en ellos si no estuviesen actuando.

—Es posible —comentó Jupe—. Clark Burton todavía sigue haciendo algunas cosas que hacen las estrellas… sigue apareciendo en televisión y asiste a algunas fiestas de Hollywood, pero tal vez sea eso todo lo que hace. Aparte de ser un tratante en arte. Puede que su vida sea tan aburrida que haya tenido la necesidad de volver a actuar en la desaparición de Todd.

—Y se preocupa tanto por sus actuaciones. Cuando hablamos con él esta mañana dijo que nadie pensase que no quería cooperar. A él no le importa realmente sí ayuda o no, sólo que se vea su buena intención.

—Eso explicaría su mentira —agregó Bob—. Pero eso no hace que ese tipo me guste más.

Sonó el teléfono de encima de la mesa. Jupe lo levantó y dijo:

—¿Sí?

—Jupiter Jones. ¿Eres tú? —dijo una voz vieja y cascada.

—¡Señorita Peabody! —exclamó Jupe sorprendido. Rápidamente conectó el amplificador al auricular para que todos pudieran oír lo que decía.

—Regina Stratten me ha dado tu teléfono —las palabras estridentes de la señorita Peabody llegaron con toda potencia y claridad a través del micrófono—. Tengo algo que puede interesarte. No quiero acudir a la policía; tienen que conseguir autorizaciones y toda clase de papeles antes de poder entrar en acción. ¡Quiero que hagas algo inmediatamente!

—¿Sí, señorita Peabody? —replicó Jupe.

—Esta tarde —dijo la anciana— estaba dando un paseo por el Paseo Marítimo y vi a Clark Burton. Comenzaba a oscurecer. Salió por la escalera posterior de su galería llevando algo dentro de un saco.

Hizo una pausa como si esperara que Jupe se mostrase impresionado o intrigado.

—¿Sí? —dijo él.

—Actuaba con aire furtivo —prosiguió— de modo que hice como si no le hubiese visto. Di media vuelta y me puse a contemplar el mar.

—Claro —comentó Jupiter.

—Pasó por delante del Patio de la Sirena y se dirigió hacia el Muelle Venecia. Le dejé tomar una buena delantera. Tengo

entendido que es el método adecuado.

—Cuando se sigue a alguien, desde luego —convino Jupe.

—Le seguí hasta el malecón —dijo—. Siguió avanzando y se detuvo como si contemplase la puesta de sol. Luego regresó, pero ya no llevaba el saco. ¡Lo había arrojado al agua!

—¿Lo tiró? Señorita Peabody, ¿qué clase de saco era? ¿Era de arpillera? ¿Pesaba mucho? ¿Podría usted calcularlo?

—No era el cuerpo de Todd si es eso lo que estás pensando —replicó ella—. Era un saco de papel, de esos que dan en los supermercados. Y no lo llevaba como se lleva a una persona. Lo sostenía por la parte de arriba, como si fuera una maleta.

—Ya —dijo Jupe.

—¿Así qué es lo que piensas? —le preguntó la anciana.

—Yo creo que necesitaremos algo de tiempo para comprobarlo. Muchísimas gracias, señorita Peabody, por llamar. Ah… no le diga nada de esto a la señora Stratten.

—¡Desde luego que no! —replicó—. ¡Puede que esté envejeciendo, pero todavía no chocheo!

Colgó, y Jupiter dejó el teléfono.

—Siempre supe que alguna vez me alegraría de haber aprendido escafandrismo —dijo Pete.

CAPÍTULO 10
¡TERROR BAJO EL AGUA!

Worthington, el buen amigo de los muchachos, apareció en el «Patio Salvaje» a primera hora de la mañana siguiente. Vino conduciendo una camioneta gris.

—Se me ocurrió que una camioneta sería más práctico se master Pete iba a hacer inmersión —explicó Worthington—. Tendrá un lugar donde vestirse cuando haya terminado y quiera ponerse ropa seca.

—Worthington, eres un verdadero amigo —dijo Pete.

Worthington sonrió.

—Celebro poder ayudarles.

Aquel muchacho era un chófer inglés extremadamente correcto. Los Tres Investigadores lo conocieron cuando Jupe ganó un concurso patrocinado por la Compañía de Coches de Alquiler. Jupe había adivinado el número de judías que estaban dentro de un tarro y, como premio, se le permitió utilizar un Rolls Royce dorado por espacio de treinta días. Worthington fue el chófer que condujo el lujoso automóvil que hizo las delicias de los muchachos. Quedó fascinado por las aventuras que los investigadores le contaron y, desde entonces, les ayudaba en todos sus casos. Ahora se consideraba ya miembro no oficial del equipo de detectives.

Mientras Worthington y Los Tres Investigadores iban a toda velocidad por la autopista de la Costa del Pacífico, los muchachos le hicieron un breve resumen del caso del niño desaparecido.

—Claro que lo he leído en los periódicos —dijo Worthington—. ¿Nadie tiene la más remota idea de lo que puede haberle ocurrido?

—No —replicó Jupiter—. Hay numerosas posibilidades. Quizás

ande por ahí perdido, aunque no es muy probable. Alguien le habría visto durante estos dos días. O tal vez haya quedado atrapado en algún pozo abandonado. La policía ha estado registrando el vecindario, mirando todos los sitios donde un niño podría trepar y caerse dentro. Puede que así encuentren a Todd.

—Es posible también que se lo haya llevado alguna persona desequilibrada que lo encontrase solo en la playa. Si es eso lo que ha ocurrido, entonces me temo que no puede hacerse gran cosa. Es cuestión de esperar a que alguien proporcione alguna pista. Algún vecino puede ver al raptor de Todd con un niño desconocido y avisar a la policía. O la policía puede encontrar a alguien fichado anteriormente por secuestrar niños…

—Supongo que no se trata de un secuestro para pedir un rescate —dijo Worthington.

—No. Regina Stratten y su padre no tienen tanto dinero como para tentar a un criminal a arriesgarse secuestrando a un pequeño.

—Puede que Todd viese algo que no debería haber visto —agregó Bob—, y alguien se lo llevó para evitar que lo contase.

—Sí. ¡Puede que viera a Mooch robando perros y Mooch lo encerró! —exclamó Pete—. Tal vez por eso sus compañeros estaban tan nerviosos ante la proximidad de la policía.

—Mooch es un vecino indeseable —explicó Jupe a Worthington. Luego se volvió a Pete—, pero yo no creo que tenga a Todd en su casa. Sus compañeros se hubiesen mostrado mucho más asustados en ese caso.

—Entonces tal vez Mooch escondió a Todd en algún otro sitio —insistió Pete. Jupe suspiró.

—Todo esto no son más que meras suposiciones. ¡Necesitamos pruebas!

Nadie tenía ninguna e hicieron el resto del camino hasta Venecia en silencio.

Era todavía temprano cuando llegaron a la playa. El lugar parecía casi desierto bajo aquella velada luz gris. Las pocas personas que paseaban por el Paseo Marítimo tenían cara de aburrimiento.

—Está más animado a mediodía —le dijo Jupe a Worthington—. Pero ahora, cuanto menos gente nos vea, mejor.

Worthington se dirigió hacia el aparcamiento cerca del muelle. Pete se encerró unos minutos en la parte posterior de la camioneta.

Cuando volvió a aparecer iba en traje de baño con su equipo de buceo. Jupiter y Bob le ayudaron a sujetar las correas de la bombona de aire. Luego se colocó la máscara introduciendo en su boca el extremo del tubo, y se sumergió en el océano.

Se había alejado sólo unos metros cuando Bob le dio un codazo a Jupe al tiempo que señalaba con el dedo.

El joven que compartía la habitación con Mooch había aparecido en el Paseo Marítimo. Estaba inclinado sobre el mostrador de una pizzería de la playa, desayunando en solitario *pizza* y un refresco.

—¡Sorprendente! —exclamó Worthington—. ¡*Pizza* a esta hora!

El andrajoso trapero llamado Fergus se acercaba en aquel momento por el paseo empujando su carrito, como de costumbre, seguido de sus dos fieles perros. Se detuvo ante el mostrador de la pizzería e hizo una seña al encargado.

El compañero de Mooch terminó su desayuno y echó a andar en dirección a la Gran Vía.

—Eh, no es necesario que nos quedemos los tres aquí vigilando a Pete —dijo Bob—. Quiero ver lo que hacen Mooch y su compañero esta mañana. Volveré aquí para reunirme con vosotros.

Jupe miró al mar. A Pete sólo se le veía ya la cabeza. Dentro de pocos instantes le perderían de vista bajo el agua.

—Está bien —replicó Jupe—. Manten los ojos bien abiertos. ¡No sabemos con exactitud lo que se traen entre manos, así que ve con cuidado!

—¡De acuerdo!

Y salió disparado como una flecha. Al pasar por delante del mostrador de la pizzería, el simplón de Fergus ya se alejaba con una bolsa llena de *pizza*. El hombre la dejó en su carrito y se fue empujándolo por donde había venido.

—¿No necesitará ayuda master Bob? —preguntó Worthington esperanzado—. Tal vez yo debería ir con él.

Jupe sonrió. Al parecer Worthington deseaba entrar también en acción.

—Bob estará perfectamente —le aseguró Jupe al chófer, que pareció algo decepcionado.

Bob se esfumó por una de las calles más allá del Patio de la Sirena, y Worthington y Jupe volvieron su atención hacia Pete. El único rastro que se veía de él ahora eran las burbujas en la

superficie del agua.

Entretanto, Pete miraba atentamente a través del cristal de su máscara mientras se movía con lentitud por el fondo oceánico, le contrariaba que el agua estuviese tan turbia, y se preguntaba cómo sabría cuál era el objeto que Clark Burton había arrojado al muelle la noche antes. No habían pocas cosas en el fondo. Vio botellas y latas. También un bulto que parecía una lona doblada. Pete se acercó para cogerlo y resultó ser una bolsa de playa que contenía un traje de baño casi desintegrado.

Pete siguió adelante, nadando junto al fondo, manteniéndose siempre junto a los pilares del muelle. Encontró unas zapatillas de tenis, plomos de aparejos de pesca, trozos de cristal y restos de comida envueltos en bolsas de plástico.

La señorita Peabody había descrito lo que Burton llevaba en la mano como una bolsa de papel… probablemente una de esas bolsas para llevar comestibles. Podría contener cualquier cosa, pensó Pete.

Pete volvió la cabeza. Algo se movía en el agua a su derecha. Algo se deslizó por el fondo y luego subió veloz a la superficie.

¡Era un tiburón!

Pete pudo ver las hileras de dientes afilados asomando entre las mandíbulas del tiburón. Nadaba perezosamente, sin el menor esfuerzo.

Pete se quedó quieto y contuvo la respiración. Mientras permanecía completamente inmóvil varios pensamientos pasaban por su mente.

Algunos tiburones atacan a los bañistas. Otros no.

A veces un fuerte chapoteo y un ruido fuerte los alejan.

Un ruido fuerte. El único ruido que se oía eran los latidos del corazón de Pete. ¿Cómo puede nadie hacer un ruido fuerte a cinco metros de profundidad? Debajo del agua no se puede gritar. Ni siquiera chapotear.

Las manos de Pete tocaron el fondo. Una roca. Necesitaba una roca. Podría golpearla contra otra roca para hacer ruido. ¡El sonido podía correr bajo el agua y asustar al tiburón!

¿Pero podía tener esa certeza? Tal vez sólo irritara al escualo.

Se detuvo intrigado mientras sus manos tocaban un objeto duro

en el fondo.

Pete creyó estar viviendo una pesadilla. Luego le invadió el pánico.

¡El tiburón se iba acercando!

CAPÍTULO 11
UN DESCUBRIMIENTO SORPRENDENTE

Bob siguió al compañero de Mooch hasta la vieja casa del otro lado de la Gran Vía. Los perros ladraron en el patio de atrás mientras el joven subía los escalones para entrar en la casa. Bob se apoyó contra un coche aparcado en el solar contiguo al Patio de la Sirena y esperó a ver qué ocurría.

Oyó cerrar una puerta a su espalda y giró en redondo. Clark Burton acababa de salir por la entrada posterior de su galería. Vestía unos elegantes pantalones azul claro y una camisa exactamente del mismo color. Cerró la puerta con llave y bajó la escalera.

Sin que Burton se percatara, siguió observándolo. Bob pensó que tal vez fuera a uno de los garajes situados detrás del Patio de la Sirena para sacar un coche. O tal vez fuese andando al Paseo Marítimo. Pero él no hizo ni una cosa ni la otra. El actor cruzó la Gran Vía y subió por la calle donde estaba la casa de Mooch Henderson, en dirección a la Avenida del Pacífico.

Como al parecer no ocurría nada en casa de Mooch, Bob decidió seguir a Burton. Dejó que se adelantara y luego fue tras él hasta la Avenida del Pacífico. Burton estaba a una manzana de distancia y se dirigía hacia el norte a buen paso.

Bob no le perdía de vista y, cuando Burton cruzó la Avenida del Pacífico, cinco manzanas más allá del Patio de la Sirena, y desapareció en una calle lateral, Bob seguía tras él. Bob se fijó en que era la calle Evelin, flanqueada por pequeñas casas de apartamentos antiguas y casas sencillas. Los coches aparcados junto a las aceras no eran últimos modelos. Los niños jugaban en los

portales, las aceras y los pasajes.

Burton estaba casi a cuatro manzanas de la Avenida del Pacífico, cuando subió los escalones de una destartalada casa de apartamentos y desapareció de su vista. Bob se hizo una doble pregunta. ¿Qué estaba haciendo Burton allí? Burton era un hombre muy distinguido. ¿Tendría amigos en aquella vecindad tan humilde?

Bob continuó andando. Cuando estuvo delante del edificio donde acababa de entrar Burton, se agachó para abrocharse el zapato. Cautelosamente miró por el rabillo del ojo.

Como muchos edificios de California, aquella casa de apartamentos estaba construida alrededor de un patio central. Bob miró hacia él sin ver nada de particular. Algunas plantas estaban muertas, con los tallos secos. Las ventanas estaban cubiertas de pesadas cortinas blancas que daban al lugar un aspecto recatado.

Bob se dirigió al otro lado de la calle. Necesitaba un sitio donde no despertara sospechas para poder vigilar. Dos niños jugaban en una entrada. Bob se sentó debajo, en los escalones y trató de actuar como si perteneciera a aquel lugar.

Esperó y esperó. Nada ocurría en la casa del otro lado de la calle. El lugar estaba cerrado en sí mismo como si escondiera sus secretos tras los pesados cortinajes.

Fueron pasando los minutos. Bob llevaba allí observando tal vez un cuarto de hora cuando vio acercarse un automóvil junto a la acera de la silenciosa casa de apartamentos. Era un *Buick* azul. Bob frunció el entrecejo. Aquel coche le era familiar y su conductor también.

Y entonces Bob comprendió con repentina emoción que era el mismo que viera el día anterior en el mercado de esclavos. Lo conducía el hombre que había contratado al compañero de Mooch. Llevaba la misma gorra de marino y las mismas gafas de sol, así como también el mismo bigote gris.

El automóvil fue avanzando por la calle, torció al este, aumentó la velocidad, y desapareció.

Bob sacó su libreta para anotar el número de la matrícula del coche y la dirección de la casa de apartamentos. Cerró la libreta y se sentó a pensar. ¿Clark Burton había venido a ver al hombre del *Buick*? ¿Existiría alguna relación entre el conductor del *Buick* y

Mooch Henderson? ¿O tendría algo que ver con el compañero de Mooch? ¿Su encuentro en el mercado de esclavos habría sido una mera coincidencia?

Lo de la coincidencia no era probable, decidió Bob. Tenía que haber una relación. ¿Pero cuál?

Bob necesitaba más información y podría conseguirla continuando su encuesta para el proyecto de su colegio, llamando a las puertas para hacer preguntas acerca de los cambios efectuados en la vecindad… y los inquilinos de la casa de apartamentos. Clark Burton tal vez le viera y se extrañaría, pero no podría acusarle de estarle espiando, al tener Bob una buena razón que justificase sus actos.

Mas cuando Bob atravesó la calle de nuevo y entró en el patio del edificio de apartamentos, su asombro aumentó. El edificio estaba en completo silencio, y el patio parecía tan abandonado… tan muerto. ¿Acaso no vivía nadie allí?

Bob se acercó a una puerta y pulsó el timbre. No se oyó sonar en el interior del apartamento ni nadie acudió a abrir la puerta.

Llamó a un segundo timbre, y luego a un tercero. Silencio.

Al ver una rendija entre las cortinas puso su cara contra el cristal y miró. Allí no había nada más que el suelo desnudo, cubierto de polvo y algunas cajas de cartón vacías. El apartamento estaba deshabitado, igual que todo el edificio La electricidad había sido desconectada, por eso los timbres no sonaban.

¿Pero dónde estaba Clark Burton? Había entrado en el patio y luego…

Bob contuvo el aliento. ¡Ahora lo comprendía! Burton había entrado por allí y luego salió por la parte de atrás conduciendo un *Buick*, y llevando un bigote gris y una gorra de marino.

Fuertes pisadas sonaron detrás de Bob que se volvió sintiendo un escalofrío de terror.

Un hombre corpulento, de mediana edad y calvo, le cogió por un brazo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó. Bob balbuceó algo de una encuesta para el periódico del colegio.

—¿Me tomas por tonto? —exclamó el hombre—. Te he visto sentado en los escalones vigilando este sitio. ¡Ya estamos hartos de gamberros que vienen por aquí, entran en los edificios deshabitados

y prenden fuego!

—¡Se equivoca usted! —exclamó Bob—. ¡No soy un gamberro! ¡Intento hablar con la gente! ¡He llamado a los timbres pero nadie abre!

El hombre aflojó la presión de su mano y Bob se soltó.

—¡Eh! —gritó el hombre.

¡Bob dio media vuelta y echó a correr hacia la calle!

CAPÍTULO 12
RESPUESTAS INQUIETANTES

Debajo del malecón de Venecia el tiburón trazaba círculos encima de Pete. Luego, de pronto, se alejó rápidamente y desapareció.

¡Se había ido! Pete se hallaba solo, sano y salvo; comenzó a respirar de nuevo.

Pete se dio cuenta de que sostenía algo en su mano. Recordó que había buscado una roca para asustar con ella al tiburón. Miró hacia abajo.

No era una roca. Era algo redondo, duro y resbaladizo. A la escasa y turbia claridad que dejaba penetrar el agua, Pete lo reconoció. Era la cabeza de la sirena de cerámica… ¡la sirena de Clark Burton que había desaparecido! Por el fondo encontró los demás trozos de la pequeña estatua… una mano, parte de la graciosa cola de pescado, parte de un brazo. Fragmentos de papel marrón seguían adheridos a algunos de los pedazos.

De manera que era esto lo que Clark Burton había arrojado al mar. ¿Pero por qué?

Pete no sabía si recoger más trozos de la sirena cuando un movimiento en el agua llamó su atención. No se detuvo a identificarlo. No era necesario. ¡Estaba seguro de que el tiburón había vuelto!

Nadó desesperadamente hacia la playa. En cuanto estuvo en aguas poco profundas, se puso en pie y trató de correr. Jadeante y chapoteando logró salir del agua y se tendió en la arena.

—Master Pete, ¿está bien? —le preguntó Worthington preocupado.

—Sí, sí, estoy bien. Creí ver un tiburón, eso es todo.

Un salvavidas se acercó por la playa sonriente y silbando a pesar de la mañana gris. Al ver a Pete en la arena, y a su lado Worthington y Jupiter inclinados sobre él, se detuvo.

—¿Todo va bien? —preguntó.

—Ahora sí. —Pete se incorporó—. Escuche, me ha parecido ver un tiburón.

—Está bien. Daré parte —dijo el salvavidas—. Entretanto no se meta en el agua, ¿entendido?

—¡No se preocupe! —respondió Pete.

Jupiter le ayudó a levantarse. Pete seguía sosteniendo entre sus manos la cabeza de la pequeña sirena. Se la entregó a Jupe antes de subir a la camioneta para ponerse ropa seca. Cuando reapareció minutos más tarde, Jupe estaba sentado encima de uno de los maderos que circundaban el aparcamiento, contemplando la cabeza de la sirena.

—Conque era esto lo que Burton arrojó al mar —dijo, intrigado.

—Eso parece —replicó Pete—. El resto de la estatua está ahí en el fondo, hecha añicos.

—¿Por qué lo haría? —se preguntó Jupe. Pete se encogió de hombros.

—¿Por qué mintió al contar esa historia de su hermano ahogado? Si no hubiese abierto la boca, no hubiese despertado sospechas. Y tampoco si se hubiera limitado a salir a la parte de atrás de su galería para arrojar la Sirena al cubo de la basura.

—Tuvo miedo de que alguien la encontrara —replicó Jupiter despacio—. La policía lo registra todo buscando a Todd. Hubieran podido registrar los contenedores de basura… en realidad, ¡tienen que haberlo hecho!

—¿Y qué si alguien la encontraba? —exclamó Pete—. ¿A quién iba a importarle?

Worthington había permanecido junto a ellos y ahora carraspeó.

—Master Jupiter —dijo—. He sido el chófer del señor Burton en varias ocasiones cuando no quería conducir él. Asiste a menudo a estrenos y a la mayoría de las grandes fiestas que se celebran en Hollywood. Posee una cualidad que yo llamaría «tablas». Representa. Algunas veces, cuando habla, reconozco frases de películas. ¿Acaso el acto absurdo de arrojar una estatua rota al océano no puede ser otra forma de hacer teatro? Podría estar

representando a… a un agente extranjero… o a un ladrón de obras de arte… o…

Worthington se detuvo a reflexionar.

—No —dijo—. No es eso. Tendría que estar loco de remate para obrar de esta manera y él no está loco.

—Simplemente es un excéntrico —agregó Pete.

—Sí. Creo que eso es más exacto —convino Worthington.

—Pero seguimos sin saber por qué arrojó la estatua al mar —les indicó Jupe.

En aquel preciso momento llegaba Bob corriendo por el Paseo Marítimo muy excitado:

—¡En, muchachos! —gritó—. ¡No lo adivinaríais nunca!

—Probablemente, no —replicó Jupiter—. ¿De qué se trata?

Bob se sentó a su lado.

—Creo que Mooch, su compañero de habitación y Clark Burton están de acuerdo.

Y rápidamente pasó a contarles cómo había seguido a Burton hasta la casa de apartamentos deshabitados de la calle Evelin y que había visto al hombre del bigote marcharse en un *Buick*.

—Era el mismo individuo que contrató al compañero de Mooch ayer en el mercado de esclavos —añadió Bob—. ¡Y estoy seguro de que es Clark Burton!

—¡Oh, uau! —exclamó Pete. Jupe parecía confundido.

—Me estás diciendo que Clark Burton fue caminando desde el Patio de la Sirena hasta un edificio deshabitado de la calle Evelin, donde se puso gafas oscuras y un bigote postizo y se marchó en automóvil para llevar a cabo algún asunto secreto. ¿Y que con ese mismo disfraz fue ayer al mercado de esclavos para reunirse en aquel lugar con el amigo de Mooch Henderson?

—Estoy casi seguro —fue la respuesta de Bob.

—Pues será mejor que nos aseguremos del todo —agregó Jupe —. Empezaremos por averiguar quién es el propietario de ese *Buick*.

—Tengo el número de la matrícula. —Bob sacó su libreta de notas. Jupe la cogió.

—¿Dijiste un edificio deshabitado?

—Eso es —replicó Bob—. Allí no hay nadie con excepción de un vecino muy corpulento y receloso. Por suerte yo corro más de prisa que él.

—Sí, has tenido suerte. El comisario Reynolds nos dirá a quién pertenece ese automóvil.

—¿Vas a llamarle? —preguntó Bob.

—No. Voy a ir a verle en persona —fue la respuesta de Jupe.

Después de una comida frugal, Jupe y Worthington dejaron la playa y Bob fue al Patio de la Sirena para ver si Burton regresaba a su galería. Pete encontró un montón de escombros frente a la casa de Mooch y montó allí su puesto de vigilancia.

Jupiter y Worthington fueron hacia el norte por la autopista de la Costa. A la media hora estaban en la Comisaría de Policía de Rocky Beach. El comisario Reynolds se avino a recibirles aunque no pareció muy entusiasmado cuando entraron los dos muchachos. Sin duda le habían interrumpido en mitad de algo importante.

—¿Y ahora qué ocurre? —preguntó el jefe de la policía.

—¿Conoce usted a mi amigo Worthington? —le preguntó Jupe.

—¿Cómo está usted, señor Worthington?

Worthington le saludó con una inclinación de cabeza.

—Está bien —dijo el comisario Reynolds—. Vayamos al grano. ¿Qué es lo que queréis?

—Quisiera saber a quién pertenece un *Buick* sedán con matrícula 666 BTU. Se guarda en un garaje a unos quinientos metros de la playa de Venecia —dijo Jupe.

—¿La playa de Venecia? —el comisario entrecerró los ojos—. Y esto pudiera tener relación con ese niño de Venecia desaparecido, ¿no?

—Sí, señor —replicó Jupe—. La señora Stratten, la madre del niño, nos ha pedido que la ayudemos.

—¿No tiene fe en la policía de Los Ángeles?

—Sí, pero pensó que quizá nosotros pudiéramos realizar algunas investigaciones que…

El comisario le interrumpió.

—¡Deja que te advierta, Jupiter, que será mejor que esta vez dejes esto en manos de la policía! ¡La vida de un niño puede estar en peligro!

—Lo sabemos, comisario Reynolds —replicó Jupe—. Si descubriéramos algo nos pondríamos en contacto con la policía de Los Ángeles, lo prometo.

El comisario Reynolds dirigió a Jupiter una larga mirada, y

luego anotó el número de la matrícula del *Buick* y salió de su despacho.

—¡Caramba! —exclamó Worthington—. Parece que tiene ciertas reservas con respecto a usted.

Jupe asintió.

—No aprueba del todo a Los Tres Investigadores. Sabe que a menudo tenemos éxito… que incluso le hemos ayudado… y no obstante quisiera que nos quedásemos en casita, lejos de él.

El comisario Reynolds regresó a los pocos minutos con una nota en la mano.

—Ese automóvil está registrado a nombre de Clark Burton —les dijo—. Con residencia en el número cuatrocientos ochenta y ocho del Paseo Marítimo de Venecia.

—¡Ah! —exclamó Jupiter.

—¿Es lo que esperabas, verdad? —preguntó el comisario Reynolds.

Jupiter asintió.

—Está bien. ¿Hay algo más que quieras decirme respecto a ese Burton?

—De momento, no —repuso Jupe, prudente. El jefe de policía le miró de hito en hito.

—Recuerda lo que te he dicho —le advirtió.

—Sí, señor —replicó Jupe, saliendo a toda prisa con Worthington.

Al llegar a Venecia, Worthington dejó a Jupe detrás del Patio de la Sirena, prometiéndole regresar al cabo de una hora poco más o menos. Jupe encontró a Bob esperándole en la terraza del café Casa de Locos. Tenía delante un vaso vacío con una paja.

—Burton ha abierto la galería hace cosa de media hora —declaró.

—Era su automóvil el que viste en la calle Evelin esta mañana —le anunció Jupe.

—Me lo figuraba —replicó Bob—. ¿Qué estaba haciendo con ese bigote, gafas oscuras y todo eso? ¿Y con otro coche? Le pregunté a Regina Stratten cuál suele conducir y me dijo que tiene un *Jaguar* en uno de los garajes de detrás del patio. ¿Quién necesita otro automóvil cuando se tiene un *Jaguar*?

Jupe se encogió de hombros antes de sentarse. En aquel

momento llegaba Pete del Paseo Marítimo para reunirse con ellos.

—He estado siguiendo a Mooch Henderson —explicó con orgullo— y lo que hace con los perros robados no es pedir su rescate, sino conseguir recompensas. Esta mañana compró un ejemplar del periódico de Santa Mónica. Lo recogí después de que él lo tirara. Venía un anuncio en el que ofrecían cien dólares de recompensa por un spaniel blanco y negro desaparecido. Por una coincidencia realmente interesante, Mooch tenía un spaniel blanco y negro en su perrera. De modo que lo llevó a una urbanización de Ocean Park. Llamó al timbre, abrió la puerta una mujer y el perro saltó sobre ella loco de contento. La mujer le dio a Mooch el dinero y él se fue silbando.

Una vez hubo contado su experiencia, Pete sintióse súbitamente desanimado.

—Pero lo que no puedo ni siquiera imaginar es lo que tiene que ver todo esto con Todd Stratten —dijo—. Mooch no pudo tratar de poner en práctica este truco con *Tiny*. Nadie le hubiera creído. Apuesto a que *Tiny* no se perdió jamás.

—Eso es bien claro —replicó Jupe, aunque no parecía prestar demasiada atención.

Se hallaba sentado de cara a la posada abandonada en la parte posterior del Patio de la Sirena con la mirada fija y pellizcándose el labio inferior, signo inequívoco de que estaba pensando intensamente.

—Debe de haber una respuesta evidente que hemos pasado por alto —observó—. Quizá Clark Burton no tenga realmente nada que ver con este caso. Tal vez Mooch Henderson tampoco. Todd Stratten entró en este patio el Cuatro de Julio y nadie ha vuelto a verle. Todd es pequeño, imaginativo y aventurero. ¡Supongamos que todavía sigue aquí! —Jupe señaló el hotel con un ademán—. ¿No pudo entrar a gatas por un respiradero? ¿O por una ventana abierta del sótano? La policía lo comprobó, pero ¿acaso registraron todos los rincones? Tuvieron que recorrer toda la playa, ¿recordáis?

Bob se enderezó en su asiento.

—¿Cómo pudo entrar? —se preguntó.

—Clark Burton está ahora en su galería. ¿Qué excusa podría dar para negarse a que registremos la Posada de la Sirena?



CAPÍTULO 13
UNA SALIDA PRECIPITADA

Al principio Clark Burton se negó a abrir la vieja posada para que los muchachos pudieran registrarla.

—Está bien cerrada desde hace años —les dijo—. Las ventanas tienen barrotes. Es imposible que ese niño haya entrado allí.

—Cuando yo tenía la edad de Todd, me metí en una casa abandonada —explicó Pete—. Habían clavado tablas por todas partes, pero eso no me detuvo. Nadie se molestó en clavar las ventanas de la buhardilla, de modo que me subí a un árbol, gateé hasta el extremo de una rama y desde allí entré en la buhardilla. Me costó un trabajo terrible volver a salir, se lo aseguro.

Burton miró hacia la Posada de la Sirena. Era cierto que todas las ventanas del primer y segundo piso tenían barrotes, pero no así las del tercero.

—¡Imposible! —exclamó Burton—. Todd hubiera tenido que subirse al tejado de esta galería o al apartamento del señor Conine para entrar por las ventanas superiores de la posada.

—No estamos sugiriendo que Todd hiciese eso —dijo Jupiter con calma—. Sólo decimos que los niños pequeños a veces hacen cosas que a los mayores no se les habrían ocurrido jamás. ¿Qué mal hay en registrar el hotel? Podría estar encerrado allí, incapaz de volver a salir. ¡Podría estar herido o inconsciente!

Burton suspiró. Al fin trajo un manojo de llaves de su apartamento y dio la vuelta a un letrero que colgaba de la puerta de su galería y que decía: CERRADO.

—Si Todd entró en la posada —protestó—, ¿cómo es que el perro fue atropellado?

—Eso no está claro —contestó Jupiter—. Es muy posible que la muerte de ese perro no tenga nada que ver con el niño.

—Está bien —Burton accedió al fin—. Es perder el tiempo, pero vamos a asegurarnos de que el niño no está en la posada.

Abrió la marcha por la escalera hasta la puerta principal de la Posada de la Sirena. Después de abrir la puerta la empujó. Los muchachos vieron un vestíbulo oscuro y lleno de polvo. Siguieron a Burton a través del vestíbulo y el salón donde butacas y sofás deteriorados se agrupaban en círculos. Una luz fantasmal se filtraba a través de las sucias ventanas. Las alfombras estaban hechas pedazos, y había varios maceteros con palos secos que en otros tiempos fueron plantas. Huellas en el polvo indicaban por donde habían pasado los policías. No había rastro del pequeño.

Los muchachos pasaron del salón al comedor, donde las sillas estaban amontonadas encima de las mesas. Más allá del comedor había pasillos, oficinas, despensas y almacenes.

Todo fue examinado. Todd no estaba en ninguno de ellos.

En la cocina las arañas habían cubierto los fregaderos con sus telas y los ratones habían anidado en los armarios. Mientras seguían buscando oyeron algo sobrenatural… un gemido estremecedor que al parecer sonaba debajo de sus plantas.

Jupe pegó un respingo a pesar suyo.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Pete.

Incluso Burton había palidecido. Fue hasta una puerta al fondo de la cocina y la abrió. Jupe que le había seguido, miró por encima de su hombro. Vio el oscuro hueco de una escalera que olía a humedad.

—El sótano —anunció Burton—. Nunca se ha usado mucho. Se inunda cuando sube la marea.

Bob desapareció unos instantes para regresar con un candelabro que había encontrado en el comedor. Tenía su correspondiente vela polvorienta.

Burton encendió la vela y los tres muchachos bajaron lentamente los escalones del sótano tras él.

Pete sentía una extraña sensación punzante en la nuca y se apresuró a acercarse a los otros.

Volvieron a oír el ruido. Ahora sonaba más cerca y más pavoroso. Por un instante no se movieron. Luego Pete señaló con el

dedo.

Había una ventana en lo alto de la pared del sótano. Una ventana tapada con tablas clavadas por la que apenas penetraba la luz por una rendija. El ruido del tráfico se oía lejano a través de aquella ventana, luego oyeron un traqueteo metálico, y después el terrible gemido.

—Es algún ruido de la calle —dijo Pete aliviado al tiempo que recobraba el aliento.

Fue hasta la ventana y golpeó las tablas que la cubrían. La rendija se ensanchó y pudo ver una estrecha zona asfaltada que iba hasta la izquierda de la Gran Vía.

Un camión de la basura se había detenido en la Gran Vía cerca de la posada. Al parecer estaba recogiendo los contenedores del Patio de la Sirena. El conductor del camión colocó un bidón lleno de basuras en la horquilla elevadora de la parte posterior del vehículo y luego accionó una palanca. Con un terrible chirrido del mecanismo, el bidón fue alzado al aire y vaciado dentro del camión.

—Oh —dijo Jupe con voz débil—. De modo que era eso lo que oímos. El camión de la basura.

Burton asintió.

—Las casas viejas como ésta transforman los ruidos —comentó.

Un poco avergonzados, Los Tres Investigadores registraron rápidamente el sótano y luego subieron a la cocina.

Satisfechos y convencidos de que Todd Stratten no estaba en la parte baja del hotel, Los Tres Investigadores subieron por la gran escalinata hasta el segundo piso, donde un pasillo recorría todo el largo del edificio con puertas a ambos lados que colgaban abiertas de sus oxidados goznes.

Los muchachos vieron otra vez polvo, telarañas y señales de ratones. Al final llegaron ante una puerta que estaba cerrada.

—La *Suite* Real —dijo Burton indicando un letrero del marco—. He intentado abrir esa puerta muchas veces. Tengo la llave, pero no gira en la cerradura. Creo que está oxidada. Si alguna vez decido restaurar el hotel, tendré que echar abajo esta puerta. Y es una pena, porque es muy bonita.

Desde luego era una puerta preciosa con tandas de seres marinos en los bordes de los paneles de madera. En el centro de la puerta estaba la cabeza de un querubín, casi gemela de la risueña sirena

que antes estuviera en la galería de Burton.

—La sirena que tenía en mi tienda estuvo antes en el salón de abajo —explicó Burton—. Ojalá pudiera llevarme esta talla con la misma facilidad que aquélla.

—Lo creo —replicó Jupiter—. ¿Pero quiere usted decir que no ha entrado en esta *suite* desde que compró la posada?

—No —contestó Burton—, y lo siento. Tengo entendido que es magnífica. Era la *suite* de Francesca Fontaine cuando venía a Venecia.

—¿Es ahí por donde se pasea el fantasma?

Burton sonrió con aire condescendiente.

—¿Tú crees en semejantes cuentos de hadas? —dijo—. Yo no. La gente inventa historias de los edificios antiguos que permanecen deshabitados y, puesto que la muerte de Francesca Fontaine continúa siendo un misterio, es natural que sea ella la protagonista de esas historias. Incluso se dice que sigue todavía aquí, encerrada en su habitación… convertida en esqueleto y tendida en su cama. He oído decir que se volvió solitaria y que pagaba al regente del hotel para que la tuviese escondida, y ¡que murió aquí completamente loca!

Clark Burton hizo una pausa y los muchachos se estremecieron como si por el pasillo acabase de pasar una corriente helada.

—¡Todo eso son tonterías! —declaró Burton—. Miré a través de las ventanas cuando estuvieron aquí los operarios poniendo los barrotes de hierro. La *Suite* Real está igual que el resto de la posada. Vacía.

Burton y los muchachos subieron al tercer piso. Allí las ventanas no tenían barrotes, y muchas de las puertas de las habitaciones estaban abiertas a lo largo del pasillo central.

—Estamos a unos diez metros del patio —dijo Burton—. Nadie podría entrar por aquí.

—¿Hay alguna buhardilla encima de nosotros? —preguntó Jupiter.

—No. Sólo el tejado y tiene goteras.

Sin embargo siguieron registrando. Tampoco allí encontraron otra cosa que no fuera soledad y eco. En un rincón había un torno elevador que iba desde lo alto del hotel hasta las despensas de abajo.

—Un torno elevador —explicó Burton—. Lo usaban para subir las bandejas de comida desde la cocina.

El torno había desaparecido y sólo quedaba el hueco. Burton les aseguró que la policía lo había iluminado con sus linternas hasta el fondo.

Los muchachos bajaron lentamente la escalera y salieron al sol. Regina Stratten les esperaba en el patio. Parecía más delgada, y sus ojos demasiado grandes para su rostro.

—Habéis estado registrando la posada —les dijo—. Pensasteis que Todd pudiera estar ahí, pero no está. Pero habéis tenido una buena idea. Está cerca y escondido. Creo que ya sé lo que le ha ocurrido. Es travieso, ¿comprendéis?, y salió corriendo hacia la Gran Vía, o tal vez hasta la Avenida del Pacífico. *Tiny* le siguió y fue atropellado por un coche. Todd pensó que era culpa suya y por eso huyó y se escondió.

—Escuchad, siempre estaba haciendo cosas que veía en la televisión o los libros. ¿Sabéis lo que vio la semana pasada? Una película antigua titulada *El Pequeño Fugitivo*.

—¡Oh! —exclamó Clark Burton de pronto.

—Trata de un niño pequeño que cree haber matado a su hermano. Huye a Coney Island y vive debajo de las tablas del embarcadero.

Regina Stratten se ensombreció de pronto.

—Nosotros no tenemos un embarcadero de madera —dijo con tristeza—, y la policía ya ha buscado debajo del Muelle de Venecia. Pero puede haber escapado a algún otro sitio para esconderse, ¿verdad?

—Claro, Regina —exclamó Clark Burton—. Volverá a casa cuando tenga hambre.

Burton regresó a su galería con aire decidido.

—Pero ahora ya debe de tener hambre —dijo Regina con apenas un hilo de voz—. Hace dos días que se marchó.

Ella regresó a la librería caminando despacio. Pete miró hacia la Galería de la Sirena. Burton no había abierto. El letrero de la puerta seguía diciendo CERRADO.

—Burton ha ido a algún sitio —dijo Jupe—. Esa historia del niño que vivía bajo las tablas del embarcadero le ha sugerido algo. ¿Te has fijado en sus ojos? Era como si de pronto se le hubiese

ocurrido una idea brillante.

—No tiene tiempo de haber ido muy lejos —replicó Bob que salió corriendo al Paseo Marítimo, y luego fue a dar la vuelta por detrás volviendo por el lado norte del patio, regresando a los pocos segundos.

—¡Acaba de bajar la escalera posterior de la galería! —exclamó Bob—. ¡Vamos!

Los muchachos corrieron hacia la parte posterior de la Posada de la Sirena. Llegaron a tiempo de ver a Burton salir de un garaje en un estilizado *Jaguar* gris.

—¡Oh, maldita sea, ha cogido su coche! —gritó Pete—. ¿Cómo vamos a seguirle ahora?

—Creo que ya sé cómo —replicó Jupe señalando con el dedo.

Worthington se acercaba por la Gran Vía con su camioneta. Al ver a los muchachos frenó.

—Se está haciendo tarde —les gritó—. ¿Están dispuestos a…?

Los muchachos no esperaron a que terminase. Se subieron a la camioneta y Jupe le señaló el *Jaguar*.

—¡Clark Burton va a alguna parte y nosotros necesitamos saber a dónde!

—Con mucho gusto, Master Jupiter —repuso Worthington—. No le perderé de vista, no se preocupe.

La camioneta arrancó con un chirriar de neumáticos.

El *Jaguar* de Burton giró hacia el este y tras recorrer una manzana, giró hacia el norte en dirección a Santa Mónica. Worthington aceleró para no perderle de vista.

Una vez en Santa Mónica el *Jaguar* fue descendiendo desde el acantilado a la playa. Burton aparcó a unos doscientos cincuenta metros al norte del Muelle de Santa Mónica. Worthingon pasó de largo y entró en el aparcamiento más próximo.

Los muchachos no abandonaron la camioneta. Desde la zona de aparcamiento divisaban perfectamente el automóvil de Burton. Le vieron apearse y dirigirse al muelle.

—¡De modo que era eso! —exclamó Jupiter—. El niño de la película se escondió debajo de un muelle de madera, y aunque nosotros no tenemos embarcaderos de madera los tenemos sobre pilastres de hormigón. La policía le dijo a la señora Stratten que había registrado el Muelle de Venecia, pero no el de Santa Mónica y

Burton cree que existe una posibilidad.

—¡Pero está tan lejos de Venecia! —exclamó Bob mientras observaba cómo Burton se metía debajo del embarcadero—. ¡Debemos haber recorrido un par de kilómetros!

—¿Y eso es mucho para un niño tan movido? —preguntó Jupe.

—Eh, si Todd está ahí, ¿vamos a consentir que Burton sea el primero en saberlo? —Pete parecía preocupado—. Quiero decir que hay algo extraño en ese individuo y… y… ¡eh, mirad eso!

Burton había salido corriendo de debajo del malecón. Un hombre enjuto de rostro rubicundo y andrajoso le perseguía blandiendo una botella de vino con gesto amenazador. Burton estaba haciendo una buena carrera. Llegó hasta el *Jaguar*, abrió la portezuela y saltó al interior. Un segundo después el *Jaguar* corría a toda velocidad hacia la autopista.

Jupe vio que Worthirtgton reía en silencio. Le costó algún tiempo rehacerse:

—Siempre he oído decir —dijo el chófer— que algunos de nuestros ciudadanos más pintorescos viven debajo del Muelle de Santa Mónica. Supongo que ahora el señor Burton también lo sabe.

—Aguarda un instante —exclamó Pete, saliendo de la camioneta para correr hacia el vagabundo. El hombre se tambaleaba un poco y hablaba solo.

—Perdone, señor —le dijo Pete.

El vagabundo consiguió enfocar su mirada en Pete.

—Estamos buscando a un niño pequeño —le dijo Pete—. Es así de alto y hace un par de días que se ha perdido.

—No le he visto —replicó el hombre—. No permitimos que vengan niños por aquí. Los echamos.

—Muchísimas gracias —replicó Pete cortés. El vagabundo dio media vuelta y volvió tambaleándose a su sitio bajo el malecón, y Pete regresó a la camioneta.

—Esto ha sido divertido, pero no nos ha llevado a ninguna parte —se lamentó.

—Yo no diría eso —exclamó Jupe con calma—. Ahora sabemos que Burton también se pregunta dónde podrá estar Todd y que le gustaría encontrarlo antes que nadie. Es curioso. ¿Por qué tiene que actuar en secreto?

—Ese hombre es un misterio. ¡Tendremos que descifrar primero

el misterio de Clark Burton para poder resolver el misterio de la desaparición del pequeño Todd Stratten!

CAPÍTULO 14
JUPE PROVOCA UNA PELEA

A la mañana siguiente, temprano, Los Tres Investigadores estaban en la playa. Regina Stratten no estaba allí, pero su padre paseaba por el Paseo Marítimo, cerca de la librería.

—He convencido a Regina para que hoy se quede en casa —dijo el señor Finney—. Está agotada. Está con ella una vecina… la misma que vigila nuestro apartamento por si acaso Todd aparece por allí.

Parecía muy deprimido.

—Han pasado ya tres días —dijo—. Empiezo a perder la esperanza. Todd no puede andar por ahí solo tanto tiempo. ¡Es listo, pero sólo tiene cinco años!

—Sí, señor —replicó Jupe y carraspeó—. Señor Finney, se le hizo la autopsia al perro. ¿Sabe si han descubierto algo?

—Nada que sirva de ayuda, me temo —fue la respuesta de Carlos Finney—. Algo golpeó a *Tiny* en la cabeza y en el hombro, pero no fue nada grave. En realidad el perro murió de un ataque al corazón. Era muy viejo, y algunas veces los perros no pueden soportar los sobresaltos, lo mismo que las personas.

El señor Finney entró en su tienda y los muchachos se fueron a realizar sus tareas diarias.

Habían venido con un plan organizado y sus transceptores portátiles. Jupiter que era muy mañoso, había preparado tres equipos de radio que eran similares a los de CB[1]. Con ellos los muchachos podían emitir y recibir mensajes. Ahora Jupe le entregó un equipo a Bob y otro a Pete, quedándose él con el tercero. Luego Bob fue a su puesto de vigilancia, detrás de un grupo de arbustos al

otro lado de la calle donde estaba la casa de Mooch Henderson.

—Hemos de averiguar de una vez por todas si Mooch tiene algo que ver con la desaparición de Todd —había dicho Jupe aquella mañana—. Y también determinar qué relación existe entre su compañero y Clark Burton.

Pete y Jupe establecieron su puesto de observación en una mesa de la Casa de Locos. Desde allí podían ver las ventanas del apartamento de Clark Burton.

—Todavía tiene las persianas echadas —observó Pete—. Me figuro que no cree en eso de «a quien madruga Dios le ayuda».

—Me imagino que no vivirá de esa galería —comentó Jupiter—. Los alquileres de los edificios del Patio de la Sirena deben proporcionarle una renta más sustanciosa. Probablemente la galería es sólo un *hobby* para él.

En aquel instante se abrieron los postigos de una de las ventanas del apartamento y Burton se asomó. Al ver a Jupe y Pete el hombre dudó un momento y luego les saludó con la mano.

Los muchachos le saludaron a su vez.

—Se nos ve a la legua —dijo Pete—. Va a darse cuenta de que le estamos vigilando.

—No tenemos por qué vigilarle a él forzosamente —replicó Jupe —. La señora Stratten nos ha contratado para que busquemos a su hijo y nosotros hemos de recoger cualquier pista que nos encamine hacia ese fin.

Tony Gould salió del café con su libreta.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó.

En aquel momento la voz de Bob se oyó a la vez por los transceptores portátiles de Jupe y Pete.

—¡Jupe! ¡Pete! Mooch acaba de marcharse y su compañero salió hará unos diez minutos. Ahora aquí no hay nadie.

—¿Qué has dicho? —preguntó Tony Gould. Jupe sonrió.

—Pete se muere por aprender hostelería —dijo—. ¿Necesita usted un aprendiz de camarero?

Pete miró a Jupiter.

—En, ¿desde cuándo…?

—¿Tienes carnet laboral? —le interrumpió Tony Gould. Aliviado, Pete meneó la cabeza.

—Me figuro que esto es imprescindible, ¿no?

—Bueno, supongo que podrías conseguirlo luego —replicó Tony Gould—, y empezar a trabajar ahora.

El rostro de Pete se ensombreció de nuevo.

—Te acordarás de esto —le dijo entre dientes a Jupe.

Tony entró en el café.

—Considéralo dinero seguro —replicó Jupe—. Lo importante es que eso tranquilice a Burton si es que recela. Me voy a hablar con Bob. Te veré luego.

Jupe dirigióse apresuradamente a la parte de atrás de la Posada de la Sirena y cruzó la Gran Vía. Bob le esperaba sentado en el bordillo frente a la casa de Mooch.

—Mooch se ha ido a pie —explicó Bob—. Iba a seguirle, pero pensé que tal vez averiguara más quedándome aquí. Ahora debe de haber cinco o seis perros en el patio de atrás. Cuando ladran parece una convención canina.

—Bien pensado —replicó Jupe—. Quédate aquí, y si viene alguien avísame con el transceptor portátil. Voy a entrar.

—Mooch ha cerrado la puerta con llave —le advirtió Bob.

—Debe de haber un medio de poder entrar —dijo Jupiter—. Siempre lo hay, si uno se lo propone.

Jupiter estaba en lo cierto. En el lado este de la casa, la más alejada de la Gran Vía, encontró una ventana que no cerraba. El marco de madera era viejo y astillado, y el pestillo hacía mucho tiempo que se había caído. Jupe lo fue subiendo lentamente con la esperanza que los perros no lo oyeran y entró por la ventana.

Encontróse en una habitación que alguna vez debió ser el comedor de la casa. Una horrible lámpara de cristal colgaba de una cadena en el centro del techo. En una de las paredes había un aparador empotrado y pintado de plata. Pero aparte de algunas revistas grasientas esparcidas por el suelo de madera, en la habitación no había nada más… ni siquiera una mesa y sillas.

Jupe se dirigió a la cocina. Vio una mesa con platos sin fregar, un fregadero con más platos sucios, bolsas con desperdicios y cajas de comida para perros. Aquel lugar olía.

La puerta que daba al patio estaba tan combada que apenas ajustaba. El pomo estaba sujeto con un alambre a un clavo del marco. Jupe arrugó la nariz y siguió adelante teniendo buen cuidado de no tocar nada.

En la habitación de delante había un sofá de cuero que se hubiera encontrado a sus anchas en una estación de autobuses. Una mesa redonda con la parte superior de cristal estaba abarrotada de collares de perros y ejemplares del periódico de Santa Mónica con varios anuncios de canes perdidos marcados. Había también sobres de papel Manila de color marrón con ventanas transparentes para las direcciones. Eran sobres del gobierno. Jupe comprendió, sintiendo una oleada de furor, que las costumbres antisociales de Mooch tal vez incluyeran el robo de cheques de la Seguridad Social de los buzones. Jupe se preguntó cuántas personas ancianas o imposibilitadas habrían sido robadas por aquel medio.

Jupe subió la escalera hasta el segundo piso. Un rápido registro de los dormitorios y cuarto de baño descubrió montones de ropa sin lavar y poco más.

No había tercer piso, ni sótano, ni rastro de Todd Stratten. Y, si el cargante y remilgado Clark Burton tenía alguna relación con los dos jóvenes que vivían allí, resultaba difícil imaginar qué podría ser, aparte de que quizás utilizaba sus servicios de vez en cuando. Pero ¿para qué?

Jupe iba ya a salir deprimido por el repelente entorno, cuando oyó la voz de Bob por su transceptor.

—¡Jupe, Mooch viene calle abajo!

Jupe fue como una flecha hasta el comedor. Miró por la ventana y vio a Mooch que se aproximaba por la Avenida del Pacífico, comprendió alarmado que no podía abrir la ventana y salir sin ser visto.

—¡Eh, Jupe, muévete! —dijo Bob.

El investigador luchó desesperadamente con el alambre que mantenía cerrada la puerta de atrás. La abrió en pocos segundos y salió al porche posterior.

Los perros del patio iniciaron un coro de ladridos.

—¿Eh, qué es lo que ocurre ahí detrás? —gritó Mooch desde el porche de la entrada. Sus pisadas resonaron al bajar los escalones y dirigirse al lado de la casa.

Jupe se hizo cargo del escenario con sólo una ojeada. El patio estaba rodeado de una cerca bastante alta de tablas de madera. Jupiter comprendió que no podría trepar por ella lo bastante aprisa para poder escapar. La única puerta de la cerca daba a la calle por

un lado de la casa, por el que hora se acercaba Mooch. ¡Jupe estaba atrapado!

A Jupe sólo se le ocurrió una cosa que hacer. Corrió hasta las perreras situadas al fondo del patio.

—¡En, tú! —gritó Mooch desde la calle, y sin detenerse en abrir la puerta de la cerca, saltó por encima para entrar en el patio.

Jupiter llegó ante la hilera de perreras situadas junto a la cerca posterior. Descorrió el cerrojo de la primera. Un excitado pastor alemán se lanzó hacia adelante. La puerta se abrió y el perro quedó libre.

—¡Eh, vuelve aquí! —le gritaba Mooch al perro.

Jupe se acercó a la segunda perrera y abrió la puerta. Un segundo perro saltó hacia la libertad ladrando con fiereza. Se detuvo un momento mirando fijamente al pastor alemán.

Luego arremetió contra él. El aire se llenó de aullidos y ladridos y Mooch danzaba entre los combatientes gritando como un poseso.

Jupiter abrió la tercera perrera y la cuarta.

Mooch perdió la cabeza y trató de separar a los perros, pero sólo consiguió ser mordido en dos sitios.

Bob, pálido y asustado miraba por encima de la cerca. Luego se bajó para abrir la puerta que separaba el patio de la calle. En aquel momento la pelea canina… que se había convertido en un magnífico ladra, gruñe, muerde y salta como puedas… se encaminó hacia la puerta abierta.

Mooch gritaba, esquivaba y hacía movimientos inútiles con los brazos. El pastor alemán se apartó de la pelea y salió del patio.

De pronto la pelea se disolvió. Los cuatro perros salieron a la calle corriendo en distintas direcciones. Mooch fue tras ellos, silbando, llamándoles y tratando de perseguir primero a uno y luego a otro.

Bob sentado en el bordillo de la acera se doblaba de risa. En aquel momento llegaba por la Gran Vía el camión perteneciente al compañero de Mooch.

El joven saltó de la cabina intentando atrapar a uno de los perros, pero tuvo que detenerse cuando un par de coches patrulla entraron en la calle.

Mooch echó a correr saltando cercas y arbustos y desapareció por el patio contiguo al suyo.

Su compañero huyó en dirección contraria pero con la misma rapidez.

Los perros ya se habían marchado, pero varios vecinos salieron a las puertas de sus casas para contemplar el espectáculo. Los policías comenzaron a apearse de sus coches. Jupe sintióse plenamente satisfecho cuando él y Bob se alejaban de allí tranquilamente. Habrían podido hacer muchas más cosas, pero por lo menos consiguieron que fracasara la operación robodeperros de Mooch.

CAPÍTULO 15
¡EL TESORO ESCONDIDO!

Jupe dejó a Bob en el lado norte del Patio de la Sirena desde donde podía observar la puerta posterior y la escalera de la galería de Burton, y él entró en el patio donde encontró a Pete sentado en el borde de la terraza del café.

—Se me ha caído una bandeja llena de platos —dijo Pete contento—. Tony Gould considera que necesita un aprendiz de camarero más experimentado.

—Lo hiciste a propósito —le acusó Jupe.

—No. Fue un accidente, pero no puedo decir que lo sienta.

Encima de la tienda de lanas se abrió una puerta y la señorita Peabody salió al balcón para asomarse.

—Quisiera hablar con vosotros —les dijo.

Jupiter y Pete se miraron interrogadoramente, luego subieron la escalera hasta el balcón. La señorita Peabody le esperaba ante su puerta y les hizo pasar.

El señor Conine estaba en su sala de estar sentado en una silla de alto respaldo y contemplando feliz las ventanas de Clark Burton.

—Muchachos, se os ve demasiado en ese patio —les dijo la señorita Peabody—. Si deseáis vigilar la galería de Clark Burton, ¿por qué no subís aquí?

Jupiter y Pete estaban sorprendidos. Evidentemente los dos ancianos lo estaban pasando en grande. Y también era fácil comprender que ambos esperaban que Burton fuese sorprendido haciendo alguna fechoría.

—La verdad es que no les gusta al señor Burton —comentó Pete.

—¿Cómo puede Burton gustar a nadie? —replicó Conine—. No

es real.

De nuevo la observación de que Burton era un hombre cuya vida entera era una representación… una obra de teatro.

Jupe miró por la ventana. Pudo ver a Burton en su galería. Salía de su trastienda con un pocillo de café en la mano.



La mirada de Jupe descansó en el viejo hotel del fondo del patio y decidió que pudiera ser interesante saber lo que la señorita Peabody pensaba de la posada.

—Qué raro —dijo—, que el señor Burton no haya hecho ningún arreglo en la Posada de la Sirena.

—Se supone que está encantada —replicó el señor Conine. Ya lo había dicho en otra ocasión. Los muchachos sospecharon que le agradaba la idea de estar viviendo tan cerca de un fantasma—. En la vecindad se dice que el fantasma de Francesca Fontaine se pasea por aquí —suspiró—. ¡Era una criatura encantadora!

La voz del señor Conine estaba llena de nostalgia, pero el expresivo gruñido de la señorita Peabody que siguió inmediatamente a su comentario le volvió bruscamente a la realidad.

—Era más delgada que un fideo —dijo a los muchachos— y nunca llevaba ropa interior decente. ¡Y no creo que Clark Burton sienta el menor respeto por ningún fantasma! ¡Tendrá alguna otra razón para no convertir esa vieja posada en otra fuente de ingresos!

—¿Pero qué razón puede tener? —preguntó Jupe—. Esa propiedad tiene que ser muy valiosa, tan bien situada frente al océano. Si no tiene dinero para restaurarla, estoy seguro de que podría pedir un préstamo. El Patio de la Sirena es a todas luces una buena inversión.

—Mi querido jovencito, uno se volvería loco tratando de comprender a Clark Burton —la señorita Peabody meneó la cabeza —. Es una persona muy extraña —agregó.

A Jupiter no le gustaba que le llamase mi querido jovencito, pero disimuló su contrariedad. En su rostro apareció una expresión decidida.

—Las ventanas del piso alto de la posada no tienen barrotes —observó—. Me pregunto si sería posible entrar allí desde el tejado de este edificio.

Pete se extrañó.

—¿Por qué íbamos a hacer eso? Ya la hemos registrado.

—No hemos estado en la *suite* donde se hospedaba generalmente Francesca Fontaine —le recordó Jupe.

—Esa es la que está encantada —intervino el señor Conine—. Mirad. ¿Veis esas ventanas del segundo piso… las que están en el

extremo norte del edificio? ¿A la derecha de la galería? Esas son las ventanas de Francesca y ahí es donde algunas veces he visto luces que se movían después de oscurecer.

—Usted ha visto el reflejo de las luces del Paseo Marítimo; eso es lo que ha visto —le dijo la señorita Peabody. El señor Conine no le hizo caso.

—Si queréis —prosiguió—. Iré a hablar con Burton. Le tendré entretenido para que no mire y os vea entrar en su posada desde mi tejado.

—Gracias, señor Conine —le dijo Jupe.

—Yo vigilaré desde aquí —agregó la señorita Peabody—. Si no habéis vuelto dentro de una hora haré que el señor Conine y el señor Finney vayan a buscaros.

El señor Conine se marchó muy animado. Pronto Clark Burton y él charlaban animadamente en la galería. Burton de espaldas al patio.

—Vamos —le dijo Jupiter a Pete.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —exclamó Pete nervioso—. Quiero decir, y ¿si ese sitio esíá realmente encantado?

—Tú no creerás en fantasmas, ¿verdad, Pete? —le desafió Jupe.

Pete no parecía muy convencido mientras salían por la puerta trasera de la señorita Peabody; subirían al tejado y desde allí gatearían por encima del apartamento del señor Conine hasta la pared de la vieja posada. Era un tejado a dos aguas, construido en foma de V invertida. Mientras los muchachos permanecieran en la parte más alejada, no se les vería desde la galería.

Las ventanas del tercer piso de la posada estaban más altas que el tejado del señor Conine, pero no mucho más. Los dos montaron sobre la cresta del tejado y vieron que el señor Conine y Burton seguían charlando. Pete se dirigió a la parte más alta del tejado y desde allí trató de abrir una ventana.

Y se abrió. Crujió y se resistió, pero al fin se abrió.

—¡Ni siquiera estaba cerrada! —exclamó Pete entrando en la posada. Luego se volvió para ayudar a Jupe.

Como ya habían registrado las habitaciones de aquel piso, fueron directamente a la escalera para bajar al piso inferior. Allí Pete trató de girar el pomo de la puerta de la *Suite* Real. Giraba, pero la puerta no se abrió. Luego apoyó todo el peso de su cuerpo

contra ella, pero no cedió ni un milímetro.

Jupe se echó hacia atrás frunciendo el ceño.

—Estamos encima de la cocina —dijo—. O tal vez sobre las despensas. Y debajo de la *suite* de la esquina del tercer piso, ¡la que tiene el torno elevador!

Sonrió.

—Ese torno tiene que pasar a través de la *Suite* Real. Justo al otro lado de esta pared. ¿Acaso no sería ilógico construir un torno semejante y que no tuviera acceso a esta *suite*?

—¡Bien pensado! —exclamó Pete.

Bajaron corriendo y encontraron el torno elevador exactamente en donde Jupe lo recordaba. Cuando abrieron la pequeña puerta y miraron hacia abajo, no vieron más que oscuridad y también que las vigas del edificio arrancaban de allí.

—Podemos bajar apoyándonos en las vigas del interior del torno —propuso Pete— como si fuese una escalera.

Se metió por la puertecita y comenzó a descender despacio, tanteando la viga donde poner el pie y agarrándose al montante. Jupe le observaba desde el tercer piso.

Pete no empleó mucho tiempo en bajar. Encontró la puertecita del segundo piso, le dio una patada y se abrió. Pete saltó del torno elevador encontrándose en una habitación reducida, desnuda y polvorienta. Luego se asomó por la abertura del torno y miró hacia arriba.

—¡Está bien! —exclamó. Sin saber por qué hablaba casi en susurros—. Adelante.

Jupe se sobresaltó. Para él la puerta del torno era muy justa, y sintió que algo se rasgaba cuando pasó por ella. No hizo caso y comenzó el descenso. Los montantes y las vigas estaban allí, al igual que cuando bajó Pete; sin embargo se daba cuenta que tardaba mucho en llegar al otro piso. Incluso tenía la sensación de estar inhalando telas de araña y polvo a cada movimiento.

—Así aprenderás a no comer tantas *pizzas* —le susurró Pete desde abajo.

Jupe le miró sin rechistar. Había llegado a la puertecita, y desde allí penetró en la *suite* de Francesca Fontaine.

Los muchachos se encontraron en una pequeña antesala donde la única luz penetraba a través de un panel de cristal de la

anticuada puerta basculante.

—El resto de la *suite* debe de estar al otro lado —dijo también en voz baja. Susurrar era lo más apropiado en aquel lugar abandonado.

Jupe empujó la puerta basculante que se abrió ante él.

Contuvo la respiración.

Pete miró por encima de su hombro y exclamó entre dientes:

—¡Santo cielo!

Allí no había polvo. Ni se olía a moho y humedad. Desde alguna abertura oculta soplaba una ligera brisa que hacía ondear las cortinas de las ventanas. Eran unos hermosos cortinajes, pesados, ricos y oscuros. Mantenían la habitación en penumbra, pero aún así los muchachos podían ver. Sus ojos quedaron atónitos al contemplar los grandes aparadores donde los candelabros, salseras y copas de plata apenas tenían espacio entre cuencos de cristal. En las paredes había magníficos cuadros… de flores, de paisajes, un lago en la montaña, un puerto con barcos de alto velamen que parecían de oro a la puesta del sol, y un grupo de niños jugando en un prado.

—Aquí está —dijo una voz apagada—. ¿Qué te parece?

Pete pegó un respingo y se agarró a Jupe. Era Clark Burton el que había hablado.

—Maravilloso —respondió la voz del señor Conine—. Yo no pretendo entender de arte moderno, pero me gustan los tapices. Los dibujos abstractos quedan muy bien en los tapices.

Los muchachos petrificados miraron a su alrededor. Había tesoros por todas partes. Porcelanas, alfombras exóticas y delicadas, sillas y cajas hechas de palisandro y ébano. Pero ni rastro de Burton y Conine.

—Es una pena tener que poner a la venta una cosa así —decía Burton.

Jupiter y Pete se relajaron un poco. Las voces sonaban al otro lado de la pared… la pared contigua a la Galería de la Sirena.

—Eso es lo malo de este negocio —continuó Burton—. Tienes que vender las cosas que más te gustan.

Jupe comenzó a acercarse a la pared, pero se detuvo. Le había llamado la atención un viejo arcón curiosamente tallado, con dragones retorcidos sobre la tapa, y unicornios y grifos mirándose de frente en los lados. Fascinado, Jupiter alargó el brazo para alzar la tapa.

Detrás de él, Pete lanzó un silbido apagado.

El arcón estaba lleno de dinero. Montones de dinero. Fajos de billetes de diez y de veinte. Y de cincuenta y de cien bien ordenados y sujetos con sus bandas de papel lo mismo que en un banco.

—Bien, ha sido muy agradable su visita, señor Conine —decía Burton, y su frase daba a entender que despedía a su visitante—. Me temo que a veces no tengo tiempo que dedicar a mis vecinos, pero ha sido muy amable viniendo usted.

Se oyó el arrastrar de sillas. Los muchachos oyeron pasos al otro lado de la pared mientras Burton y Conine se dirigían hacia la puerta de la galería intercambiando frases intrascendentes. Jupe cerró con cuidado la tapa del cofre del tesoro y ladeó la cabeza para escuchar.

Oyó sonar la campanilla de la puerta de la galería. Eso significaba que el señor Conine acababa de marcharse. Luego los pasos de Clark Burton volvieron a la habitación y de nuevo el arrastrar de sillas le indicó que las estaba colocando en su sitio.

Jupe se alejó de la pared haciendo señas a Pete para que le siguiera. Recorrieron en silencio la fantástica habitación para dirigirse a la pequeña antesala donde estaba el torno elevador.

—¿Viste todo ese dinero? —le preguntó Pete.

—¿Cómo no iba a verlo? —replicó Jupe.

—Pero yo no lo entiendo, Jupe. ¿Por qué no se llevaron todo esto después de que Francesca Fontaine desapareciera, o muriese, o lo que sea?

—Quizás esto no pertenezca a la actriz, Pete. Sospecho que Clark Burton nos ha estado engañando con algo más que sus representaciones. Me parece recordar que dijo que la posada estaba vacía cuando la compró…

Jupe se detuvo de pronto. Acababa de oír otro ruido, como si alguien hubiera abierto una puerta en la habitación contigua.

—¡Viene hacia aquí! —exclamó Pete.

Presa de pánico se metió en el hueco del torno elevador y comenzó a subir hacia el piso de arriba.

Jupe dejó que se adelantara un trecho y luego entró él cerrando la puerta a sus espaldas, y despacio comenzó el penoso ascenso.

El hueco del torno era estrecho. Jupe se dijo que no podía haber engordado ni un gramo desde que bajó por allí minutos antes. Sin

embargo ahora le resultaba más difícil avanzar. El aire era denso. La pared áspera se agarraba a las ropas de Jupe impidiéndole avanzar.

Abajo oyó crujir una puerta. Era la puerta basculante que separaba la cámara del tesoro de la pequeña antesala. ¡Clark Burton estaba allí abajo! Estaba registrándola. Quizás escuchaba preocupado. Jupe se asustó. ¿Se le ocurriría pensar en el torno elevador? ¿Abriría Burton la puertecita?

Jupe sentía cada vez más calor en aquel espacio tan reducido esperando que de un momento a otro Burton le descubriera. Se oyó otro crujido. Jupe se puso tenso.

Pero no era la puerta del torno al ser abierta, ¡sino la puerta basculante al cerrarse! Jupe comprendió que Burton se alejaba por la habitación del tesoro. Poco a poco comenzó a respirar de nuevo.

Pete había llegado ya al piso de arriba. Salió del torno elevador y se volvió para ayudar a su compañero.

Jupe estaba todavía muy abajo. Alzó la mano para agarrarse a algún montante. La madera se rompió con un chasquido seco y cayó encima de su cabeza y luego resbaló por uno de sus costados. Jupe soltó una exclamación.

Trató de alcanzar otro punto de apoyo más alto, pero no pudo moverse. Algo a sus espaldas apretaba su hombro. Y algo también presionaba su rodilla. El aire estaba cada vez más caldeado.

Jupe sintió que su rostro se congestionaba, y que la sangre latía en sus sienes. Miró hacia arriba y sacudió la cabeza.

—¡Ayúdame! —susurró Jupe a Pete con voz ronca—. ¡Me he atascado!

CAPÍTULO 16
JUPE EXPONE SU TEORÍA

—¡Atascado! ¿Cómo puedes haberte atascado? —exclamó Pete en voz baja—. Bajaste por ahí. ¿Por qué no puedes subir?

—No lo sé —replicó Jupe desesperado.

Al alzar la cabeza, vio que Pete desaparecía en lo alto del hueco. Sintió un ramalazo de furor y miedo. ¿Qué pretendía Pete al dejarle allí?

Le iba invadiendo el pánico, y luchó contra él procurando respirar acompasadamente. Pete le rescataría de un momento a otro. ¡Tenía que hacerlo!

Pete regresó casi al momento.

—He bajado al vestíbulo para mirar hacia la galería —le dijo—. Burton ya está allí de vuelta, de modo que no nos oirá movernos. Ya te dije que valía la pena empezar a practicar el *jogging* —agregó Pete bromeando a pesar suyo.

—Lo siento, pero a mí no me hace gracia esta situación —replicó Jupe.

—Tranquilo, Jupe. Iré a buscar ayuda. Jupe oyó como Pete sacaba su transceptor y pulsaba el botón.

—¡Bob! —exclamó—. ¡Bob!, ¿puedes oírme?

Soltó el botón. Como Bob no contestase volvió a intentarlo.

—¡Bob! ¡Adelante, Bob!

La radio crujió.

—Bob al habla, ¿qué ocurre?

—Jupe está en un trance apurado —dijo Pete haciendo caso omiso de la mirada torva de Jupe—. Ve a casa del señor Conine y mira si te puede dar un trozo de cuerda o… o algo así. Luego sube

al tejado y entra por una ventana del tercer piso de la posada. Jupe está atascado en el torno elevador.

—¿Atascado? —repitió Bob—. ¿En el torno elevador? ¿Cómo es…?

—Te lo explicaremos más tarde —replicó Pete—. Date prisa, ¿eh? El señor Conine te enseñará cómo entrar aquí.

—¡Espera! —gritó Jupe con una repentina inspiración—. Dile a Bob que traiga su cámara fotográfica.

Pete transmitió la orden por el aparato.

—¡De acuerdo! —Se avino Bob.

Nada ocurrió por espacio de unos minutos. Jupe sentía aumentar su exasperación. Todd Stratten seguía perdido, *Tiny*, el perro, hallado pero ya muerto, y él allí sin poderse mover en una situación ridicula. El señor Conine podía ser presa del pánico y avisar a los bomberos. Si eso ocurriera, los problemas no tendrían fin. Jupe y Pete podían ser arrestados por allanamiento de morada y Burton sabría que habían descubierto su cámara secreta, y a Jupe le interesaba muchísimo que Burton lo ignorara… todavía.

Se oyeron ruidos en el piso de arriba y Bob apareció informándoles de que el señor Conine no tenía ninguna cuerda, pero que la señorita Peabody, siempre ingeniosa, había anudado varias sábanas.

—Sonríe —dijo Bob, y antes de que Jupe pudiera abrir la boca para protestar, Bob le hizo una fotografía.

—No he podido resistir la tentación de tomar una foto para el álbum de Los Tres Investigadores —dijo Bob riendo sin disimulos.

—Quizá si vosotros dos dejaseis de divertiros a mis expensas y ejercitaseis vuestro talento para sacarme de aquí —dijo Jupe— podríamos seguir adelante con el caso para el que nos han contratado.

Avergonzados, Bob y Pete descolgaron el extremo de la improvisada cuerda hasta donde estaba Jupe que la *agarró* con una mano mientras con la otra seguía cogido a uno de los montantes del hueco.

—Está bien —dijo Pete—. Tiraremos los dos a la vez. No pienses. Tal vez eso ayude.

Bob y Pete tiraron de las sábanas. Al principio Jupe tanteó con sus pies tratando de encontrar un punto de apoyo en las paredes del

torno. Al no encontrarlo sintió que le invadía otra oleada de irritación.

De pronto Bob se echó a reír.

—Siempre podemos ir a buscar jabón —dijo—. O tal vez un poco de vaselina fuese bien. Echaríamos la vaselina hacia abajo y Jupe se deslizaría hacia arriba.

Ahora Jupe hubiera querido estrangular a Bob. Soltando el montante se agarró a la cuerda con ambas manos. Soltó todo el aire de sus pulmones y procuró enderezar las piernas. Al fin se elevaba restregándose y golpeando contra las paredes. Luego Bob y Pete le sujetaron con sus brazos y le sacaron del torno.

Cuando pudo poner los pies en el suelo se apoyó contra la pared.

—¡Está decidido! —exclamó Pete—. ¡Nada de bombones de chocolate durante un mes entero! ¡Y mañana mismo empiezas el *jogging*!

Jupe le dirigió una mirada feroz.

—Cuando necesite un experto en dietética y gimnasia serás el primero en saberlo —replicó. Luego se sentó en el suelo apoyando la espalda contra la pared.

Bob miró primero a Jupe, luego a Pete y después volvió a mirar a Jupe.

—Está bien, ahora que ya estás libre tal vez quieras explicarme en primer lugar por qué subías por el torno elevador —le dijo.

—Porque no hay otro medio de entrar en la cámara del tesoro de Clark Burton —contestó Jupe.

—¿Cámara del tesoro? —repitió Bob como un eco.

—La suitte donde solía hospedarse esa actriz —explicó Pete—. ¡Está llena de muebles increíbles y plata, y hay un arcón lleno de dinero!

—¡Bromeas!

—No es broma —exclamó Jupiter—. No he visto nunca un lugar semejante fuera de los museos. Bob, ahí abajo podrás hacer mejor uso de tu cámara fotográfica.

Bob sonrió.

—Porque tienes que fotografiar todas esas cosas que están en la *suite* de Francesca Fontaine —prosiguió Jupe—. Los muebles, la plata y los cuadros… sobre todo los cuadros. Juraría que uno de ellos lo he visto antes. Fue en un periódico no hace mucho tiempo.

Creo que esa pintura ha sido robada.

Los otros dos le miraron y Pete dijo:

—¿Tú crees que Burton es un ladrón?

—No tenemos suficientes pruebas de eso —continuó Jupe—. Hay un arcón lleno de dinero. ¿Acaso un ladrón tendría tanto dinero a mano? En cambio una persona que compre objetos robados necesita disponer de mucho dinero en efectivo. ¿Será Burton un traficante de cosas robadas?

Jupe se puso en pie y se asomó al hueco del torno elevador.

—Creo que lo mejor será que no intente volver a bajar por ahí —decidió.

—Déjame a mí —replicó Bob—. Haré unas cuantas fotos y vuelvo en seguida. Además, quiero ver ese tesoro con mis propios ojos.

Bob se introdujo en el hueco del elevador y comenzó a descender con la ayuda de la ristra de sábanas. Le vieron desaparecer por la puerta del piso inferior y Pete comenzó a pasear nervioso de un lado a otro.

Jupe se volvió a sentar con las piernas encogidas mirando al vacío. Se pellizcaba el labio inferior y al cabo de un rato exclamó:

—¡Ah, ahora lo entiendo!

Pete dejó de pasear.

—¿El qué?

Jupe comenzó a hablar despacio todavía con la mirada fija, como si estuviera contemplando una película proyectada ante él.

—Imagínate que hoy es el Cuatro de Julio —dijo—. Si tuvieras cinco años, como Todd, y estuviese pasando la cabalgata, y todo el mundo estuviera ocupado y distraído… demasiado para vigilarte…, ¿qué es lo que harías?

Pete frunció el entrecejo.

—Supongo que algo que no debiera.

—Exacto —replicó Jupe—. ¿Irías a explorar la Galería de la Sirena? Supongamos que subes sigilosamente la escalera desde el patio, te asomas a la galería y no ves a Clark Burton por ninguna parte. Supones que ha salido a la calle como las otras personas mayores. Entras en la galería y pasas por debajo del rayo electrónico de la puerta sin interrumpirlo. *Tiny* va contigo para cuidarte.

»Te paseas por la galería contemplando todas las cosas bonitas que hay allí y te fijas en una puerta que está donde antes no la hubo. La puerta dentro de la trastienda. Allí hay un armario para guardar las escobas junto a la pared, a la derecha. Eso debe ocultar la puerta que conduce a la posada. O puede que todo el armario se separe de la pared y que desde allí se pase directamente a la *Suite* Real.

»Ahora bien, tenemos dos posibilidades. Tal vez Burton estuviese en la *Suite* Real aquella mañana y se hubiese dejado abierta la puerta escondida. Nadie podría ver esa puerta a menos que entrase en la galería y eso no era probable mientras desfilase la cabalgata. Y Burton se ha vuelto muy descuidado.

»Supongamos que alzó la cabeza y vio a Todd mirándole. Entonces comprendió que había visto su cámara del tesoro.

—O quizás Burton estuviese en su propio apartamento y al regresar a la galería vio a Todd curioseando en la cámara del tesoro. ¿Acaso no se pondría nevioso? ¿Y furioso?

—¿Qué ocurrió entonces? ¿Acaso Burton se abalanzó hacia Todd, y Todd echó a correr? Supongamos que Todd tropezó con el pedestal de la estatua de la sirena que cayó al suelo y se rompió. ¿O fue el perro quien se lanzó contra Burton derribando la estatua? Sea como fuere la estatua cayó golpeando a *Tiny* y el sobresalto mató al perro.

—Entonces Todd podría haber estado ya en la puerta de atrás. Burton no solía echar el pestillo, de modo que no había nada que impidiera a Todd abrirla y salir corriendo. Pero si Todd volvió la cabeza para mirar y vio el cuerpo de su perro y la estatua rota, ¿qué pensaría? ¿Acaso no pudo pensar que él tenía la culpa?

Pete asintió.

—Sí. Seguro que sí. Cuando uno es pequeño siempre se cree que la culpa es suya. Es porque la gente siempre dice… ¡«Tú tienes la culpa»!

—Cierto. De modo que Todd pudo creer que estaba en un serio apuro y corrió a esconderse tal como dice la señora Stratten.

Pete miró a Jupe con cierto asombro.

—Sí, es posible. ¿Pero dónde se escondería? ¿No es más probable que Burton lo pillara y…?

—No —repuso Jupe—. Burton no sabe dónde está, ¿recuerdas?

Fue a buscarlo debajo del Muelle de Santa Mónica.

—Oh, es verdad. ¿Pero por qué? ¿Quiero decir que por qué se fue a escondidas a buscar a Todd? ¿Querría… bueno, quitarle de en medio antes de que Todd pudiese hablar de la cámara del tesoro?

Jupe no contestó. Los muchachos se miraban fijamente y ambos estaban más pálidos que de costumbre. Luego oyeron a Bob que volvía al torno elevador y fueron a ayudarle.

—¡Eh, qué locura, vaya una exposición que hay ahí abajo! —exclamó Bob mientras salía del hueco—. ¡Es como el cuento de *Alí Baba y los cuarenta ladrones* de «Las Mil y una Noches» cuando aquel tipo dice: «¡Ábrete, Sésamo!» y encuentra todo el oro y las joyas!

—¿Hiciste las fotos? —le preguntó Jupe.

—Claro. He fotografiado los cuadros de las paredes, el dinero, todo. ¿Qué hacemos ahora? ¿Avisamos a la policía?

—Tal vez —replicó Jupe—, pero primero hay algo más importante. ¡Si encontramos sólo la pieza que falta habremos resuelto el rompecabezas del paradero de Todd Stratten!

CAPÍTULO 17
UN MISTERIO RESUELTO

Regina Stratten estaba en la librería cuando entraron los muchachos.

—No podía quedarme en casa —les dijo—. Pensé que era mejor… estar aquí.

Los tres días sin Todd la habían destrozado. Su tez estaba macilenta y tenía en la frente surcos profundos.

El señor Finney iba de un lado a otro de la tienda en silencio con un plumero en la mano. Con él quitaba el polvo a las hileras de libros con movimientos mecánicos como un sonámbulo.

—Señora Stratten, ¿tenía Todd amigos en el Paseo Marítimo en los que confiara especialmente? —le preguntó Jupe. Ella trató de sonreír, pero no fue más que una mueca.

—*Tiny* —dijo—. Confiaba en *Tiny*, pero *Tiny* está muerto.

—Señora Stratten, alguien está ayudando a Todd. Hace días que desapareció y creo que tiene usted razón al decir que huyó asustado. Pero alguien debe de tenerlo escondido y lo alimenta. Supongo que tendrá que ser otro niño. Una persona mayor le hubiera descubierto hace tiempo. Seguro que Todd conocería a otros niños de aquí.

Mientras Regina inclinaba la cabeza tratando de concentrarse, Jupiter miró por la ventana hacia la playa. Fergus el trapero pasaba llevando una abultada bolsa blanca con un letrero en rojo. «Charlie, Palacio del Pollo» —decían las alegres letras de la bolsa—. «¡Muslos superiores!».

—¡Oh! —exclamó Jupe de pronto. Fergus pasó por delante de la ventana por el Paseo Marítimo y Jupiter sonrió.

—Señora Stratten, venga ahora con nosotros —le dijo. Su voz tenía una nueva entonación optimista y Regina le miró fijamente.

—¿Qué? —susurró—. ¿Qué pasa?

—Hemos pasado por alto algo muy evidente —replicó Jupe indicándole con un ademán que saliera de la tienda.

Regina salió al Paseo Marítimo y los muchachos la siguieron.

—¿Regina? —la llamó el señor Finney.

Ella no respondió. Miraba hacia el Paseo Marítimo por donde Fergus se alejaba.

El señor Finney salió de la tienda cerrando la puerta tras él. Luego, él y Regina echaron a andar por el paseo con los muchachos.

Fergus les llevaba ya una cierta ventaja. Hoy no le acompañaban los perros ni llevaba el carro… sólo bolsas de pollo.

Regina y los muchachos estarían a unos cien metros de la tienda cuando Fergus abandonó el Paseo Marítimo desapareciendo por una de las callejuelas que conectaban el Paseo con la Gran Vía.

—¡Pete, no le dejes escapar! —exclamó Jupe.

—¡De acuerdo!

Pete echó a correr y al llegar al lugar por donde Fergus había desaparecido miró hacia la Gran Vía.

Luego hizo una seña con la mano a Jupe, y a Bob, y fue tras el trapero.

Jupe caminó más de prisa.

—¡Fergus! —exclamó Regina—. Es Fergus, ¿verdad? ¡Ha sido él todo el tiempo!

Comenzó a correr y sus zuecos de madera resonaron contra el pavimento.

—¡Regina, por amor de Dios! —protestó su padre—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Fergus —repitió—. Debería haberlo adivinado.

Estaban ante la calle por donde Fergus había entrado. No era más que un estrecho callejón entre dos edificios.

PASAJE DE LAS ISLAS FAIR rezaba el rótulo situado en la esquina.

Pete aguardaba en la Gran Vía. Les hizo una seña con la mano y continuaron hacia la Avenida del Pacífico.

Regina cruzó a toda prisa la Gran Vía y alcanzó a Pete a media manzana de la Avenida del Pacífico. Pete contemplaba un camino

lleno de hierbajos que iba hasta un garaje situado en la parte posterior de una casa en ruinas.

—Fergus ha entrado ahí —dijo Pete señalando—. He oído ladrar a sus perros cuando ha abierto la puerta.

Un hombre muy viejo salió al porche de la casa.

—¿Desean algo? —gritó.

Regina comenzó a bajar por el sendero.

—¡No se mueva de ahí! —exclamó el viejo. No tenía dientes y las palabras sonaban confusas en su boca—. ¡No pueden entrar! ¡Salga de aquí o llamaré a los guardias!

Carlos Finney y Jupiter siguieron a Regina.

Los perros volvieron a ladrar.

—¿No me oyen? —gritó el hombre con voz aguda—. ¡Ésta es una propiedad privada! ¡Largúense!

—¿Todd? —gritó Regina—. Todd, ¿estás aquí?

El patio posterior era una jungla de hierbajos y el garaje era tan viejo que se inclinaba hacia un lado. Regina cogió el pomo de la puerta y tiró de él. La puerta cedió hacia ella cayendo al suelo.

El interior del garaje estaba oscuro y lleno de cuerpos que se movían. Los perros, ladrando y tratando de alcanzar a Regina, y Fergus con su rostro redondo y asustado sujetando a un perro por el collar y bloqueando el paso a otro con su rodilla.

Había un bulto pequeño al fondo junto a la pared. Los Investigadores vieron una carita pálida y unos grandes ojos muy abiertos.

—¡Todd!

Regina avanzó tambaleante hacia él sin importarle los perros y se arrodilló a su lado.

Todd dejó el muslo de pollo que tenía en la mano y se refugió en su madre. Ella le abrazó y él correspondió al abrazo.

El señor Finney carraspeó y dio media vuelta.

Fergus consiguió tranquilizar a sus perros y los llevó a un rincón del garaje, y luego se sentó encima de un catre de campaña que formaba parte de su mobiliario, mirando tristemente a Regina y a Todd.

Durante un corto espacio de tiempo Fergus había tenido un niño suyo. Ahora volvía a estar solo. Era suficiente para entristecer a cualquiera.



CAPÍTULO 18
UNA VISITA A LA POLICÍA

Los investigadores subieron por el sendero hasta la calle con Todd y su familia. Vieron luces intermitentes. El viejo que vivía en la casa había llamado a la policía.

Por todo el Pasaje de las Islas Fair la gente salía a los portales a mirar. El viejo permanecía de pie ante los escalones de la entrada gritando furioso contra los intrusos y gamberros.

—¡Eh, mirad! —gritó alguien—. ¡Es ese niño! ¡Han encontrado al pequeño que se había perdido!

La noticia iba corriendo de boca en boca por toda la calle. ¡El niño desaparecido había sido encontrado! ¡Su madre fue quien lo encontró! Como por arte de magia aparecían más mirones. Llegaban de la playa. Y más coches de la policía también, bloqueando el estrecho sendero delante de la vieja casa. Carlos Finney, caminando de un lado a otro, repetía la historia cada vez que un recién llegado le interrogaba.

Pete y Bob procuraban mantenerse entre Regina y la multitud que amenazaba con arrollarla. Pero luego llegó la policía que se puso a cada lado mientras otros agentes se llevaban a Fergus esposado y asombrado. Todd lloraba y Regina protestaba.

Jupe tiró a Pete de la manga.

—Vamonos de aquí —le dijo—. Tenemos trabajo que hacer.

Los muchachos comenzaron a apartarse no sin antes ver al señor Conine subido encima de un contenedor de basura cerca de la Gran Vía para poder contemplar mejor la escena, y a Clark Burton acercándose por el Paseo Marítimo. Burton se mantenía algo apartado de la ansiosa multitud. Su hermoso rostro no demostraba

la menor emoción. Estuvo observando a Regina y a Todd mientras subían a un coche patrulla. Luego dando media vuelta se marchó por donde había venido… regresaba al Patio de la Sirena.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó Bob—. Si Todd vio la cámara del tesoro seguro que lo cuenta.

—Quizá Burton quiera arrostrarlo descaradamente —sugirió Jupe—. Todd es un niño con mucha imaginación, y si él es capaz de dar una explicación razonable sobre este punto… lo cual dudo mucho después del susto que se ha llevado… y si cuenta lo de la cámara del tesoro, Burton puede decir que lo ha soñado. Y Burton podría salir bien librado. ¿Creerías tú la historia de una puerta escondida y un arcón lleno de dinero?

Pete hizo una mueca.

—Supongo que no.

—De manera que nos corresponde a nosotros demostrar la verdad de la historia —declaró Jupe—. En Santa Mónica hay una casa de artículos fotográficos donde revelan los carretes en una hora, Bob, ¿por qué no vas allí y haces que te revelen las fotos lo más rápidamente posible? Pete y yo tenemos que buscar algo en la biblioteca de Venecia. Quiero refrescar mi memoria sobre una noticia que leí recientemente. Reúnete con nosotros en la biblioteca cuando tengas las copias.

De manera que los muchachos se separaron. Bob se encaminó hacia la tienda de artículos fotográficos, hacia el norte, y Jupiter y Pete se dirigieron a la pequeña biblioteca de la Calle Principal.

Los muchachos se detuvieron en la Calle Principal al ver un enorme globo aerostático. Estaba anclado en el aparcamiento de un nuevo supermercado que celebraba su apertura. En un letrero se ofrecía un vuelo gratis en el globo a los cien afortunados clientes que extrajeran los *tickets* ganadores de una urna en el interior del establecimiento.

—Parece divertido, ¿verdad? —dijo Pete observando cómo unos pocos pasajeros subían a la barquilla del globo.

—Vamos —dijo Jupiter impaciente abriendo la marcha hacia la biblioteca.

Los muchachos encontraron ejemplares atrasados del *Times de los Angeles* de las últimas dos semanas… periódicos que la biblioteca todavía no tenía en microfilm.

—¿Qué estamos buscando? —quiso saber Pete.

—Estoy seguro de que no hace mucho leí algo acerca del robo de un cuadro —repuso Jupe—. Podría estar en uno de estos ejemplares.

Los muchachos llevaron los periódicos hasta una de las largas mesas de lectura. Empezaron a hojearlos, leyendo los titulares. Fue Pete quien lanzó primero una exclamación de sorpresa.

—¡Aquí está! —exclamó triunfante mostrando el periódico a Jupiter por encima de la mesa.

Estaba en la segunda página de la sección donde aparecían las noticias locales. Publicaba la fotografía de una pintura en la que se veía a un grupo de niños jugando en un prado. Era igual que la escena que los muchachos habían visto colgada de la pared de la Posada de la Sirena.

—Sabía que ese cuadro me resultaba familiar —exclamó Jupiter con satisfacción.

Cuando Bob se reunió con ellos una hora más tarde les encontró gozando de su triunfo. Jupiter había hecho una fotocopia del cuadro del periódico y la noticia que le acompañaba. Allí se identificaba la pintura como obra de Degas. No era uno de los cuadros más conocidos de este pintor, pero aun así era un tesoro. Era una de las cosas más valiosas que habían sido robadas de la casa del financiero Harrison W. Dawes en Bel Air. El señor Dawes había regresado a su casa después de asistir a un estreno descubriendo que la alarma había sido desconectada y que los ladrones se habían llevado el Degas y otros objetos valiosos.

Bob traía las fotos que acababa de revelar. Sacó la del cuadro de la Posada de la Sirena. Coincidía exactamente con la fotografía del periódico.

—¡Idéntica! —dijo Pete—. ¿Pero y si el cuadro de la Posada de la Sirena es sólo una copia del Degas? Puede haber montones de copias por ahí, ¿no os parece?

—Desde luego —replicó Jupe—, pero apostaría casi cualquier cosa a que la pintura de la posada es la original. Y no me sorprendería lo más mínimo que algunas de las otras cosas que Bob ha fotografiado hoy fueran antes propiedad del señor Dawes. Y el resto de los tesoros de Burton pueden ser producto de otros robos. ¡Seguro que a la policía le va a interesar!

Los muchachos salieron entonces al sol poniente. Jupiter iba silbando.

Pero cuando Los Tres Investigadores llegaron a la comisaría de policía de Venecia encontraron un auditorio muy escéptico. Los muchachos se dirigieron primero al agente que atendía el mostrador.

Como de costumbre, Jupe llevaba la voz cantante. Los otros dos se limitaron a observar, convencidos de que la actitud decidida de Jupe convencería al policía de guardia de que tenían pruebas importantes que presentar.

—Tenemos pruebas que pueden conducir al arresto de la persona, o personas, responsables del reciente robo perpetrado en la casa de Harrison Dawes —anunció Jupe.

Y a continuación mostró la fotocopia de la noticia del periódico y la fotografía que Bob había sacado en la Posada de la Sirena.

—La instantánea ha sido tomada esta tarde —dijo—. Sabemos dónde está ahora el cuadro de Degas robado.

El agente miró las dos pruebas conseguidas por los muchachos sin hacer comentarios. Se limitó a introducirles en una reducida habitación donde había una mesa y varias sillas diciéndoles que esperaran.

Al poco rato entró un policía de paisano con la fotocopia y la fotografía en la mano.

—Esto es muy interesante —dijo, pero su voz expresaba, todo lo contrario. El hombre parecía paciente, cansado y tal vez un poco preocupado—. La foto del periódico es algo confusa, pero podría tratarse de la misma pintura. Claro que la vuestra también pudiera ser una reproducción, ¿no? ¿Dónde la sacasteis?

Miró a Bob que llevaba la cámara en la mano.

—¿La hiciste tú? —le preguntó mostrándole la foto.

—Sí, señor —repuso Bob—. En una *suite* de la Posada de la Sirena, en el Paseo Marítimo.

—¿La Posada de la Sirena? Esa posada hace años que está cerrada.

Ahora fue Jupe quien habló.

—Eso es lo que cree todo el mundo —explicó— porque eso es lo que el propietario quiere que crea todo el mundo. Actualmente hay una *suite* en la posada que sigue siendo utilizada. Está llena de cosas

valiosas, y por lo menos una de ellas es parte del botín de un robo. Bob tiene otras fotos… fotos de objetos de plata, cristal, otras pinturas e incluso muebles, que también pudieran ser robados. Nosotros creemos que el propietario, Clark Burton puede ser traficante de objetos robados, o tal vez sea él mismo el ladrón. Parece más probable que los compre puesto que tiene un arcón lleno de dinero en la posada.

Bob sacó sus fotografías y las esparció sobre la mesa. Había una excelente del arcón abierto y lleno de billetes.

El detective se limitó a decir: «Um» y pidió a los muchachos que se identificaran. Bob y Pete le entregaron sus carnets de estudiantes, Jupe el de la biblioteca, y obedeciendo a un impulso, también la tarjeta de Los Tres Investigadores.

El agente gruñó.

—¡Detectives aficionados! —exclamó—. Debiera haberlo adivinado. A vuestra edad, todos los chicos son detectives.

—Nosotros no somos meros aficionados —replicó Jupiter con dignidad—. Hemos resuelto algunos casos que no pudieron solucionar personas mayores que nosotros. A nosotros no nos detienen los prejuicios…

—¡Lo sé, lo sé! —le atajó el detective—. Si habéis tomado esas fotos en la vieja Posada de la Sirena es que probablemente tampoco os detiene el respeto a la ley. El escalo y allanamiento de morada son un delito.

El hombre se puso en pie.

—Vosotros esperad aquí. Volveré dentro de unos minutos. Salió llevándose las fotografías y el artículo del periódico. Pete gimió.

—Creo que estamos en un buen lío —dijo—. Probablemente ha ido a llamar a nuestras familias.

Jupe asintió.

—Eso será embarazoso, naturalmente, pero no grave. En el pasado fueron comprensivos. Sin embargo, no saquemos conclusiones. Puede haber ido a comparar las fotografías de Bob con la lista de objetos robados en esa casa. Sin duda tendrá que telefonear a alguien, y eso lleva tiempo.

—Mientras no llame a Clark Burton —dijo Bob— me sentiré agradecido.

—¿Llamar a Clark Burton? —Pete parecía preocupado—. ¿Por…

por qué iba a telefonear a Clark Burton?

—Pues verás, entramos en su posada. Y si Burton desea presentar una denuncia, y el detective no coteja los objetos robados…

Bob no terminó la frase, pero su significado era evidente.

Hubo un largo silencio y al fin Jupe dijo:

—¿Y si telefonea a Clark Burton, qué hará Burton? ¿Firmará una denuncia contra nosotros? ¿O saldrá huyendo? ¿Y habrá hablado Todd de la cámara del tesoro? De ser así, nuestras fotos corroborarán su historia. Yo creo…

—Para —le interrumpió Bob—. ¿Sabemos tan siquiera que Todd haya visto esa habitación?

—¿De dónde saca el dinero Fergus para comprar tanta comida? —prosiguió Jupe—. ¿Las pastas, la *pizza* y el pollo? Tony Gould comentó incluso lo mucho que estaba gastando. Creo que Todd debió de llevarse algunos billetes de la cámara del tesoro… probablemente sin querer… y luego debió dárselos a Fergus.

Jupiter siguió tratando de adivinar las posibles reacciones de Burton.

—¿Sabéis?, creo que, a menos que alguien haga algo a toda prisa, Burton escapará. Se dejará dominar por el pánico, ¿recordáis? ¿Qué hubiera sido lo más razonable hacer con la sirena rota? Sencillamente barrer los pedazos y arrojarlos al cubo de la basura, ¿no? Pero en vez de eso, Burton fue sigilosamente al muelle y la arrojó al mar. Ahora las cosas le van cercando y tal vez haga algo. ¡Incluso podría querer apoderarse de Todd!

Pete y Bob le miraron horrorizados. Luego dijo Bob:

—No podemos permitir que eso ocurra.

Pete fue hasta la puerta y miró al exterior. Pudo ver la zona de recepción de la comisaría de policía. En aquel momento no había nadie tras el mostrador.

—Ahora no hay moros en la costa —dijo Pete—. ¿Qué os parece? ¿Aprovechamos la ocasión?

Pete abrió la puerta y los tres muchachos salieron apresuradamente a la calle. Y una vez estuvieron a una distancia prudente, echaron a correr… hacia la playa y la vieja Posada de la Sirena.

CAPÍTULO 19
¡ARRIBA, ARRIBA, ALLÁ VAMOS!

Eran más de las siete cuando los muchachos llegaron al Paseo Marítimo. La animación típica de Venecia había disminuido. El tráfico en la Gran Vía era escaso y por el paseo iba muy poca gente.

Había un equipo de televisión en la acera delante del Ratón de Biblioteca y un grupo de mirones se había congregado allí con la esperanza de poder ver a Todd y Regina. Los muchachos evitaron la multitud y entraron en el Patio de la Sirena. En seguida miraron hacia arriba.

Todos sus pensamientos estaban puestos en el niño de cinco años que acababa de reencontrar a su familia y que otra vez corría grave peligro.

Al principio pensaron que Clark Burton había huido ya. El letrero indicaba que la Galería de la Sirena estaba cerrada, y un enrejado metálico había sido colocado en el escaparate.

—No lo había visto nunca —comentó Bob—. ¿Crees que se habrá marchado para siempre? ¿O lo cerrará así por las noches?

Nadie le contestó. Los muchachos miraban hacia las ventanas del apartamento contiguo a la galería. Las cortinas estaban echadas y el lugar parecía solitario y abandonado.

Pero entonces, en una ventana de la parte delantera del apartamento se movió una cortina. Alguien miraba desde allí el Paseo Marítimo.

—¡Oh, oh! —exclamó Pete—. ¡Todavía está aquí!

—Pero tal vez no por mucho tiempo —replicó Jupiter—. Parece que se dispone a huir. Apuesto a que baja por la escalera de atrás y va a su garaje del sótano.

—¿Qué estamos esperando? —dijo Bob.

Los muchachos comenzaron a moverse, salieron del patio y dieron la vuelta al edificio por el lado norte. Llegaron a tiempo de ver a Burton salir por la puerta posterior de su galería al descansillo en lo alto de la escalera. El actor llevaba una maleta y se detuvo lo suficiente para cerrar la puerta tras él y correr el cerrojo. No miró a su alrededor, por eso no vio a los tres muchachos que le miraban mientras iba bajando la escalera. Como Jupiter había pronosticado, se dirigó al garaje situado al fondo del edificio. Había sacado unas llaves que tintineaban en su mano.

Mas en cuanto Burton alargó el brazo para abrir la puerta del garaje, Jupe tras tomar aliento, dio un paso al frente.

—¿Se marcha para siempre, señor Burton? —le dijo—. Eso no está bien. Nosotros esperábamos que aguardase hasta que hubiésemos terminado nuestro caso.

Burton giró en redondo. Su atractivo rostro estaba muy pálido.

—Yo pensaba que ya estaba terminado —replicó—. El niño ya ha aparecido. Fuisteis muy inteligentes al adivinar que estaba con Fergus. Debo felicitaros.

—¿Le gustaría oír más adivinanzas, señor Burton? —prosiguió Jupiter—. ¿O se las imagina? Cuando arrojó la sirena al muelle nos extrañamos. ¡Cuando descubrimos la cámara del tesoro en la posada, lo entendimos!

Burton tragó saliva y humedeció sus labios. La comisura de sus labios comenzó a temblar. De pronto se volvió para abrir la puerta del garaje.

—¡No! —gritó Pete.

Agachó la cabeza y atacó, y Burton cayó al suelo. Las llaves salieron despedidas cayendo en el centro de la Gran Vía. Jupiter se quedó junto a Burton y Pete fue a recoger las llaves y se las tiró.

Pasaba un automóvil por la Gran Vía y al acercarse, su conductor bajó el cristal de la ventanilla.

—Eh, usted, ¿tiene algún problema? —preguntó el conductor.

Se había dirigido a Burton, pero fue Jupe quien contestó:

—Sí. ¡Avise a la policía! —le gritó—. ¡De prisa!

El hombre vaciló un instante, pero luego el coche se separó de la acera y giró en la calle siguiente.

—¡Mequetrefe entrometido! —Burton se estaba poniendo en pie.

—Ese hombre ignora de qué se trata, pero existen posibilidades de que avise a la policía, señor Burton —le dijo Jupe—. Ya hemos presentado un informe sobre la cámara del tesoro de la Posada de la Sirena. Cuando la policía llegue y le encuentre tratando de huir con una maleta llena de dinero… eso es lo que hay en la maleta, ¿verdad?… les va a interesar mucho.

Burton agachó un instante la cabeza como si aceptase la derrota, pero de repente la volvió a levantar. Tenía un revólver en la mano.

—Muy bien —exclamó—. Ahora voy a marcharme y vosotros vendréis conmigo. ¡Si viene la policía, aquí no encontrará a nadie!

Jupe no había esperado que sacase una pistola. Y Bob y Pete tampoco. Los muchachos se juntaron más. El arma que Burton sostenía en su mano era pequeña, pero temible.

—¡Moveos! —Burton hizo un gesto para que los muchachos echaran a andar delante de él.

—¡No se atreverá usted a disparar! —dijo Jupe—. La policía estará aquí de un momento a otro.

—¿Y eso qué me importa? —Burton volvió a mostrarse desafiante—. De todas formas mi vida aquí ha terminado. Ahora moved los pies de prisa. Vamos a la Avenida del Pacífico y, si alguno de vosotros levanta la voz, le partiré en dos pedazos.

Los muchachos dieron un paso atrás y luego se volvieron echando a andar hacia el siguiente callejón que iba hasta la Avenida del Pacífico.

—¡Tú! —gritó Burton—. El más alto, puesto que eres todo un atleta puedes llevar el maletín.

Pete retrocedió para recoger la maleta y volvieron a emprender la marcha. Burton conservaba la mano en el bolsillo de su chaqueta para esconder el revólver.

—No puede huir a ningún sitio —le dijo Jupiter—. Hemos hablado a la policía de esta casa de la calle Evelin.

Era mentira, pero Burton lo creyó. Lanzando una maldición les apremió para llegar cuanto antes a la Avenida del Pacífico que luego cruzaron para continuar hacia la Calle Principal.

El sol estaba ya a punto de ponerse. El cielo tenía el mismo azul que los huevos del petirrojo, y las ventanas de la Calle Principal reflejaban un resplandor dorado. Y en la esquina estaba el supermercado con el globo anclado en la zona de aparcamiento. El

encargado lo estaba asegurando con cuerdas que ataba a unas argollas de metal que habían colocado en el asfalto.

Burton obligó a los muchachos a atravesar el aparcamiento e ir directamente hacia el globo.

—Eh, chicos, se acabaron los vuelos por hoy —dijo el encargado —. Tendréis que volver mañana. Lo estamos amarrando para ésta noche. Pronto oscurecerá.

Burton apuntó al hombre con el arma.

El hombre sonrió débilmente.

—Eh, si tan importante es para usted, celebraré llevarle con sus muchachos a dar un paseo y…

—Y de prisa —le atajó Burton—. Y no haga ningún movimiento brusco. Estoy muy nervioso y no soy muy diestro manejando armas. No quisiera cometer un error.

Burton hizo un gesto a los muchachos.

—Subid —les ordenó.

Jupiter, Pete y Bob entraron en la barquilla suspendida debajo del globo.

Burton subió tras ellos y señaló las cuerdas que sujetaban el globo al suelo.

—Quite esas cuerdas y luego venga aquí —le dijo al encargado —. ¡Vamos! ¡Dese prisa!

—Señor, no sé lo que pretende, pero esto no se pone en marcha como un coche —repuso el hombre—. Si no conservo por lo menos una cuerda sujeta…

Burton hizo un gesto de impaciencia.

—Suéltelas todas. Y cuando nos elevemos, será mejor que también esté a bordo. Tendré tiempo de sobra para dispararle si decide no acompañarnos.

—¿No sería más sencillo que parase un taxi para ir al aeropuerto o a la estación de autobuses? —dijo Pete—. ¿O por qué no alquila un coche? Quiero decir que esto es inseguro y…

—¡Cállate! —exclamó Burton.

Pete contuvo su lengua y el encargado del globo fue desatando las cuerdas que lo sujetaban. El globo comenzó a elevarse. Burton hizo un gesto de amenaza y el encargado subió de un salto a la barquilla.

—Esto no ha sido construido para viajes largos —se lamentó el

hombre—. Si vamos mar adentro…

—El viento está soplando en dirección contraria —replicó Burton.

Fueron subiendo, subiendo, subiendo. Pete se agarraba a las cuerdas que colgaban de la barquilla y miró hacia abajo. El estómago le dio un vuelco. Aquello no era tan divertido como había pensado.

El sol todavía era visible, aunque iba desapareciendo tras el océano, pero las sombras comenzaban a extenderse por la tierra. Los lugares bajos se llenaban de oscuridad lo mismo que un estanque se llena de agua. Pete vio farolas encendidas y que algunos automóviles circulaban ya con luces.



Burton no miró hacia abajo. El rostro del actor era una máscara de furor y desesperación, y sus ojos iban constantemente de Jupe a Bob, de Bob al encargado del globo, y de él a Pete, para empezar de nuevo por Jupe.

Había dicho que su vida en el Patio de la Sirena había terminado. Era cierto. De haberse quedado, tal vez hubiese podido afrontarlo con descaro. Incluso haber inventado algo que explicase la existencia de la cámara oculta y disimulase su participación en la huida de Todd. Pero se había dejado dominar por el pánico y ahora era un fugitivo peligroso y asesino.

¿Qué podría hacer? ¿Adonde ir? ¿Y qué sería de Los Tres Investigadores?

Estaban ya a unos cien metros de altura. El viento les arrastraba hacia el norte y el este. Jupiter miró hacia abajo. Un automóvil circulaba exactamente debajo de ellos muy despacio. Jupe vio los grandes números negros encima del techo blanco. ¡Era un coche de la policía!

Jupe tocó la maleta con el pie… la maleta que Pete había transportado desde la playa. Estudió el cierre unos instantes. Luego, casi con un solo movimiento, se agachó, abrió los cierres y volcó el contenido por encima de la barquilla.

—Eh, que… —masculló Burton mientras Jupe se inclinaba para ver lo que había tirado.

¡Era dinero! ¡Naturalmente que era dinero! Los billetes de diez, veinte y cincuenta que estuvieran tan ordenaditos en la cámara del tesoro. Ahora iban cayendo, girando impulsados por la brisa, y desparramándose. ¡Los agentes del coche patrulla conducían de pronto bajo una lluvia de dinero!

El coche patrulla se detuvo bruscamente. Los hombres se apearon mirando hacia arriba, luego gritaron algo que los pasajeros del globo no lograron entender.

Después se fueron deteniendo otros automóviles y sus conductores salían para recoger billetes o correr tras ellos.

El globo seguía volando resplandeciente bajo los últimos rayos del sol poniente. Se oyeron sirenas. Un segundo coche patrulla apareció en la calle y fue a detenerse cerca del primero. Otro par de policías se apeó mirando hacia lo alto.

—Estoy seguro de que la policía no nos perderá de vista —dijo

Jupe tranquilo—. No es que exista ninguna ley que prohiba arrojar dinero desde un globo, pero seguro que nos hará preguntas. La policía nos estará esperando cuando esto baje. Y bajará, señor Burton, porque nada puede permanecer en el cielo para siempre.

Burton no contestó.

Los dos coches patrulla estaban bastante atrás debajo de ellos, pero llegaban otros. Sus luces intermitentes seguían al globo mientras sobrevolaba la ciudad.

Entonces se oyó un ruido nuevo. Un motor rateaba sobre ellos, y les deslumhró un haz de luz.

—El helicóptero de la policía —dijo Jupe—. Éste debe ser un cambio agradable para ellos. Por lo general tienen que perseguir a atracadores que huyen por tierra.

Burton seguía callado, pero jadeaba como si hubiera hecho una larga carrera.

Jupe continuó incansable:

—Aunque consiguiéramos alejarnos de la ciudad, la policía avisaría por radio a la patrulla de carreteras, y los hombres del departamento del *sheriff* se unirían a la persecución. No nos van a dejar escapar.

—Tiene razón, señor —dijo el encargado del globo—. Sería mejor que descendiéramos.

Burton no contestó, pero bajó el arma. El encargado alargando el brazo se la quitó.

Bajaron a la oscura soledad del Cementerio Antiguo, justo al norte del Bulevar Wilshire. La policía estaba allí cuando tomaron tierra y los agentes se adelantaron cuando Clark Burton saltó de la barquilla.

—Lástima que la televisión no haya tenido tiempo de llegar —dijo Bob a sus compañeros—. Burton hubiera podido aparecer en la pantalla por última vez.

Jupe sonrió.

—Todavía puede aparecer muchas veces —pronosticó—. ¡Camino del juzgado y, con suerte, camino de la prisión!

CAPÍTULO 20
EL SEÑOR SEBASTIÁN PONE EL TÍTULO

Cuatro días después de su inesperado vuelo en globo, Jupiter, Pete y Bob iban en sus bicicletas rumbo norte desde Rocky Beach hacia Malibú. Dejaron la autopista de la Costa del Pacífico para tomar la Avenida del Cañón del Ciprés por la que fueron dando tumbos debido a los baches, hasta una casa grande, recién pintada de blanco y situada al borde de un pantano seco. Aquella casa fue en otro tiempo un restaurante llamado «Charlie» y todavía quedaban fragmentos de neón alrededor del tejado para dar la bienvenida a los visitantes, pero ahora esas luces apenas se encendían. En la actualidad su propietario era Héctor Sebastián, el escritor de novelas de misterio, que poco a poco la iba convirtiendo en una residencia espaciosa e insólita.

Aquella mañana de julio, el criado vietnamita del señor Sebastián, Hoang Van Don abrió la puerta a los muchachos. Un joven delgado que no llegaba a los treinta y que hoy vestía chandal en vez de sus acostumbrados pantalones negros y camisa blanca. Mientras les hacía pasar continuaba marcando el paso sin moverse del sitio como si corriera.

—El señor Sebastián os espera en la sala de estar —dijo a Los Tres Investigadores sin perder el ritmo.

—¡Jupiter! —gritó Héctor Sebastián—. ¡Pete! ¡Bob! ¡Pasad!

Don se fue haciendo *jogging* hacia la cocina y los muchachos entraron en la amplia estancia con tantas ventanas que una vez fuera el comedor principal del restaurante «Charlie». El señor Sebastián estaba allí de pie apoyado en su bastón y sonriendo expectante.

Durante la mayor parte de sus años adultos, el señor Sebastián había sido detective privado en Nueva York donde tuvo su pequeña agencia privada. Luego, pocos años antes de que los muchachos le conocieran, se lesionó una pierna en un accidente de aviación. Mientras se recuperaba de este percance se entretuvo escribiendo historias basadas en los casos que había resuelto. Al cabo de poco tiempo Héctor Sebastián encontró su nueva carrera como escritor y guionista. Se había trasladado de Nueva York a California donde compró la enorme mansión de la Avenida del Cañón del Ciprés.

Aunque le encantaba su nueva vida, el señor Sebastián sentía nostalgia de los viejos tiempos en los que era un detective pobre y luchador. Siempre le alegraba ver a Los Tres Investigadores, y repasaba con ellos sus casos más importantes. Aquella mañana en particular tenía montones de periódicos sobre la mesa redonda delante de la chimenea. Los muchachos adivinaron que había estado leyendo todo lo referente a Clark Burton y la cámara del tesoro de la Posada de la Sirena.

Pero no hizo mención de Burton inmediatamente. Se hallaba de pie con orgullo junto a un arcón adosado a la pared a la entrada de la habitación. Era un mueble extraordinario, alto y de madera oscura. Tenía extraños símbolos pintados en rojo y multitud de cajones, pero ninguno de la misma forma y tamaño. Los había cuadrados, rectangulares, hondos, poco profundos, grandes, pequeños, de manera que el arcón semejaba un gran rompecabezas tridimensional.

—¿Os gusta? —el señor Sebastián sonreía con orgullo—. Acabo de comprarlo. Es un mueble muy famoso. Perteneció al gran mago Stregonio. Es posible que no hayáis oído hablar de él porque murió hace mucho tiempo. Lo utilizaba para hacer que los objetos pertenecientes al público fuesen apareciendo por arte de magia en los cajones de este arcón. No tengo la menor idea de cómo lo hacía. Ni siquiera he podido encontrar los cajones ocultos que seguro que los tiene. Pero me divierto mucho buscándolos.

Se apartó del curioso mueble invitando a los muchachos a tomar asiento alrededor de la mesa de la terraza.

—Bueno, basta ya de esto —les dijo—. Hoy los periódicos hablan de otro arcón, ¿no es cierto? Del cofre del tesoro de Clark Burton. ¡Pobre diablo! Uno casi siente compasión por un tipo como

él, ¿verdad? Pero contadme. ¿Qué ocurrió realmente? Los periódicos nunca explican toda la historia.

—Creo que lo encontrará todo aquí —dijo Bob poniendo una carpeta ante el señor Sebastián.

—¿Ya has pasado a máquina todas tus notas? —dijo el escritor —. Estoy impresionado.

Y abriendo la carpeta se puso a leer.

Se oyeron pasos en la entrada y entró Don todavía haciendo *jogging*, y con una bandeja con cuatro vasos llenos de una mezcla cremosa. Mantenía los ojos fijos en la bandeja procurando no derramar ni una gota.

—Leche de tigre —anunció—. Proporciona proteínas a los músculos. Hoy en día cargamos nuestro organismo comiendo al mediodía. Comer al mediodía dar sueño por la tarde.

Dejó los vasos encima de la mesa y se marchó corriendo con la bandeja.

El señor Sebastián alzó los ojos de la carpeta que estaba leyendo y sonrió.

—Sin duda ya os habréis dado cuenta de que la americanización de Don ha tomado un nuevo giro. Últimamente se ha hecho socio por un año de los Escultistas de Malibú, que es un club de educación física, y ahora hace *joggíng* todas las mañanas. En realidad corre siempre que está despierto. Es algo que se llama *aerobio*, haces subir tus pulsaciones hasta cierta velocidad y luego continúas haciendo ejercicio para mantenerlas constantes. No sé exactamente lo que ocurre si permites que bajen, porque Don no deja que su pulso baje. Además, después de aficionarse a la comida macrobiótica y a la vegetariana, Don ha descartado la comida casi por completo. Sólo tomamos leche de tigre y de vez en cuando una taza de té.

El señor Sebastián sonrió con sorprendente buen humor.

—Antes de que vuelva a cambiar sus aficiones y emprenda otra chifladura alimenticia, yo estoy realizando un estudio. Voy probando personalmente los menús de todos los restaurantes desde aquí a Oxnard. Mientras leo vuestro informe, bebed vuestra leche de tigre, que no sabe del todo mal, y luego iremos a la Cabaña del Capitán Ahab a comer pescado. Allí tienen mariscos para quien gusta de comerlos y hamburguesas para los que no. ¡Oh, y aquí hay

algo más para no morir de inanición!

El señor Sebastián fue cojeando hasta el arcón del mago, y después de abrir uno de los cajones más grandes sacó una bolsa de ganchitos de queso.

—Aquí escondo mis golosinas para que Don no sepa lo débil que es mi carácter —dijo ofreciendo los ganchitos de queso a Pete.

El señor Sebastián continuó revisando el informe y durante un rato no hubo conversación. Cuando al fin cerró la carpeta, meneó la cabeza.

—¡Qué historia más triste! —exclamó—. Ese miserable estaba dispuesto a poner en peligro la vida de un niño para conservar… bueno, ¿acaso es algo más que un estilo de vida? ¿Qué le preocupaba tanto? ¿Una imagen pública y unas cuantas cosas que pueden comprarse con dinero?

—O robarse —le recordó Pete—. La mayor parte de lo que era importante para él era robado.

—Sí, y qué egoísta. Pero entonces, ¿no podía enseñárselas a nadie, verdad? Por lo menos sin exponerse.

—Sí —dijo Jupe—. Yo reconocí el cuadro de Degas que había sido robado de la mansión Dawes y eso que no soy un experto ni es una pintura famosa. Burton no explica sus motivos a nadie, pero me figuro que debe producirle satisfacción poseer arte robado. O puede que sea tan engreído que no le preocupen los riesgos.

—Y ahora todo ese arte robado podrá ser devuelto a sus propietarios gracias a vosotros —dijo el señor Sebastián. Bob asintió.

—Todo lo que pueda ser identificado. La policía nos ha llamado para darnos las gracias por haber descubierto el paradero de los objetos robados.

—Y también nos ha apretado por entrar en la posada, aunque no demasiado —agregó Pete—. Nuestra información les ha ayudado de verdad. La policía estuvo vigilando la casa de la calle Evelin y, pocos minutos antes de que la noticia del vuelo del globo apareciera en televisión, un ladrón profesional se presentó allí conduciendo un camión alquilado lleno de muebles y plata antigua, y los agentes le detuvieron.

—El ladrón no quería ir a la cárcel —explicó Bob—. Por lo menos no quería estar en la cárcel más tiempo que el preciso y por

eso habló, y la policía pudo atar cabos. Burton era invitado a muchas de las grandes fiestas de Hollywood. Se las arreglaba para mantenerse visible entre la comunidad cineasta, aunque ya no conseguía ningún papel. Él sabía quienes tenían buen botín y conocía el trazado de las casas. Algunas veces incluso donde estaba colocada la alarma contra robos. Se documentaba de las ocasiones en que las personas abandonaban sus casas, cuando iban de vacaciones, cuando tenían fiesta sus criados, y cosas por el estilo. Sonsacaba a las víctimas y daba a los ladrones toda la información posible. Incluso les decía lo que debían llevarse y lo que debían dejar.

»Las cosas que deseaba especialmente se las compraba a los ladrones. Era un experto y sólo manejaba objetos de valor. Las cosas vulgares, tales como estéreos y cámaras fotográficas, tenían que venderlas en otra parte. El dinero del arcón era para sus compras, porque no se pagan objetos robados con cheques, sino en efectivo. La casa de la calle Evelin era el almacén del botín. Las cosas que Burton no deseaba conservar, las vendía a comerciantes fuera de la ciudad. Y si alguna no era fácilmente identificable la vendía en la galería.

—¿Pero no estaba corriendo un gran riesgo? —exclamó el señor Sebastián—. ¿No le daba miedo que los ladrones pudieran hacerle chantaje?

—Ellos ignoraban quién era en realidad —intervino Jupe—. Iba disfrazado cuando trataba con ellos, y ellos nunca podían ponerse en contacto con él. Era él quien les llamaba siempre.

—Y entonces Todd descubrió la puerta secreta y se acabó la mascarada —resumió Héctor Sebastián.

—Cierto —replicó Jupiter—. Todd ha contado su historia, poco a poco. Entró en la *suite* de la posada el Cuatro de Julio y tenía un fajo de billetes en la mano cuando Burton le sorprendió allí. El perro se abalanzó sobre Burton y Todd echó a correr. Entonces Burton y el perro lucharon y de algún modo la estatua de la sirena cayó alcanzando a *Tiny* que murió de un ataque al corazón. Todd huyó por la puerta de atrás con una gran carga de culpabilidad. Fergus le encontró en la playa y se lo llevó a su casa tratando de consolarle.

—Pobrecillo —comentó Héctor Sebastián.

—Burton debió contar inmediatamente a Regina que Todd había roto la sirena huyendo luego —prosiguió Jupe— pero sabía que Todd tenía el fajo de billetes. Se sintió atrapado. ¿Cómo explicar lo del dinero? De modo que mintió, mintió, y siguió mintiendo. Y luego cometió la increíble estupidez de arrojar la sirena al agua.

—Desde luego que eso fue una tontería —convino el señor Sebastián—. ¿Pero y ese Mooch y su camarada? ¿Tenían alguna relación con Burton?

—No. Mooch es sólo un ratero y su camarada trabaja de vez en cuando en el mercado de esclavos, Burton empleaba a esos hombres para trasladar muebles u objetos de gran tamaño. Era más sencillo y más seguro que utilizar una agencia de transportes.

—¿Y Fergus? —dijo el señor Sebastián—. Espero que la policía no haya sido dura con él.

—No. Ha vuelto a la playa y la señora Stratten se preocupa mucho por él. Y también el señor Finney. Y Tood está muy bien. En septiembre empezará el colegio y su madre no tendrá que ir tras él a cada momento.

—De modo que éste es el final feliz del misterio —agregó Bob—. ¿Le gustaría escribir el prólogo?

—Lo haré encantado —replicó Héctor Sebastián—. Es una historia terrible. ¡Una posada encantada y una cámara del tesoro secreta! ¡Me encanta!

Y cuando el señor Sebastián volvía la última página del informe encontró una foto.

—¿Pero qué es esto? ¿Una fotografía? —Héctor Sebastián sacó la foto de Jupiter encajonado en el hueco del torno elevador. Bob y Pete se ahogaban de risa.

—Eh, permítame… —comenzó a decir Jupe levantándose a toda prisa para mirar por encima del hombro del escritor de novelas de misterio.

Desde luego allí estaba la fotografía tomada por Bob del Primer Investigador con aspecto irritado y nervioso, incrustado como un clavo demasiado grande y redondo entre las cuatro paredes.

Entre risas Pete consiguió decir:

—Estábamos pensando titularla «El Misterio del Gordito Atascado».

—O «Todo Lo Que Baja Tiene Que Subir» —rió Bob. Jupiter

parecía una olla a presión a punto de estallar. El señor Sebastián haciendo un gran esfuerzo para no reír, intervino:

—Escuchad vosotros dos, a menos que queráis que vuestro equipo de detectives sea conocido como el de Los Dos Investigadores, creo que será mejor que busquéis otro título. ¿Puedo sugeriros el de «Misterio de la sirena desaparecida»?

—Un título insuperable —dijo Jupe, y todos se fueron a comer.

FIN

Notas

[1] Citizien Band = Banda Ciudadana. Transceptores para uso personal en la banda de 11 metros o 27 Mhz. (N. del T.). <<